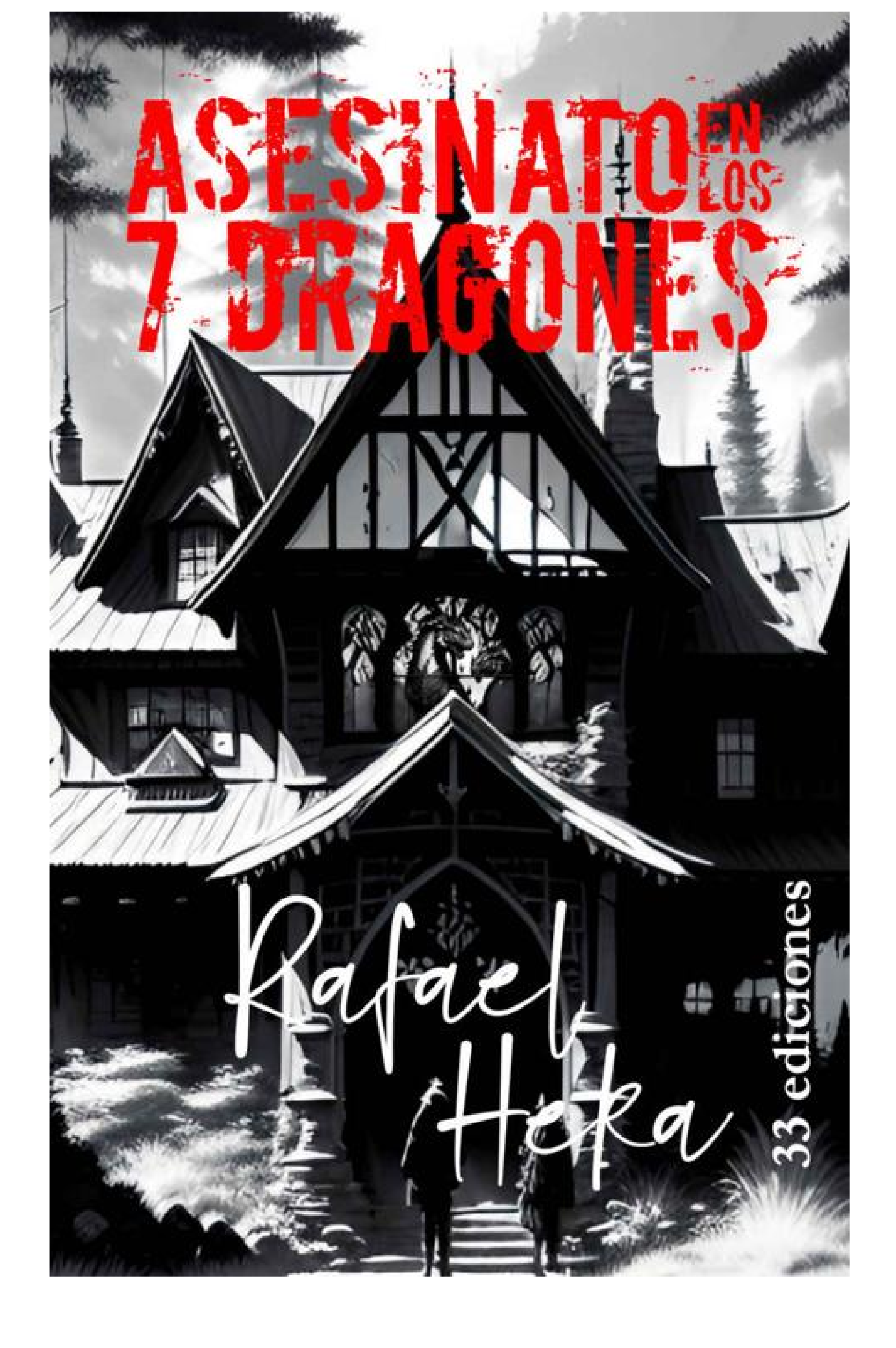
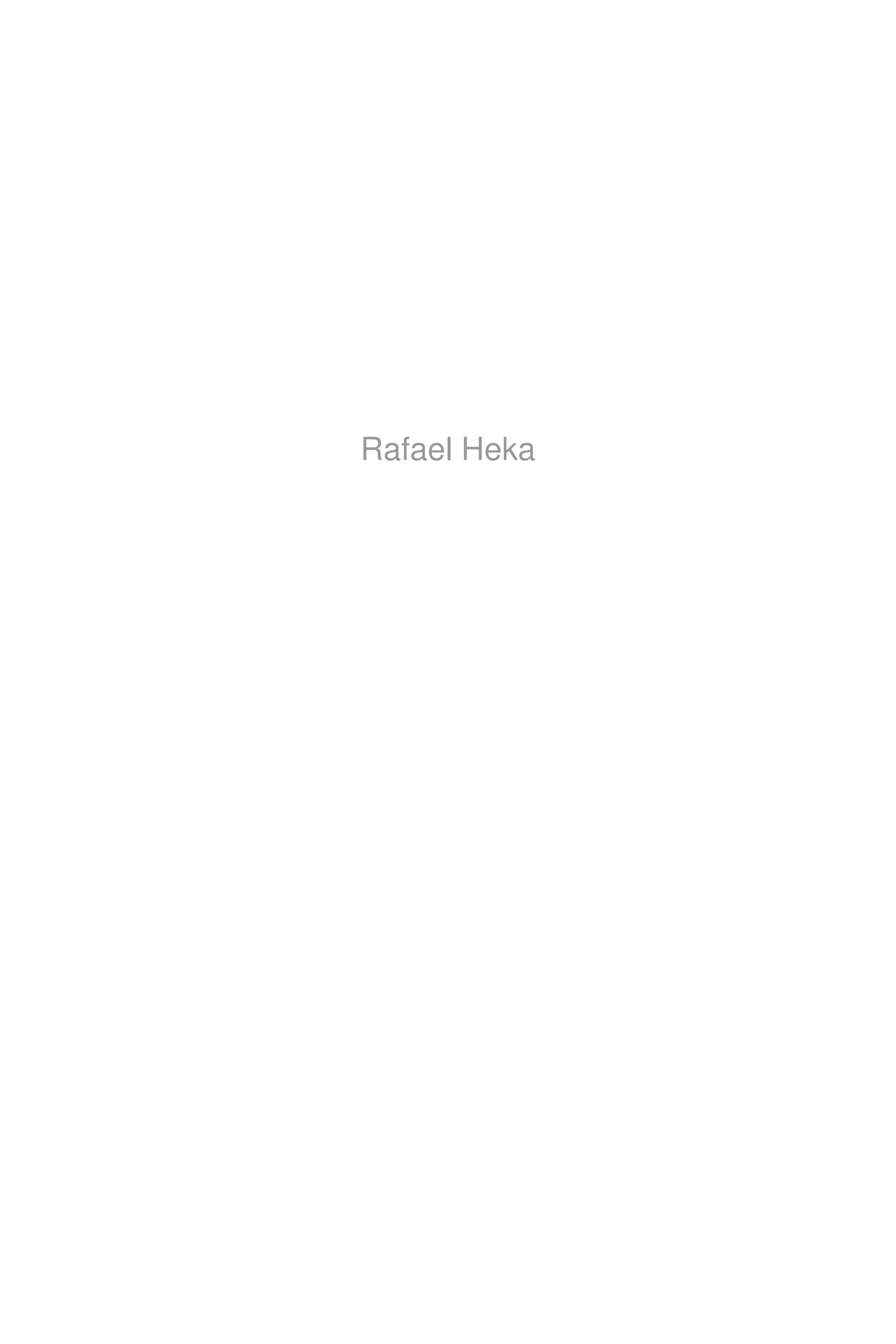

ASESINATO EN LOS
7 DRAGONES
Rafael Heka
33 ediciones


ASESINATO EN LOS
7 DRAGONES
Rafael Heka
33 ediciones

En un mundo de soles inamovibles, un mundo en donde el ardiente océano de la luz pasó a llamarse Sija Marek y el gélido archipiélago de las tinieblas, Mrak Marek, un afamado torneo de cartas mantendrá pendiente a cuantos ven en él posibilidades de fortuna. Enanos, elfos, vampiros o magos son algunos de los habituales de la umbría podada "Los 7 Dragones", situada en la desaconsejable franja crepuscular conocida por la Linde.

Allí, y por unas jornadas, el renombrado lugar acogerá a los ocho afortunados jugadores elegidos al azar. Jugarán, recelarán los unos de los otros, tratarán de engrosar sus peculios con las diversas y exóticas riquezas de sus contrincantes, pero no podrán terminar. Sin previo aviso, uno de ellos aparecerá asesinado en extrañas circunstancias. Después, otro se suicidará.

Como dictan las propias reglas del torneo, la Orden será avisada y el Inquisidor Dorcas Doscuervos, aquél cuya sola mención hace temblar a propios y extraños, se personará en el lugar para desentramar un crimen aparentemente imposible…



Rafael Heka

ASESINATO EN LOS 7 DRAGONES

33 Ediciones

Primera edición: Enero 2024

Diseño y maquetación: 33Ediciones
Diseño de portada: © 33Ediciones

https://33ediciones.blogspot.com/
http://rafaelheka.blogspot.com

D´VENGAR
ANGAZ
PREGOST
SIJA MAREK
TEREMMANNA
GROBKAZ
ORTA
NEVROZZA
TRENTI
D´UOLNAI
DIAR
DOMOVIK
LADTAV
LAMIA
TARK
ALKMAAR
PORTO ALTO
GRASLEI
DISADIEL
COCHEM
KERTBIER
HAFTÁN
EVREUX
DINANT
BARDAL

KULGUR
OBLAST
CADAIRIAN
TAUR AELINI
BROKK
MAGOG
RORKAZ
UPIEER
ESKUTH
MONSK
WAM
WALHAZ
BELTUIN
EVERNESS
MOROI
VROLOK
STRIGIA
TYMBANIA
YEISK
MRAK MAREK
BRUCOLACOS
UTUKKU
GRAGIA
ARIANHOD
VARULV
PORTO ESTACAS

1

*

Mithril soltó sus dos pesados martillos de batalla sobre el suelo de la estancia. Estaba agotado. La jornada de entrenamiento en la sala de combate había sido intensa.

Con parsimonia, fue quitándose las placas de su armadura y colocándolas en el armero que aguardaba en una esquina. Encendió la chimenea, avivó las teas de las paredes y se sirvió una buena jarra de cerveza antes de acercarse a la piedra del correo.

No esperaba gran cosa, la verdad. Los enanos de Brokk no son optimistas. Tampoco es que fueran muchos. Mrak Marek escaseaba en Chemdrills y no podían tallarse más. No como en Angaz, en Sija Marek (el lado luminoso del mundo), donde las hordas de guerreros enanos habían puesto en su sitio a humanos y resto de razas. Brokk era distinto. Más que un orgullo, diríase que era un refugio. La capital del pequeño reino de Kulgur. Las minas más florecientes al oeste del reino de los chupasangres.

Mientras abría el cofre del correo, el pequeño espejo engastado en las sudorosas piedras del recibidor reflejó la sorpresa en su rostro.

Mesando sus pobladas barbas oscuras dejó con circunspección el plegado pergamino sobre la mesa, junto a la jarra de cerveza. Por primera vez en mucho tiempo le temblaban las manos. El sello, de brillante lacre naranja, provenía de la Linde.

Lo rompió, levantó la tapa de la jarra, le dio un buen tiento y leyó:

“Enhorabuena, puede usted participar en el torneo.

Fafnir - Los 7 Dragones.”

Los ojos de Mithril centellearon como un yacimiento de esmeraldas.



* *

—No son bienvenidos los trasgos aquí, ¿entiendes?

Jensenn no contestó. No podía. El afilado cuchillo acariciándole el cuello se lo impedía.

Muy lentamente sacó las manos de debajo de la mesa y se las mostró a sus captores. Estaban vacías, no había hecho trampas. *¿Por qué todo el mundo piensa que cuando un trasgo gana una mano a los Dragones es porque hace trampas?*

Ya estaba un poco hasta las narices ¡joder!, ¡No era un goblin ni estaban en Tark! Aquello era Trenti. La sucia y asquerosa Trenti de Sija Marek. ¿Qué narices se suponía que hacían allí aquellos dos humanos melindrosos? ¿Acaso creían que podían ganar una partida en una de las cantinas más concurridas de la ciudad? No, los humanos no saben jugar, les falta picardía.

Le soltaron.

—¿Contentos? —exclamó, levantándose de su silla.

Los humanos le miraron con hosquedad, pero decidieron no formar una

trifulca mayor: el cantinero no les miraba de forma muy afable.

Guardándose sus ganancias en una pequeña faltriquera de cuero, Jensenn comenzó su desgarbado caminar hacia la basculante puerta de salida.

—¡Jensenn, espera! —le gritó el cantinero.

Mierda, verás. ¿He pagado todo, no?

Se hizo el despistado.

—Correo…

—Luego vengo —contestó ya en la puerta. Otro apremio, seguro.

—Que no, Jensenn. Que es de la Linde.

El trasgo se giró excitado, mirando al sonriente cantinero.

Jo, jo, jo. Comienza el juego…



* * *

El contramaestre entró en el camarote del capitán.

—Señor, hemos llegado a Upieer.

—Gracias, Aelfric, ahora subo —exclamó Bogdan apostado de espaldas al

oficial.

>>¿Algo más?

—No, señor.

—Entonces puede retirarse.

—Gracias, señor.

Bogdan no se volvió, las preocupaciones lo mantenían pegado al ventanal del galeón contemplando el caótico atracar de las embarcaciones. A la plateada luz de las cinco lunas. Recordándole ignominiosas que la primavera llegaba a su fin, que pronto el calor aumentaría muchísimo y, lo peor de todo, que disminuiría la pesca. Nada bueno, desde luego.

Con los años ésta había mermado demasiado y, pese a que el puerto de Upieer era el más próspero de cuantas islas regara el mar oscuro de Mrak Marek, tampoco cumplía las expectativas de los antiguos. Si las cosas seguían así, todas esas embarcaciones que ahora abastecían Wam se convertirían en buques de guerra. Hacía tiempo que los antiguos tenían puestos los ojos sobre la fértil Taur Aelini, la tierra de los elfos oscuros del este. Las islas apenas aportaban alimento y quedaban congeladas en el largo invierno. Sin embargo, esa sería una campaña difícil. Demasiado difícil.

Dejó su copa con sangre sobre el escritorio, limpió sus colmillos con un fino pañuelo y se lo escondió temblorosamente en un puño derecho de su azulada casaca. Un puño bordado en plata con gruesos botones metálicos.

Y luego “ese” aburrimiento. Faenar en el mar siendo inmortal resultaba frustrante. Nada de diversión, sólo frío y oscuridad. Siempre.

Cerró el cuaderno de bitácora y abandonó el camarote con aire de preocupación.

En cubierta ya estaban desembarcando las nasas con los tritones, sirenas y demás ganado para las lonjas.

Al desembarcar, un acaudalado coche de caballos lo aguardaba.

El criado que le abrió la puerta le tendió un correo.

El lacre era de la Linde.



* * * *

—Señora, ¿no será mucho equipaje?

Úrsula miró el arcón. Era grande, ciertamente, pero ¿qué bruja que se precie no lleva consigo una buena colección de trajes, sombreros, libros, ungüentos, cosméticos y demás complementos propios de su oficio?

—No —le contestó—, es perfecto, de dos cuerpos ja, ja, ja. Además, sólo llevo lo estrictamente necesario.

La muchacha no dijo nada. Se limitó a terminar de hacer la cama y adecentar los doseles. Estaba de enhorabuena, no tendría que aguantar las estupideces de su ama en un buen tiempo.

—Pero usted sabe que las mancias están prohibidas, ¿verdad? —comenzó de nuevo al verla guardar determinados frascos con cierta dificultad. De seguir así no se imaginaba cómo lo iba a cerrar.

—Prohibidas no, inhibidas, querida —le contestó—. Aunque sólo en lo que dure la partida. ¿Quién sabe lo que puedo encontrar más allá de Gragia? Estos pantanos me son conocidos, "la Linde" es un lugar al que hay que ir

preparada.

Cleodna no alegó nada, en eso tenía razón. Todos en Yeisk conocían a Úrsula Bellamuerte. Incluso se podría decir que toda Gragia la temía. Sin embargo, ahí acaba su influencia. Más allá de Beltuinn, donde la claridad de los dos soles comenzaba a despuntar, Úrsula era vulnerable. Bueno, cualquiera lo era. Desde que el mundo "se paró" nadie de Mrak Marek podría sobrevivir mucho en Sija Marek. Estaría a merced de los brillantes, pues su vista, adaptada a la oscuridad, no podría servirle de nada. Estarían ciegos. De los vampiros ya ni hablamos…

—¿Mi carruaje, querida?

—Aguardando, mi señora.

Úrsula se echó una última ojeada en el espejo. Estaba espléndida. Esbelta, exuberante, joven. ¿El precio? Algunos decían que cientos de cadáveres. Otros lo achacaban a sus baños en sangre de donceles púberes. Nada más lejos de la realidad: ni juntando ambas conjeturas se podría tener una somera aproximación del diez por ciento en víctimas. ¿Cómo entonces no ajustarse su flamante sombrero de ala ancha y colocarse los pechos en el escote sin darles veladamente las gracias?

—Lista —dijo al terminar.

>>Te veré a la vuelta.

Cleodna no dijo nada. Anhelaba ese momento desde hacía tiempo. Todo el castillo para ella sola. No se lo podía creer.

Sin esgrimir una palabra más, Úrsula desapareció de la estancia abanicándose con la invitación a la partida.



* * * * *

—¿Y si no hay Chemdrill ni dragones? —preguntó el muchacho goblin.

—Pos juéganse las brillantes, las oscuras y los lindes —contestó Znnibiz Risafloja haciendo uso a su apodo con gran estruendo.

El muchacho le miró con cara de bobalicón.

Znnibiz se explicó otra vez, paseando el mazo de naipes por delante de los ojos de su hijo para ilustrar las explicaciones.

—Mira, es sencillo:

>>102 cartas: 1 Chemdrill; 7 dragones; 14 cartas mitá blanca, mitá negra (lindes); 40 cartas negras (oscuras), 40 cartas blancas (brillantes) —los mareks—; y 8 juadores de Dua Marek (Dos Mares): 4 del Mar Brillante (Sija Marek), 4 del Mar Oscuro (Mrak Marek).

El muchacho frunció el ceño en actitud concentrada:

—Bien, barájase, repártense 4 cartas a ca juador y fácese una apuesta a ciegas a función de la xugada que piénsase se va a conseguir cuando dense les otras 3 cartas. (Pa poder recibirlas hay que igualar la apuesta del mayor

apostaor).

>>Luego repártense las otras tres y los juadores que continúen en la partida repiten la operación de apuesta, ahora enyá definitiva.

—¿Y quién gana?

—Ja, ja, ja, no es tanto una cuestión tanto de ganar, como de xugar bien tus posibilidaes. Mira:

>>Igualás las apuestas, levántanse las cartas. Si tá el Chemdrill, el 100% del oro va pa´l suo dueño. Si no tá, y tán los 7 dragones, igual: 100% pa´l dueño. Si no tá el Chemdrill, pero hay dragones, el que más tenga recoge el 50% de la recaudación y el otro 50% se reparte a partes iguales entre el poseedor de más lindes y el de más mareks, a triunfo de su alineamiento.

—No entiendo.

—Sí, los mareks, las cartas brillantes u oscuras, cobran triunfo si representan tu marek de origen.

El pequeño pareció comprender:

—Es decir, que si eres un vampiro y tus mareks son brillantes, no te sirven.

—Esasto.

>>Bien, como el valor del Chemdrill siempre será 100% (al igual que el de los 7 dragones) y el de la mayoría de éstos y de lindes será un valor fijo, sempre del 50 y 25% respectivamente, el valor de los mareks oscilará del 25% en las peores condizones, al 100% en las mejores. Vamos, que anque todo pinte mal, puédese ganar una fortuna, o mentir pa´ello.

La cara del muchacho haciendo cábalas era un poema.

—¿Tendiste algo? —preguntó Znnibiz antes de que al pobre le explotaran las meninges.

—Sí, pero ¿podrás ganar?

El goblin miró a Sija Marek a través de la humilde entrada de su cabaña en el costero poblado de Disadiel y exclamó:

—Va ser una partida de muerte…



* * * * * *

¿Por qué, Sesper? ¿Por qué exponerse? Los Magos ya no son bienvenidos en ninguna parte. No, desde que los Dioses abandonaran Dua Marek acusados de parar el mundo, cuando el polvo cubrió los dos mares y en el esfuerzo creasteis la Plaga. Eres vulnerable, Sesper. Tu magia cuesta intelecto y podrías ser detectado. Abandona. Olvídalo.

No.

¿NO? ¿Qué crees que vas a encontrar en un torneo de una posada perdida del Linde?

Igual libertad, riqueza, honor…

Ja, ja, ja. ¿Honor? ¿Un mago? Nadie os tendrá por noble. Fue vuestra soberbia la que creó a los descarnados.

Hubo que hacerlo. No había Dioses que nos ayudaran.

¿Y por eso sacrificasteis las vidas de inocentes?

¿Qué opción había?

¿Que fuerais vosotros los que perdierais el intelecto y anhelarais

consumir cerebros? ¿Que fuerais vosotros los que vagarais arrastrando vuestra pútrida inmortalidad por Nevrozza?

¿Y quién hubiera continuado limpiando el mundo?

¿Sirvió de algo?

Algunos pensamos que sí.

Pues ten cuidado, viejo. En la Linde todo es posible. Allá donde los dragones se refugiaron de la Oscuridad y la Luz bajo su perpetuo crepúsculo, hasta la Magia es posible.

Sí.

Eso quieres, ¿verdad?

Sí, y quizá descansar en paz.

Igual lo consigues…



* * * * * * *

—Es el tercero esta semana —exclamó Arandiel lanzando la cabeza amoratada del vampiro sobre el suelo de la Sala de Armas del Palacio Real de

Magog, en el reino elfo de Taur Aelini.

El comandante Gwenog la miró con seriedad:

—Ciertamente, Arandiel. Tenemos un problema. Seguramente el alimento en Walhaz ha disminuido y pretenden cazar en nuestros predios. Habrá que esperar al verano. Si las esclusas nos son favorables quizá podamos fletar la nueva armada.

Arandiel no lo tenía claro y así se lo hizo saber a su comandante antes de retirarse. Escaseaba el hielo en las playas de Eskuth y eso sólo podía significar que el invierno había sido igual de ligero en ambos mareks. Siendo así, los sijarianos abrirían las esclusas y Mrak disminuiría de nivel impidiendo hacer uso de los puertos estratégicos escondidos en el interior de Taur Aelini.

Se sentía exhausta. Mantener el puesto en la frontera con Oblast aquellos últimos meses resultó agotador. Se cuadró, abandonó la sala, subió a sus aposentos y se dio un baño. Un permiso. Eso, un permiso. Y desaparecería de Mrak.

Mientras se vestía, repasó las órdenes amontonadas sobre el taquillón del escritorio. Sus purpúreos ojos carentes de iris repasaron los pergaminos sin el menor interés hasta que, de entre ellos, se desprendió uno doblado en cuatro y lacrado de naranja.

Apartando su azulada melena lo contempló petrificada.

—¡Por D´uol y Llenai! —exclamó.

Se acercó rápido al escritorio y la leyó, poniendo un especial hincapié en la fecha.

Aliviada, se dejó caer sobre su silla.

Una sonrisa malévola se dibujó en su semblante…



* * * * * * * *

“Nos vemos en la partida.
Siempre tuya”

Y ahí acababa la nota.

Garrosh subió un poco más la visera de su yelmo y observó los humedales de Haftán con nostalgia. Como había hecho a lo largo de gran parte de su viaje.

No era joven. Eso decían las canas de su grueso bigote. Tampoco viejo, a juzgar por sus hechuras de curtido guerrero. De cuando había guerras o los humanos deseaban conquistar territorios que no les eran propios. No era nada destacable. Eso estaba bien.

Ya era la hora de la dormida y los inamovibles soles de Sija Marek calentaban más aún que en el despierto. Se notaba que llegaba el verano. Un verano que seguramente sería más infernal que el pasado.

Sin quitarse el yelmo, bajó del carromato y se dispuso a rellenar un par de

cueros en un riachuelo cercano. Al regresar y dejarlos a los pies de los caballos un ruido a sus espaldas le hizo aferrar el puño de su espada.

Era un ser humano. O lo que quedaba de él, pues, aunque erguido, arrastraba los pies y su mirada hacía tiempo que había perdido la inteligencia.

No era el primero con el que se topaba. Tampoco sería el último. Sabía lo que había de hacerse.

Con gran cargo de culpabilidad, desenvainó su acero, bajó la visera y dio cuenta de aquel pobre desgraciado.

Una vez de nuevo limpia la espada, regresó al carromato.

"Siempre tuya" seguía rezando la nota sobre el petrel.

Con escrupuloso cariño la recogió, la dobló y se la guardó en el peto, junto al corazón. Luego se subió y agitó las riendas.

Los 7 Dragones aguardaban…



2

La primera en llegar a la posada "Los 7 Dragones" fue Úrsula. Apareció tan impresionante como un tornado en pleno verano. Peligrosa, atractiva. Con un sombrero negro puntiagudo de ala ancha y un vestido largo de terciopelo rojo realzando sus opulentos encantos.

—¡Cuidado con el baúl! —gritó al ver cómo la enclenque figura humana del anciano Fafnir golpeaba un esquinazo contra el pasamanos de la destartalada escalera que comunicaba el lar principal con el piso superior.



El dragón la miró y sonrió forzadamente, aprovechando para recobrar el resuello.

Malditas brujas, pensó, si no fuera por lo que es…, y terminó de subir el bulto hasta el recibidor de la planta superior.

Unos metros por encima de un aparador flanqueado por dos fastuosos candelabros, la famosa vidriera representando entrelazados los 7 épicos dragones fundadores de Thingaz pintó su oscuro semblante de vivos colores.

Giró a la izquierda encarando el ala oeste de la posada y luego otra vez a la derecha. El pasillo corría a lo largo de una roja moqueta hasta el ventanal norte. La primera puerta de la derecha, la 1I, sería la habitación de la bruja.

La abrió y dejó allí el baúl. Comprobó que la ventana estuviese bien cerrada (y que no se pudiera abrir), regresó hasta el taquillón del recibidor bajo la vidriera y recogió la tablilla con los nombres de los huéspedes.

No había encarado las escaleras cuando el timbre de la recepción sonó de nuevo acelerándole el paso hasta la planta baja.

Era el vampiro y el trasgo. Ambos aguardaban al fondo, en el mostrador de la recepción ubicado al frente de la entrada.

Cruzó el salón principal, (las mesas para el torneo ya estaban preparadas) y se acercó solícito. Al pasar vio a Úrsula en uno de los reservados junto a la entrada. Estaba despojándose de su elegante sombrero y curioseando a los recién llegados con semblante divertido.

El vampiro era muy alto. Más incluso que él, aunque eso era fruto del tiempo. Su porte resultaba tan inquietante como su pálida piel o el corto y serio peinado con el que estilizaba sus plateadas sienes, delatoras de su poder…

—¿Usted es…? —preguntó mecánicamente recogiendo las llaves correspondientes de unos escaques a tal uso tras de sí.

—Bogdan. Bogdan de Upieer.

—…de Upieer. Ajá. Habitación 6D, pasillo de la derecha. Junto a la sala de descanso. Espero que tenga una buena estancia —concluyó tendiéndole un llavero de madera con forma de cabeza de dragón mientras le sonreía disimulando su habitual dolor de huesos matutino.

El vampiro no contestó. Se limitó a recogerlas agradecido, regalándole también un gesto burlón.

—¿Y usted…? —preguntó dirigiéndose al trasgo.

—Jensenn. Jensenn Sinsombra —exclamó éste avergonzado ante la repentina y sardónica mirada del vampiro.

—Habitación 4I, pasillo de la izquierda. Junto al comedor.

—Gracias —contestó desapareciendo veloz con su exiguo equipaje escaleras arriba. No le gustaban los vampiros. Ni los que medían más que él (no sólo los vampiros). Ni los que podían comérselo (incluidos los vampiros).

—¡La cena es a las 20.00 en el comedor de la primera planta!, ¡la partida a las 22.00 aquí abajo! —le gritó Fafnir antes de velo desaparecer.

Bogdan sonrió entre dientes tratando de disimular su mofa. Al contrario que Jensenn, él carecía de prejuicios para con los trasgos u otras especies inferiores. Todos le resultaban igual de sabrosos. Había que ser tolerante. Volvió a disimular su broma particular y puso rumbo a su habitación dejando atrás un artesonado baúl de al menos dos toneladas de peso. ¡Otro baúl para el viejo Fafnir!

La puerta de entrada, junto a la chimenea, se abrió en ese momento con estruendo golpeando a ambos lados sus hojas de madera.

Por aquel humor de perros, había de ser el enano.

Así fue. Con sus martillos de guerra cruzados a la espalda, y portando una armadura de batalla tan oscura como los eternos cielos de Mrak Marek, Mithril se acercó hasta el mostrador.

—Mithril, supongo —acertó a decir Fafnir.

El enano gruñó mirándole muy serio. No traía mucho equipaje. Un par de bolsas tan solo. ¡Y las traía arrastrando!

—Habitación 11D, pasillo de la derecha.

—Gracias —escupió arrebatándoselas.

Úrsula no pudo contener la risa.

Mithril dio un repaso enseguida a la sala. Al ver a la bruja exclamó:

—¿Ha tomado las medidas, no? —le susurró a Fafnir.

El posadero asintió:

—No se preocupe, caballero. No es posible la magia bajo estas cuatro paredes.

—Me parece muy bien. Porque no aguanto esas artes innobles. ¿Ve usted estos martillos?

Fafnir asintió otra vez.

—Pues se han bañado en más sangre, y de tantos tipos distintos, que hasta la bruja aquella se sorprendería.

Fafnir se apartó un poco.

—Ah, y también ha bebido de dragones…

—Comprendo. Puede subir si quiere a sus aposentos, señor Mithril. La cena es a las 20.00 en el comedor de la primera planta y la partida a las 22.00 aquí abajo, tras las escaleras.

Úrsula les lanzó un saludo desde la sombra del reservado. Parecía adivinar la conversación de sus espectadores.

Fafnir se lo devolvió mientras el enano subía las escaleras refunfuñando y maldiciendo el sentido del humor de aquella maldita mujer. Al menos habría cerveza. ¡Aunque no de Brokk, claro!

Tras el enano hubo un pequeño respiro que Fafnir aprovechó para terminar de colocar las mesas. En cuanto dejó el salón listo para la partida subió los baúles pendientes, encendió unas cuantas velas para dar ambiente y

se sentó un momento a descansar junto a Úrsula. La bruja estaba leyendo el tarot:

—¿Qué dicen?

La bellísima bruja clavó sus ojos negros sobre el viejo dragón con cierta preocupación:

—Pues temo que nada agradable.

Fafnir sonrió:

—Bueno, no siempre se puede ganar un torneo como este. Es muy difícil. Los jugadores son expertos y se saben todos los trucos. Si supiera lo que he visto yo aquí a lo largo de los años.

La bruja rio:

—Oh, no, no me refiero a eso. Dicen algo terrible —concluyó muy seria.

Fafnir no pudo hacerle mucho caso. Acababa de sonar la campanilla de la entrada.

Tal que si el aire se hubiese congelado, una anciana figura se arrastró hasta el mostrador. A juzgar por su barba se diría incluso que era hasta más antiguo que Fafnir, cuyos años eran incontables. Vestía una túnica gris y traía la cabeza rasurada escondida bajo una capucha que no descubrió.

Como en los viejos tiempos, dejó escapar una temida salmodia:

—Me llamo Sesper, ¿tienen habitación para mí?

Fafnir no entendió el chiste. Mejor que así fuera, no albergaba buenos recuerdos:

—Por supuesto, caballero. La suya es la 7D, piso superior, pasillo de la derecha. Cena a las 20.00 en el comedor de arriba. Partida aquí abajo a las 22.00.

Sin moverse, el Mago miró fijamente las llaves que le tendía Fafnir e hizo un ademán con la mano.

No ocurrió nada. Sonrió:

—Ha hecho bien su trabajo.

—Son las normas, señor Sesper. Nada de magia o brujería en lo que dure el torneo. —Y señaló el reservado de Úrsula.

El anciano giró la cabeza. Al ver a Úrsula chascó la lengua resignado.

—Mejor. No todo son artes arcanas —Y le guiñó uno de sus azules ojos al viejo dragón, antes de acercarse pícaro hasta el reservado.

Fafnir lo miró con envidia. Le hubiese gustado sentir aunque sólo fuera una décima parte de la lascivia del Mago, pero se sentía exhausto, y demasiado viejo para aquello. Menos mal que no traía equipaje. Inhibir la magia requería de mucha energía y cada año le costaba más. De hecho se veía más viejo. Lo consumía. Luego el efecto pasaba y recuperaba parte de su lozanía, pero…

—Bueno, ¿qué? ¿Va dame la llave o entengo que pillarla yo?


Fafnir miró sorprendido a su alrededor sin encontrar a su interlocutor.

—¡Aquí abajo!

Se asomó por el mostrador y, en efecto, allí abajo había un desagradable goblin con cara de pocos amigos.

—Perdón, perdón, caballero. Usted debe ser Znnibiz.

—Znnibiz Risafloja. —exclamó el goblin hinchando el pecho y plantándole una interminable ristra de afilados y pútridos dientes como infructuosa sonrisa.

Fafnir sonrió forzadamente también.

—Tenga. Su habitación es la 8D, piso superior, pasillo de la derecha. Cena a las 20.00 en el comedor de arriba. Partida a las 22.00 aquí abajo.

—Jo, jo. Gracias. Seuro que tráeme suerte.

—De nada.

>>¿Equipaje?

—Sí, mi coección de cachivaches. —Y señaló un grueso hatillo oculto en su espalda—. Pero ya la llevo yo, ja, ja, ja. ¿Pué poneme una sidra?

Fafnir dudó. Aún tenía que preparar la cena y eran ya ¡las 18.30!

Le indicó una de las mesas que había dejado en el salón, cerca de las escaleras, y le tendió una jarra.

En el reservado, Sesper y Úrsula parecían discutir.

Decidió no meterse. Cogió la tablilla y se dirigió a la salida. Cruzó las puertas abatibles, traspasó el recibidor con las cabezas draconianas de sus antepasados, pero no pudo ir más allá. Una figura acababa de entrar y le miraba sonriente clavándole sus ojos rojos como la sangre de los humanos. Era una elfa. Una elfa oscura de melena azulada y piel morada, vestida de montaraz.

—Fafnir, ¿cierto? —exclamó tendiéndole una mano.

El dragón regresó de nuevo a la posada y le entregó su llave:

—Habitación 4I, piso superior, pasillo de la izquierda. Sea bienvenida.

—Oh, gracias, pero me tomaré un tentempié. El viaje me ha dado hambre. ¿Tiene algo de puchero?

—Verá, la cena estará enseguida, a las ocho.

La elfa consultó el reloj sobre la chimenea:

—Ok, pues póngame una pinta como la del goblin, por favor —concluyó camino de la mesa.

Mientras se la servía echó otro vistazo al reservado.

Ahora era el Mago el que estaba leyendo las cartas. En el rostro de la bruja se apreciaba una gran preocupación.

Aunque faltaba Garrosh y siempre había cumplido con la tradición, era demasiado tarde. No habría muchos apostadores en los alrededores, pero en una hora seguro que casi no se podía ni caminar por ahí fuera, así que salió

con la tablilla.

El tiempo era estupendo. El eterno crepúsculo, junto con las anaranjadas luces de los faroles, dotaba a la posada de una calidez agradable resaltando su vidriera delantera iluminada desde dentro con la bella escena de batalla de los 7 dragones. Tras ella, el Bosque Denso. Frente a sus muros de piedra, Varn, la gran montaña coronada por el lago. Aquella posada era el enclave perfecto para disfrutar de un buen asado o una buena pinta sin ningún tipo de complejos. Por allí pasaban, como saltaba a la vista en los tenderetes de los apostadores, seres de todas las regiones del mundo. La Linde permitía a los mrakianos un entorno sombrío y a los sijarianos algo de luz.

Ante la mirada expectante de los allí congregados colocó la tablilla bajo la enseña colgante de la posada.

La gente se arremolinó enseguida. Estaban ansiosos por conocer los nombres, razas y nacionalidades de los jugadores. En eso consistían las apuestas. Unas apuestas de las que no quería saber nada, salvo el 25% de la recaudación. De ahí el torneo.

Las reglas eran claras: Ocho jugadores desconocidos, cuatro de cada marek; Partidas a puerta cerrada, sin público (y eso quería decir también que, en lo que durara el torneo, nadie, absolutamente nadie, podía entrar ni salir de la posada); Ausencia de magia, brujería y demás artes arcanas por inhibición; Y duración ilimitada hasta que siete de los ocho jugadores no pudiera seguir participando.

¿Cuánto podía durar un torneo? No se sabía. Hubo una vez que duró casi dos estaciones. Dos vampiros tuvieron la culpa. En fin, otra historia.

¿Cómo funcionaban las apuestas? Todas las tardes, hasta las diez, se admitían las ciegas contra los jugadores. Llegada esa hora se cerraban las opciones hasta las dos de la dormida, momento en el que se interrumpía el juego hasta el despierto siguiente y se cobraban los réditos de la jornada.

En cuanto colgó la tablilla, el asombro (como todos los años) se hizo patente en forma de sorprendidas exclamaciones y comentarios de toda condición. Rezaba así:

Jensenn Sinsombra (Trasgo, Trenti, Sija Marek)
Úrsula Bellamuerte (Humana, Bruja, Pantanos de Yeisk, Mrak Marek)
Arandiel de la Espesura (Elfa, Magog, Mrak Marek)
Bogdan de Upieer (Humano, Vampiro, Upieer, Mrak Marek)
Znibizz Risafloja (Goblin, Disadiel, Sija Marek)
Garrosh el Inmortal (Humano, Alkmaar, Sija Marek)
Martillos Mithril (Enano, Brokk, Mrak Marek)
Sesper el Hacedor (Humano, Mago, Graslei, Sija Marek)

Enseguida surgieron las apuestas, el bullicio inherente a ellas, y Garrosh, el jugador que faltaba. Así como su imponente porte y armadura

sorprendieron a la concurrencia, el carromato del que descendió también lo hizo por todo lo contrario.

Recogiendo de su trasera un destartalado baúl, saludó a Fafnir y entraron.

Enseguida todos los apostadores dejaron cuanto estaban haciendo aguardando unos instantes.

No fueron decepcionados.

Los cierres de la posada sonaron.

La gente aplaudió.

Comenzaba el juego.



3

La cena no resultó agradable. Nunca lo era, no la primera dormida. Siempre surgían problemas a la hora de sentar a los comensales. Lo bueno era que la solución, una vez se presentaba, servía tanto para el resto de las veladas en ese comedor del ala izquierda de la primera planta como para acomodar a los jugadores en la mesa del torneo de la sala principal de la planta baja.

Para empezar, los vampiros dan mucho miedo. Y no sólo porque sea la raza superior y dominante en Mrak Marek. Sino porque son fríos, calculadores, y no cenan como todos los demás. Se limitan a beber sangre de elegantes copas, muy habitualmente reliquias familiares, las cuales no dejan de acompañarlos allá donde se personen. No es de extrañar que ente esto nadie quiera estar a su lado. O, casi nadie, pues Úrsula, ante el ofrecimiento de Fafnir, aceptó sin pestañear. De todos era conocida la afinidad de las brujas con los vampiros, fruto de una siniestra razón de peso: fueron sus creadoras. La brujería, a diferencia de la magia, necesita de la sangre para el éxito de sus mancias. De los sacrificios de seres vivos. Cuando estos escasean, los propios nigromantes se mutilan para obtener el poder. Estas prácticas, mucho tiempo atrás, y usadas de forma indiscriminada, acabaron transformando a algunos de ellos en criaturas que requerían de la sangre que perdían para seguir viviendo. Así surgieron los chupasangres. Así surgió el miedo en Mrak Marek.

A Bogdan no le importó que la bruja se sentara a su lado. Le gustaba Úrsula por razones que saltaban a la vista de cualquier hombre. Además, se había cambiado de vestido por uno negro de manga larga, más ceñido aún, y se había quitado el sombrero permitiendo que su brillante melena oscura, a juego con sus uñas y sus labios, cubriera elegantemente sus hombros. Nadie más quiso acompañarlos. Sólo Sesper y Mithril. Sesper, porque no temía a nadie; Al revés. La mayoría le temía más que al vampiro o a la bruja. Era de agradecer que la magia estuviese inhibida, hacía tiempo que había dejado de ser una profesión de fiar. En cuanto al enano, se podía decir que su indiferencia nacía de la más absoluta y sincera ausencia de racismo: Todos le resultaban igual de insignificantes. Cualquiera que no fuera tallado de la tierra con un Chemdrill en el pecho era fruto de la decrepitud y el infortunio. El vampiro, para más escarnio, le resultaba especialmente despreciable por su incapacidad de hacerle frente. No podría hincarle los colmillos en su piel de piedra. De intentarlo, además, era seguro que su cabeza volaría unos buenos metros, fruto del impacto de sus martillos.

Visto que nadie más les daría compañía, frente a ellos se sentaron un mudo y asustadizo trasgo, un goblin que no dejó de comer y de reírse durante toda la cena recordando anécdotas de sus viajes y experimentos, y dos personajes que mantendrían una actitud claramente sombría: Garrosh y Arandiel. El uno permaneció en silencio ante las miradas curiosas de Bogdan y Úrsula, y la otra no pudo dejar de recordar durante todo el ágape el abismo que lo separaba del vampiro. Aquel enemigo natural la incomodaba demasiado como para poder disimularlo. Iba a ser una noche y un torneo muy largo. Demasiado, quizás.

La disposición de los comensales se mantuvo mientras Fafnir fue y vino, piso para arriba piso para abajo, trasegando asados, botellas de vino, jarras de plasma y multitud cestas con panes, quesos y frutas.

La primera cena también solía ser la más descontrolada. Los participantes llegaban cansados y muy hambrientos. Luego la cosa se calmaba, acababan cenando abajo y el trasiego de viandas disminuía.

Ante el silencio inicial, algunos de los jugadores empezaron a interesarse por los demás. Esto también era lo natural: pronto empezaría el torneo y tenían que intentar conseguir recursos que les sirvieran para la partida.

Jensenn, contra todo pronóstico, le preguntó a Bogdan si había participado alguna vez en una competición como aquélla.

El vampiro sonrió y contestó:

—Por supuesto. Muchas veces. Sólo que no aquí.

Remoloneando con la comida el trasgo le volvió a preguntar:

—¿Y crees que vas a poder ganar a jugadores profesionales? —le espetó clavándole una inquisidora mirada cargada de rotunda seguridad.

Bogdan se sorprendió:

—Lo veremos.

Úrsula intervino enseguida:

—Claro, los vampiros, como son tan fríos, suelen ser buenos apostadores.

La mayoría sonrió la broma con respeto. Todos menos Garrosh, que parecía sentirse indispuesto.

—¿Ocurre algo? —le preguntó un Fafnir recién llegado con una cesta de fruta.

El soldado negó con la cabeza tratando de disimular cierta preocupación.

La elfa cortó aquello, ciertamente el guerrero no merecía más atención:

—¿Y qué hace un mago en un torneo? Bueno, ¿qué hace un mago por cualquier sitio?

Sesper la miró pícaro, sonrió y le contestó:

—Busco elfos que coleccionar. —Y le dio un mordisco a una manzana.

Carcajada general. Aunque a Arandiel no le hizo gracia. No existían Magos en Mrak Marek. Ni en Sija. No desde hacía mucho tiempo. Estaban

proscritos. Si la Orden los encontraba, los procesaba de oficio. Era una temeridad exponerse. ¿Por qué entonces había venido aquel viejo hasta allí? ¿Para ganarse unos cuartos? Seguro que no.

Bogdan bebía sin quitarle la mirada de encima. Sabía que la elfa estaba incómoda y eso le beneficiaba. Lo utilizaría luego. Las cosas estaban muy tensas entre los elfos y los vampiros con una salvedad: Los elfos sabían que no tenían nada que hacer. Igual las cosas salían mejor de lo esperado.

—Esperen, esperen —irrumpió Mithril muy sorprendido encarándose con el brujo —. Acabo de darme cuenta. Usted es Sesper.

—Claro —le aclaró el goblin sin dejar de contener su risa estúpida—. Eso pone en la tablidlla. —Sesper bajó la mirada y cogió un melocotón con la punta de su cuchillo esperando no escuchar lo que se iba a decir a continuación.

El enano tragó saliva e hizo un disimulado ademán que acercó su diestra por debajo de la mesa a uno de sus martillos:

—¿Sésperes de Ladtav?

Todos miraron asustados al viejo. Hasta Bogdan. La fama del anciano no entendía de mareks.

El Mago asintió con la mirada sin encararse con ninguno.

El enano se levantó y se sentó en el otro extremo de la mesa, junto a la bruja. El tintineo de los platos al ser recogidos por Fafnir no pasó inadvertido a nadie.

El enano continuó:

—Pero, no puede ser. Eso fue hace demasiados años. Usted debería estar muerto…

Sesper no contestó.

* * *

Tras el incidente de la cena todos los comensales bajaron muy pensativos al salón principal.

En un rincón acogedor frente a la barra del bar y al amparo de la trasera de las escaleras, les aguardaba la mesa del torneo. Un azulado tapete bordado con motivos draconianos, exclusivo para la ceremonia, albergaba las riquezas que cada jugador había decidido poner esa dormida en juego. Mayoritariamente, monedas de metales nobles y gemas.

El montón más grande, contra todo pronóstico, era el de Garrosh. Luego lo sería el de Bogdan, el de Mithril (con más gemas que monedas), el de Arandiel, Úrsula, Znibizz, Sesper y Jensenn.

En el centro aguardaba el mazo de “Los 7 Dragones” con el Chemdrill boca arriba coronando.

Respetando la disposición de la cena, los jugadores se sentaron, repasaron sus armas (entendidas éstas como las riquezas a emplear) y le dieron el conforme a Fafnir.

El dragón, como cada año, y siguiendo la tradición, barajó los naipes y repartió la primera ciega. Tres cartas por jugador.

Comenzó el torneo.

* * *

La primera mano la ganó Jensenn con un par de dragones. Ésa, y las tres siguientes. El trasgo se crecía en las partidas. Nada que no supieran los demás, por otro lado. Un trasgo de Trenti muy probablemente sería el rival a batir en aquel torneo y se notó demasiado pronto.

Bogdan tampoco defraudó a nadie. Fue un hueso duro de roer, aunque no tuvo suerte con las cartas.

El goblin, entre mano y mano, no dejaba de contar chistes que a la mayoría no hacían gracia o no importaban y se tiró unos faroles tan enormes que parecía que lo hiciese a propósito.

En cuanto al Mago, no parecía muy interesado en el juego. Más bien se diría que trataba de discernir la estrategia de cada uno de sus rivales sin la más mínima prisa. Seguía las ciegas, a veces apostaba, pero se mantenía en una posición harto reservada.

Un momento tenso se desató cuando a mitad de velada Arandiel se batió en duelo directo con Bogdan.

Mithril le había sacado su buena mitad de peculio al vampiro y estaba algo tocado, momento que aprovechó la elfa para tratar de rematarlo, aunque sólo fuera por esa dormida.

En la primera ciega de la esa mano se quitó a Znibizz, a Úrsula y a Garrosh. Sesper quería ver más allá, así que fue, al igual que Mithril, Jensenn y Bogdan, pero, salvo el vampiro, ninguno aguantó más de un par de vueltas de apuestas.

En cuanto estuvieron solos, el vampiro exclamó sacando los colmillos:

—Qué lástima que este sea el único lugar en donde puedes enfrentarte a mí. —Y puso un par de monedas de oro sobre el montón.

La elfa sonrió:

—¿Seguro? Porque aún tengo curiosidad por saber qué hace un vampiro tan acaudalado y supuestamente de tan rancio abolengo en una guarida de ladrones. —Igualó la apuesta—. Una de dos. O no eres tan acaudalado, o has venido a otra cosa.

Znibizz se quejó del comentario, igual que Mithril. ¿Por quién les tomaba? Jensenn, sin embargo, puso mucha atención a la respuesta del vampiro.

—Oh —contestó—, saber eso te costará mucho más de lo que estás apostando. Pero te diré una cosa. Tienes suerte. —Fue con el resto.

—¿Ah, sí?¿Por qué? —contestó Arandiel sin apartarle la mirada. Lo igualó.

—Porque no he venido aquí por ti. —Y levantó sus cartas.

Tres dragones y cuatro negras. Siete negras para la elfa.

Con desgana, Arandiel tiró sus cartas sobre el tapete y pidió una pinta a Fafnir. Había acabado la noche para ella.

* * *

El trasgo finalmente se reveló como el mejor jugador. Al menos fue el más constante recaudando ganancias. Casi con tres cuartas partes de la velada consumida Jensenn acaudalaba más de la mitad de las riquezas del montante total.

Además, había desarrollado una divertida rivalidad con el vampiro. Para este último, claro. Aquello era un torneo, se jugaba dinero y estaba bien, pero había que tener en cuenta que cuando aquello acabase había que salir de allí con todas las consecuencias…

Mithril no se podía quejar, ganaba y perdía a partes iguales. No parecía muy buen jugador. De hecho, no se le veía concentrado. Refunfuñaba demasiado cada vez que perdía y abusaba de la sidra. Antes de terminar dejó de jugar.

Úrsula y Garrosh fueron los dispares jugadores que protagonizaron el final de la jornada.

El malestar del guerrero había ido en aumento durante toda la jornada hasta el punto de tener que abandonar la mesa en un par de ocasiones acompañado de Fafnir. En un momento dado e inesperado, cuando tuvo a la bruja tras las cuerdas, el guerrero pareció recobrar milagrosamente las fuerzas y la atacó sin piedad.

Sobre la mesa había al menos doscientas piezas de oro y doce o trece rubíes. Era la última mano. No le quedaba mucho más al guerrero ni a la bruja. Habían acabado las ciegas y las apuestas.

Ambos se miraron con odio atrayendo la divertida atención de Sesper y echaron el resto.

No había más que decir. Levantaron las cartas y un Chemdrill brilló sobre el tapete. ¡El primer Chemdrill del torneo! Eso otorgaba a su dueño el 5% de la recaudación total de la noche.

Lo tenía Úrsula.

Garrosh la miró irritado. Desde que el guerrero pisara el local había sido un carácter afable y poco dado a malos modales, sin embargo, cuando la bruja

estiró sus manos para recoger las ganancias, éste se las aferró haciendo que las sortijas se le clavaran en la carne.

La bruja lo miró desafiante.

—¡Te mataré! —gritó entonces totalmente descontrolado mientras Mithril y Bogdan se abalanzaban para sujetarlo.

Úrsula se zafó, recogió su merecido premio ávidamente y se frotó las manos. ¡Aquel pedazo de mulo casi le rebana un dedo con sus tenazas! Por un instante, y en un acto reflejo, sus negras pupilas brillaron con un destello de maldad directo al rostro del guerrero que desarmó por completo su ira. Quizá fuera porque, de haber estado en la calle, ahora no sería más que un montón de pulpa miasmática, y lo sabía. Él, y cuantos le rodeaban, pues todos se apartaron de ella alarmados.

Ofendida, Úrsula se marchó enseguida escaleras arriba con su merecido botín. Los demás, celebrando también su suerte, soltaron al guerrero en la primera silla que encontraron e hicieron lo propio dejándolo en compañía de Fafnir. Al dragón aún le quedaba trabajo por hacer. Tenía colocar que afuera la tablilla con las puntuaciones, planificar los servicios, limpiar y recoger. Un lujo, vamos. Garrosh, entre tanto, se aferró a una interminable jarra de cerveza que aún le quedaba junto a su exiguo montón de ganancias y se zambulló en ella.

—Tranquilícese —le dijo Fafnir recogiendo la tablilla. Ya sólo le hubiese faltado tener que faenar con los estragos de una borrachera estúpida.

—No puedo —exclamó el guerrero con la mirada ausente—. Algo va mal y ella tiene la culpa.

El dragón rezó por poder irse temprano a dormir.

Mientras salía le oyó repetir:

—Algo va mal y ella tiene la culpa…

4

El desayuno se servía a las 12.00 del despierto. Una hora tardía debido a la falta de motivo para madrugar. Las partidas comenzaban a las diez, así que cuanto menos anduviesen por ahí los invitados, mejor. De hecho, se les recomendaba aguardar en sus aposentos o en la sala de descanso de la planta superior, que también hacía las veces de biblioteca.

Fafnir preparó ocho desayunos en un par de bandejas. Los de los mrakianos en una y los de los sijarianos en otra. Así no se confundiría.

En la bandeja sijariana humeaban un buen par de huevos con panceta para el guerrero, otros dos pasados por agua para el Mago, bollos con mantequilla, café y mermelada para el trasgo, y dos pescados crudos para el goblin.

La mrakiana contenía alimentos aún más extraños y dispares. La bruja pidió caldo de caléndula y edracebas, el enano un cuenco de cocido de venado, Arandiel una ensalada de la casa, y el vampiro una jarra de sangre de tritón.

Empezó por los sijarianos. Estaba seguro de que si lo hacía al revés igual se le revolvían las tripas, las edracebas de la bruja no hacían más que tratar de escapar, reptando por las paredes del cuenco.

Subió las escaleras y giró a la izquierda encarando el pasillo. La puerta del comedor estaba abierta.

Dentro, Arandiel charlaba con Garrosh. Nada interesante. Tácticas de combate, al parecer.

Dejó el desayuno del guerrero sobre la mesa, salió, y terminó el pasillo antes del recodo a la derecha.

—¿Señor Jensenn? —preguntó llamando a una puerta con los nudillos.

—Voy —se escuchó al trasgo algo azorado.

Al abrir la puerta parecía somnoliento.

—¡Vaya nochecita! —exclamó recogiendo sus bollos.

—¿Ha ocurrido algo?

Jensenn le miró con sorpresa:

—¿No ha escuchado usted los gritos?

Lo cierto era que no, los aposentos privados del dragón se encontraban fuera del local, en una pequeña casita de una planta adosada en la trasera. Así tenía la libertad de adquirir su verdadera forma cuando le viniera en gana.

Negó con la cabeza.

—Pues han sido tremendos. A eso de las cuatro o cuatro y media de la

madrugada empecé a escuchar voces subidas de tono e insultos. En un principio no me inquieté mucho. Como en mi común y miserable existencia de cantinas y burdeles eso suele ser lo habitual, ya no me inquieto, salvo que golpeen mi puerta, comparta cama con alguna ramera, o ambas, no sé si me entiende —le susurró cómplice guiñándole un ojo.

El dragón se mantuvo impertérrito.

—Bueno, pues menuda bronca —prosiguió—. En cuanto empecé a escuchar reproches e historias, me desentendí. Ya no me meto donde no me llaman. Si supiera la de problemas que me he evitado por dejar de ser curioso. Pues no habrán degollado a incautos a menos de un tabique de distancia de mi dormitorio sin que me coscara de ello. En fin, que no he dormido una mierda. Si me permite, echaré otra cabezada. —Y terminó de recoger su desayuno con un bostezo y un portazo.

—Como desee —le contestó Fafnir educadamente a la puerta poniendo rumbo al ala derecha. No era su trabajo ni le pagaban por curiosear. ¿Que la gente quería discutir? Pues que discutieran. ¿Qué querían matarse? Mientras no influyera en su 25%...

Al pasar por debajo de la vidriera escuchó murmullos en la sala de reposo.

Mithril y Znibizz discutían sobre el final de la partida, mientras Bogdan y Sesper miraban por el ventanal a los apostadores.

—No deberían hacer ustedes eso— exclamó Fafnir.

Ambos se volvieron:

—¿Por qué? —preguntó Bogdan.

—Porque podrían influir en las apuestas… y en mis ganancias —aclaró dejando los desayunos en una de las mesas del fondo.

Bogdan miró a Sesper:

—Es por usted, seguramente.

El Mago sonrió maliciosamente y fue a recoger sus huevos. Probablemente el posadero tenía razón.

* * *

Cuando dejó la ensalada frente a Arandiel, Fafnir se tomó la molestia de preguntar:

—Señora Arandiel: ¿escuchó usted ruidos esta madrugada?

La elfa negó con la cabeza:

—No, lo siento. Suelo ponerme tapones para dormir. Deformación profesional —aclaró mirando al guerrero—. Llevo tantos años en el frente que si no tomo medidas no descanso. Anoche no fue una excepción.

—¿Y usted, señor Garrosh?

El guerrero negó con la cabeza:

—No. Mi caso es bien distinto. Cuando duermo, duermo. Temo decir que, dado el caso, aunque toda esta posada se hundiese no me enteraría.

Fafnir decidió no investigar más. Quizá el trasgo lo soñara. Viniendo de donde venía, podría ser. O podría ser que hubiese tomado algún “complemento” para dormir.

En fin, que entre unas cosas y otras era ya casi la una y tenía que ponerse con la comida, así que encaró el pasillo hacia la habitación de Úrsula. Ya tenía ganas de dejar aquel asqueroso pocillo en manos de su dueña y, desde luego, no ver cómo lo vaciaba.

Al llegar a la puerta, se la encontró entreabierta.

¿Qué raro?, pensó. No había visto a la bruja ni en la sala ni en el comedor. *Quizá estuviese en el baño.*

Se dio la vuelta, abrió la puerta empujándola con la espalda y se volvió.

El estruendo de la bandeja al precipitarse contra el suelo alertó a toda la planta.

Úrsula había sido asesinada.

* * *

La deducción no revestía ninguna complicación:

Sobre la cama, una robusta estructura de madera oscura con dosel, el cuerpo de la bruja descansaba decapitado.



No había casi sangre. No había cabeza. Sólo el desnudo cuerpo de Úrsula, vestido con el escotado traje de noche con el que la vieron por última vez.

Como único atributo distintivo, uno de esos anillos estrafalarios que tanto le gustaba lucir. Un grueso sello dorado sin distintivo.

Los jugadores comenzaron a aparecer por la habitación. Los primeros fueron Arandiel y Garrosh.

La elfa no dijo nada. Se quedó quieta. Muy quieta. Su visión le permitía ver el cuerpo perfectamente, aun con dosel.

Garrosh se mantenía impertérrito. Ayudó a Fafnir a recoger aquel desbarajuste y quitó los velos encarándose con el cadáver.

En un principio lo miró como quien mira un trozo de carne para asar. Sin emoción. Mesando su bigote como haría alguien como él tras un duro día en el campo de batalla. Pero su actitud cambió de repente. Dio un paso atrás, un paso adelante, y exclamó:

—No…

Sin decir nada más, salió del dormitorio tropezando con el goblin.

—¿Qué pasa? —preguntó éste al entrar.

La elfa le señaló el cadáver.

Znibizz estalló en carcajadas.

Mithril, que venía tras él, también se quedó boquiabierto. Aunque no se rio. Y eso que la maldita risa de aquel asqueroso goblin le estaba provocando.

—¡Por todos los martillos! ¡Si le han arrancado la cabeza! —Se aproximó un poco más, enmudeciendo de asombro.

Sesper chasqueó la lengua a sus espaldas.

—Qué lástima —exclamó.

—Efectivamente —sentenció Bogdan—. Y qué desperdicio —concluyó repasando el cuerpo de la bruja en busca de alguna arteria.

* * *

El venado de la comida resultó insípido. No por su sabor, obviamente.

Decidieron comer en el salón principal de la posada. Abajo, sobre la mesa de juego. Y lo hicieron en silencio.

Estaban todos, menos Jensenn y Garrosh.

Fue Fafnir quien rompió el silencio, una vez terminó de recoger la mesa:

—Bien, señores, las reglas son claras en estos casos —comenzó—: El torneo puede continuar, pero he de llamar a la Orden.

Todos se miraron entre sí.

Era cierto. Si uno de los jugadores fallecía en extrañas circunstancias, había que ponerlo en comunicación de la Orden de D´uolnai. Una vez llegado el Inquisidor, éste disponía de dos días para dar un veredicto. De poder darlo, los culpables serían arrestados y el torneo continuaría bajo las mismas reglas con las que empezó. En caso contrario, el torneo quedaría clausurado definitivamente.

Jensenn apareció somnoliento, haciendo eses por la escalera:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no se puede dormir ni de dormida ni de despierto?

La cara de sus compañeros fue más que aclaratoria.

El goblin, al que no hacía más que escapársele la risa, le tendió una jarra de cerveza.

Arandiel se lo susurró al oído.

—¡Joder! —exclamó Jensenn sin filtros— Si ya decía yo que eran muchos gritos…

Los demás le miraron intrigados:

—Sí, se lo dije a Fafnir antes. Anoche escuché una discusión tremenda. Y luego creo que oí unos insultos.

Fafnir asintió y se sentó junto a ellos.

Arandiel intervino:

—¿Reconociste las voces?

El trasgo negó:

—En esos momentos no reconozco ni a mi padre.

—…porque por lo que yo vi el cadáver parecía desangrado… —le comentó de nuevo la elfa.

Bogdan se dio por aludido y sonrió mostrando un colmillo:

—Pues ten cuidado, bonita, no vaya a ser que esta dormida la desangrada seas tú…

La elfa se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Además —continuó el vampiro aprovechando el gesto—, le habían rebanado el pescuezo. Un trabajo fino, como de una hoja élfica…

Los demás miraron a Arandiel. Sus rojos ojos brillaban más encendidos que nunca:

—¿O enana…?

Las miradas cambiaron de sitio:

Mithril levantó la vista de la jarra de sidra con circunspección y cierta sonrisa extraña:

—No te conviene ir por ahí, chiquilla. Podrías perder también la cabeza… —Y enarboló uno de sus pesados martillos. Luego volvió a hundir la vista en la jarra con indiferencia y preguntó:

>>¿Garrosh?

—Arriba, al ver el cadáver se encontró indispuesto —contestó Fafnir.

—¿Un guerrero de las tropas de Graslei? ¿De los predios de Alkmaar? No lo creo —escupió el enano.

Los demás asintieron.

—¿Y usted qué opina? —preguntó Fafnir directamente a Sesper.

El Mago se levantó. Estaba pensativo, incluso sorprendido:

—Pues varias cosas. Primero, que quien haya sido el imbécil que ha cometido esa atrocidad de ahí arriba me ha estropeado gran parte de la diversión en este torneo, y no me refiero a la parte meramente visual. —Bogdan asintió— Úrsula era una gran bruja y una fuente de conversación… (cómo decirlo sin menospreciar a nadie) interesante. Segundo, que yo aquí he venido a jugar. Pero a jugar a las cartas. Mucho me temo que lo ocurrido aquí va a complicar demasiado las cosas para todos. —Ahora fue Jensenn el que asintió. No apreciaba a los Inquisidores—. Y, por último, que voy al escusado. Si alguno de ustedes tiene intención de matarme, por favor, aguante un poco…

Znibizz estalló de nuevo en estúpidas carcajadas.

* * *

—Pero esque enhay un asesino ente nosotros —exclamó el goblin.

Bogdan le miró muy serio. Tenía una copa entre sus manos y no dejaba de moverla de una mano a otra como si le molestase su peso:

—Eso es cierto, mi desdichado Znibizz. Y extraño. Se supone que esto es un torneo. Aunque, por lo visto, alguno de nosotros trae otro tipo de intenciones. Apostaría a que algo tiene que ver el señor Garrosh.

Fafnir decidió no involucrarse esta vez en la discusión y terminó de recoger los pocos platos que quedaban de la cena. Había sido un despierto muy largo. Tras la conversación de la comida la mayoría decidió encerrarse en sus dormitorios hasta la cena, que repetirían en el salón del piso de abajo. Lo hicieron así para deliberar que harían tras ella, si jugar o no. Por lo pronto, Fafnir tuvo que salir afuera para borrar de la tablilla a la bruja y dar las merecidas explicaciones. No resultó fácil, se organizó un gran revuelo. Úrsula era una de las favoritas y no todos los apostadores vieron con buenos ojos aquella maniobra. Para muchos, resultó el indicador de que algo olía a podrido en ese torneo y decidieron desmontar el chiringuito, coger sus carromatos y marcharse. Nada bueno, la verdad. Las ganancias disminuirían demasiado. Por mucho que Fafnir trató de paliarlo con explicaciones, la situación no mejoró. Aún peor. Al anunciar que había llamado a la Orden, tal como contemplaban las reglas, otro buen puñado de apostadores decidió marcharse. Tuvo que haberlo previsto, la mayoría de los allegados eran gentes de baja calaña, que seguramente habían tenido escarceos con la Orden. Escuchar que un Inquisidor aparecería por allí de un momento a otro no les hizo mucha gracia. Sin más que decir, Fafnir regresó a su caseta y durmió un poco.

* * *

—Entonces, ¿jugaremos o no? —preguntó Jensenn una vez acabó la cena.

Znibizz, haciéndose a un lado para que Fafnir recogiera, votó que no. Le parecía horroroso ponerse a jugar con un cadáver en el piso de arriba.

Arandiel secundó la opinión del goblin. Úrsula no resultaba de su agrado, pero, desde luego, era innoble seguir, cuando estaba aún de cuerpo presente.

—Yo creo que deberíamos continuar —intervino Mithril—. A ella ahora ya no le importa, y a nosotros aún sí.

—Quizás a “uno” de nosotros no le importe tanto —exclamó Sesper—. Tal vez, antes de que el Inquisidor llegue, deberíamos hablar un poco más entre nosotros.

—Falta Garrosh —aclaró Jensenn.

—Garrosh tiene algo que ver con todo esto —intervino Bogdan de mala gana—. Mithril hizo esta tarde un comentario muy acertado. No es normal su

reacción. No en un guerrero. Y conozco a unos cuantos.

—Quizá no —contestó Arandiel—. En los soldados sometidos a mucha presión, son frecuentes los trastornos traumáticos. Ayer Garrosh tuvo un fuerte encontronazo con Úrsula y podría ser que se sintiera culpable o preocupado por cómo lo interpretáramos nosotros. Además, ya se encontraba mal al llegar.

—No —corrigió Sesper, suspicaz—, recuerdo muy bien su jovialidad al entrar en la posada. Fue cuando se percató de nosotros en el reservado (de Úrsula y de mí, quiero decir) cuando se le torció el rostro.

—Cierto —asintió Znibizz—. Recuérdolo bien.

Arandiel tuvo que reconocer haberse dado cuenta también de ese detalle.

—Pero ¿y si fue al verle a usted, Sesper, y no a Úrsula? —preguntó Jensenn.

El Mago sonrió maledicente:

—Tengo que decir que no, ¿verdad? —comentó burlón dirigiéndose hacia los demás—. Por cierto, querido Jensenn, ¿cómo es que escuchó una discusión que al parecer no escuchó nadie?

Mithril exclamó, algo cansado:

—Miren, hemos venido a jugar, ¿no? A mí una bruja me da lo mismo. ¡Que se pudra! Y el otro humano ¡que se pudra también! Ambos me importan por igual. Voto por jugar y dejar las consideraciones para el Inquisidor. A fin de cuentas, él me importa tanto como los otros dos.

Bogdan masajeó una de sus muñecas:

—Estoy de acuerdo. Yo también he venido a jugar. Si no me creen no es mi problema. Lamento decirles esto, pero, todos ustedes, llegado el caso y en estas circunstancias, no son más que comida para mí. Si no juego, quizá me aburra, así que dejemos las tonterías.

Jensenn le miró con aprensión:

—Parece muy interesado en que dejemos la discusión y juguemos…

—Efectivamente —comenzó flemático el vampiro, camino de una humillante contestación. Sin embargo, su mirada pareció romperse y no continuó.

Jensenn aprovechó:

—Pues yo no estoy a favor de continuar con la partida. Me interesa más saber quién puede tener intención de llevarse el torneo de calle dando boleto a los favoritos del juego. Porque la bruja jugaba muy bien. Seguro que llevaba la delantera en las apuestas de ahí fuera.

—O sea, que piensas que tras el asesinato de Úrsula puede estar el interés de alguno de nosotros para ganar el torneo —le contestó Arandiel.

—No lo descartaría —contestó el trasgo—. Tenemos un cadáver y era la ganadora de ayer. ¿Quién nos dice que hoy no muera también el que se lleve

la bolsa? ¡Venga!, yo he venido a jugar como todos, pero no a que me degüellen. Para eso me había quedado en Trenti —aclaró con una sonrisa macabra—. Voto no.

>>¿Sesper?

—Yo prefiero jugar.

—¡Pues somos tres a tres! —bramó de mala gana el enano—¡Habrá que desempatar!

—Que falta Garrosh…—contestó Jensenn.

El enano bufó y se acabó de un trago lo que le quedaba en la jarra.

—Si quieren le preguntó —se ofreció Fafnir—. A fin de cuentas tengo que recogerle el servicio.

—Sí, por favor —le pidió molesto el Mago. Nada le hubiese fastidiado más que encerrarse en su dormitorio a esperar al Inquisidor.

Fafnir regresó enseguida:

—Dice que ahora baja. Que vayan preparándolo todo.

—Mira, una buena noticia —exclamó jovial Mithril—. La señorita ha decidido bajar. Prometo no desplumarlo mucho.

Sin previo aviso, un disparo resonó en toda la posada como un cañonazo.

Todos se levantaron de la mesa y se pusieron en actitud de combate.

Fafnir los miró. Por su cabeza pasó la idea de romper el hechizo, pero lo descartó enseguida por peligroso.

En un instante que duró una eternidad, trataron de escuchar algo.

No fue el caso. Sólo apreciaron el enorme murmullo que comenzó a escucharse desde afuera de la posada.

—Maldita sea —escupió Fafnir, y se apercibió de un madero con clavos ensartados que ocultaba tras la barra del bar, especial para aquellas ocasiones.

Los demás le siguieron. El primero, Mithril, blandiendo sus dorados martillos cortos de combate; Luego Arandiel, con una brillante espada; Detrás, Znibizz y Jensenn con estiletes varios; Por último, Bogdan y Sesper.

La habitación de Garrosh estaba en el ala occidental de la primera planta.

Llegaron al taquillón y giraron a la izquierda bajo la colorida vidriera hasta para encarar el pasillo. Llegaron al fondo, giraron a la derecha, pasaron por la habitación de Jensenn a la izquierda, la de Úrsula a la derecha, y por fin encararon la de Garrosh, también a la derecha:

—Señor Garrosh, ¿está usted bien? —preguntó Fafnir.

No hubo respuesta.

—¿Señor Garrosh? —repitió el dragón golpeando la puerta a puño cerrado.

Nada, ni un murmullo, ni un quejido. Nada.

Fafnir echó mano al picaporte, pero la puerta no se abrió. Estaba cerrada por dentro.

Echando mano a un puñado de llaves que llevaba colgando del pantalón, Fafnir abrió la habitación y entraron.

La imagen resultó aterradora. El guerrero yacía muerto sentado frente a su escritorio. Se había volado la cabeza con una pistola, esparciendo sus sesos por paredes y techo. Aún la aferraba con el puño crispado junto al tintero.

La comitiva se relajó:

—¡Caso resuelto! —gritó el enano con cierto enfado— Garrosh mató a la bruja y luego se suicidó. ¡Tendremos que volver a votar!

5

Al final, como era de espera, esa dormida no hubo juego. De nada sirvieron los múltiples esfuerzos de Mithril por convencer a los demás. Nadie quiso prestarse a ello. Ni siquiera Bogdan. Era mejor valorar la situación y tratar de discernir. Discernir… Eso hacía Jensenn encerrado en su dormitorio, mientras trasegaba el cuarto totalmente absorto. Uno tras otro, y con la hábil meticulosidad que su profesión le obligaba, repasaba febrilmente las expresiones de los demás jugadores. Intentaba por todos medio dar con algo que lo calmara. Alguna inflexión en la voz, algún cambio en las pupilas. Todo aquello que le salvó la vida tantas veces y con lo que era consciente podría metérselos en el bolsillo sin mucho esfuerzo. Al menos, en el torneo. Las dos muertes lo habían complicado todo. Todo. Los patrones cambiaban, el trabajo era mayor. Además, ninguno le había creído, con lo que, muy probablemente, el Inquisidor tampoco lo hiciera. Lo tenía ya muy difícil para convencer a la Orden de nada. Quizás no debiera haber mentido. Quizá hubiera sido mejor soltarlo todo. Quizá. Por lo pronto, debía de seguir manteniendo su relato. De lo contrario, alguien más podría morir.

Acercándose a la ventana contempló a los apostadores.

No eran muchos. La noticia había ahuyentado a la mayoría. Fafnir no se lo había dicho, pero era evidente: en la Linde nadie apreciaba a la Orden; no se aceptaban sus reglas. No pudo por menos que sonreír para sí, pensando en lo lucrativo del lugar. Sí, podía hacerse muy rico allí. Igual, al final, no estaría mal mudarse. D´uol y Llenai le borraron enseguida esa idea de su atribulada cabeza. Desdibujados de forma entrañable tras los múltiples y acuosos cuadradillos de cristal de la ventana, como crueles consejeros impertérritos en aquel crepúsculo eterno, no tardaron en saetearlo con leales recuerdos de una querida Domovik que, para ser sinceros, nunca podría abandonar. Las pequeñas tierras de los trasgos, en las escarpadas laderas de las montañas orientales de Sija Marek, a veces entraban en crepúsculo por su cercanía con la Linde de la misma manera en que ahora contemplaba. Sólo por unos días. Quizá tan sólo por una semana. Pero, tal como en ese momento, el horizonte se mostraba así: entre naranja y rojo, repleto de árboles. Maravilloso.

Sin mucha esperanza, Jensenn se tiró en su jergón. Tenía frío. Aún hacía frío en primavera y la chimenea estaba a punto de consumirse.

Con tranquilidad, sacó de un hueco oculto en su espalda un afilado cuchillo. Lo puso debajo de la almohada y trató de dormir un poco.

Soñó con el pasillo más allá de la puerta. Con la bruja danzando lentamente rodeando a un Garrosh atado a un madero en llamas. El guerrero gimoteaba y pedía socorro. La bruja reía, y reía, y reía disfrutando con la situación.

* * *

Sabes muchas cosas Sesper.

Lo sé.

¿Y las dirás?

A su debido tiempo. He venido a divertirme.

¡Mentira, viejo estúpido! A otros podrás engañarles, a mí no.

El Mago sonrió cargando su pipa de buen tabaco nevrozziano. Lo único bueno de Ladtav. Las tierras yermas no eran queridas por nadie. Retirarse allí o no irse de allí fue su mejor decisión, y su condena.

Todavía recordaba la isla de D`uolnai (hoy el reino desértico de Nevrozza), cuando el verdor y la vida la inundaban. Sirviendo de residencia a los Dioses en pleno corazón de Sija Marek. Brillando más espléndida que ninguna. Luego llegó el Cataclismo, el mundo se cubrió de niebla y el calor devastó los mareks. Cuando el polvo se disipó, parte del mundo había desaparecido, los soles quedaron quietos para siempre en el horizonte, y los mareks tomaron rumbos distintos. Luz para Sija Marek, Oscuridad para Mrak Marek. La magia tenía un coste. Uno muy elevado. Y los Magos optaron por salvar el mundo pagando con inocentes. Los animales no servían. Cuanto más desarrolladas fueran las mentes de las monedas, más magia se podía pagar. Tampoco se sabía bien quién perdería cordura. Aunque los Magos podían canalizar hacia quién cobrar. Tal fueron los excesos, que descubrieron la capacidad de poder utilizar a sus víctimas, incluso después de muertas.

El mundo se salvó. Pero nació la Plaga. Los caminantes sin alma. Los no muertos. Los descarnados. Y, con ellos y el Cataclismo, se descubrió también que las estaciones habían cambiado. Sólo la primavera resultaría desde entonces soportable. En verano los soles devastaban con su fuego Sija Marek, mientras que el invierno congelaba Mrak Marek. El otoño no resultaba agradable tampoco, pues el calor extremo calentaba demasiado el mundo. Los años se hicieron eternos. Los eternos se hicieron inmortales.

¿Verdad, Sesper?

Verdad.

Los estúpidos, que si volasen no dejarían ver la luz de ningún sol, echaron la culpa del Cataclismo a los Dioses y éstos abandonaron Duamarek.

¿Seguro?

Sesper sonrió.

Necesito más tabaco. La noche va a ser muuuy larga. Tengo que pensar.

Te da miedo el inquisidor, ¿verdad?

No.

Ja, ja.

No. Sólo quiero ordenar lo que debo de decirle.

¿No pensarás…?

Sí. Voy a ver si el bueno de Fafnir tiene.

Y si no tiene, seguro que te da fuego, ¿verdad, Sesper?

Verdad, verdad…

* * *

Bogdan se quitó la levita.

Bajo ella, la blanca camisa estaba empapada en sudor.

Se acercó al tocador y se mojó un poco la cara con el agua de la jofaina. *Úrsula muerta, desangrada. Garrosh con los sesos esparcidos por las paredes de sus aposentos. Ese no era el plan.*

Se secó la cara y se dirigió al armario.

Sacó otra camisa y se adecentó.



No, Bogdan. Ese NO era el plan. Y, encima, la Orden vendrá a por ti primero, ya los conoces. Da igual el tiempo transcurrido, seguro que complica las cosas. ¡Por Llenai ¿quién por entonces no tenía sangre en las manos?!

Tenías que haberlo previsto. Si te hubieses fijado un poco más.

Con vehemencia, trató de aplacar el acceso de temblor que recorrió inesperadamente su brazo izquierdo. El dolor subió hasta el hombro y lo postró en la silla de su escritorio.

—¡Aghhhhh! —gritó.

—Maldita Úrsula. Debí haberlo resuelto mucho antes.

* * *

Mithril limpiaba sus martillos como de costumbre.

Siempre, antes de acostarse, los repasaba y calibraba su aplomo. Era vital. Los enanos de Brokk no eran como los estúpidos enclenques de D´vengar. Kulgur era una tierra pequeña al norte de la Oscuridad, flanqueada por

chupasangres, licántropos, caminantes y espíritus condenados. Siempre había que estar alerta. En cualquier momento, de entre las sombras, podía surgir la muerte más silenciosa.

Aquellos martillos que limpiaba, sus dorados martillos de combate de mango corto, los había conseguido con honores defendiendo la plaza de Rorkaz (el Concurso de Gritos), el único puerto de mar que los vampiros no controlaban en Mrak Marek. Siempre le acompañaban. Eran sus pequeños y le habían salvado la vida centenares de veces. Sus reliquias. Propiedad enana, se jactaba siempre.

En Kulgur no había mucha riqueza. Al contrario: eran los desheredados del mundo. Por ello él había conseguido plaza allí. Un secreto que no podía salir de esas cuatro paredes, so pena de muerte o ajusticiamiento.

Sabía quién había muerto. Lo sabía mejor que los demás. Eso podría facilitar las cosas, llegado el caso.

Con reverencia, colocó los martillos en su gabán, junto a su armadura de combate.

No había terminado cuando llamaron a la puerta. No muy fuerte, un par de golpes nada más.

Era Fafnir.

Entreabrió la puerta y el anciano pasó deprisa mirando precavido hacia el pasillo:

—Cierra, cierra ya.

El enano obedeció:

—Te dije que sin violencia, Mithril.

El enano le miró confuso:

—Y no la ha habido.

—¡¿Dos muertes no te parecen suficiente violencia?!

—¿Por qué me acusas a mí? Pudo ser cualquiera.

—Cualquiera —y se encaró con él— no tenía la llave del dormitorio de Garrosh.

No le dejó responder:

—Devuélvemela.

—Aún la necesito —le contestó el enano con el rostro ensombrecido.

—Se acabó el juego, Mithril. Mañana estará aquí el Inquisidor y no quiero más problemas. Ya es probable que tenga mucho que explicar.

—¿Lo de Sesper, por ejemplo?

Fafnir tendió su mano haciendo caso omiso al comentario.

Rebuscando en el fondo de su armario, Mithril recogió y le tendió un diminuto llavín con forma de serpiente:

—Ten, lo resolveré a mi manera.

A Fafnir le ardieron los ojos:

—Como quieras. Pero yo estoy fuera de esto. Desde este mismo momento no quiero saber absolutamente nada. —Con vehemencia echó mano al pomo de la puerta—. Ah, y otra cosa: No trates de joderme. Lo que ves aquí —y señaló cuanto le rodeaba arrastrando las palabras con un siseo amenazante— es sólo una ilusión, incluida la imagen que de mí contemplas. Si me traicionas, si me involucras, aunque sea lo más mínimo, te juro que no descansaré hasta convertir en cenizas ese pozo de mierda en el que normalmente te escondes. No lo olvides.

Y con la misma cautela que vino, se marchó.

Mithril miró a la puerta y ahogó su ira respirando hondo y subiendo su escondido labio superior en una mueca propia de otro incendiario. Muchos contemplaron ese rictus antes de morir… decapitados. Como Úrsula. Esa Úrsula que tantas cosas escondía. Y ese Garrosh. Qué nombre más estúpido. Sólo un humano elegiría algo así.

Se acercó a su jergón y sacó de debajo de sus listones un pequeño cofre que abrió sin reparo. Dentro brillaban un buen puñado de gemas. Las había rojas, azules, verdes. Todas ellas extraídas de las profundidades de Brokk, maldito Fafnir, pero no había Chemdrills.

Sólo en el juego…

* * *

El cuarto de Znibizz parecía un improvisado taller de ingeniería. Una jornada allí y todo cuanto se podía ver había sido modificado por la frenética actividad creadora del goblin. Tuercas, tornillos, cachivaches, chapas, miles de objetos indicaban que el ingeniero no olvidaba su oficio ni inmerso en un torneo como aquel.

Znibizz no era un goblin afamado de Tark. No era ni siquiera alguien respetable en Trenti. Sólo era un infeliz que había descubierto algo capaz de cambiar el destino de SijaMrak. Sin embargo, para eso, necesitaba el dinero suficiente con el que desarrollar su patente, ajeno a ojos indiscretos.

Los goblins no conocen la lealtad, ingenierilmente hablando. Cualquier descubrimiento es susceptible de expropiación por la comunidad sin permiso ni previo aviso.

Si hablaba de su proyecto, o lo presentaba a cualquier consorcio, podía darlo por desaparecido.

Por eso se presentó al torneo. Su casta y descendencia merecían algo mejor que las barriadas putrefactas de Disadiel. Tres de sus hijos y su esposa ya habían caído a manos de los caminantes.

Disadiel era el puerto menos deseado por nadie. A poca distancia de Ladtav, la capital del país-isla de Nevrozza (en el centro de Sija Marek), era

habitual la llegada de descarnados a través del mar hasta sus playas. En el despierto, en la dormida, mientras los niños jugaban o descansaban. Un horror que la comunidad no podía resolver —pues carecía de los medios suficientes— y del que nadie quería preocuparse porque a nadie le importaban un puñado más o menos de desarrapados goblins.

Aplicó un par de soldaduras a una rudimentaria placa, e hizo chispar una pieza con un electrodo.

Se quitó unas gruesas gafas de cristales verdes y suspiró.

Aún le faltaba un buen trecho, pero no lo dejaría. Un Risafloja nunca deja nada a medias.

Tenía que ganar el torneo.

* * *

Arandiel guardó sus tapones en el cajón de la mesilla. Esa dormida no los iba a utilizar. Tenía que estar plenamente alerta a cualquier señal. Podía ser ella la siguiente víctima.

Sesper le ponía los pelos de punta; Jensenn parecía el típico que te rebanaría el pescuezo por una faltriquera medio vacía; y qué decir de Bogdan. Ese no necesitaba ni motivos. Para él eran todos "comida". Por suerte, la mayoría se encontraban en el otro ala de la posada.

Quizás el más preocupante fuera Jensenn, ahora que lo pensaba. Si mentía podía perfectamente haber entrado en la habitación de Úrsula y degollarla. Por si acaso, se levantó y cerró la puerta con llave.

Sentada en la cama, repasó los acontecimientos: La dormida anterior Úrsula se enzarzó en un duelo con Garrosh por la recaudación final de la mesa. Úrsula gana y Garrosh enloquece. ¿Por qué? ¿Tanto necesitaba ganar que la pérdida le resulta insoportable? ¿O lo que le resultó insoportable fue que fuera Úrsula quien lo ganara? Cuando llegó parecía un hombre jovial, fornido y lleno de ganas de jugar. Pero era cierto (y ella lo vio tan bien como los demás) que todo él se descompuso —y como caricatura de sí mismo así deambuló esos dos despiertos por la posada— desde el mismo momento en que contempló la figura de Úrsula, o de Sesper.

Luego, Úrsula muere. ¿Tal fue la pérdida de Garrosh que, tras tratar de recuperar su peculio, no llega a un acuerdo con Úrsula y ésta acaba degollada, o todo lo contado por Jensenn es mentira y, simplemente, el trasgo esperó la dormida, se deslizó en el cuarto de la bruja y aprovechó para robarla y matarla?

De ser así, el suicidio de Garrosh no tendría mucha explicación. Lo más probable es que Garrosh se sintiera tan abatido por la pérdida que acabara con Úrsula y luego no soportara su arrepentimiento. Quizá estuviera trastornado

por la guerra.

Arandiel se tumbó en la cama.

Vaya vacaciones, sonrió. Campañas y batallas con vampiros y trolls en Oblast, el horrible lugar del “Incidente”, para acabar encerrada en un infecto dormitorio de una mísera posada de la Linde, amenazada de muerte.

Rompió en carcajadas.

Afortunadamente, tardó mucho en dormirse.

6

De todos los Inquisidores que la Orden podía haber mandado, Dorcas Doscuervos era el peor.

El apodo por el que se le conocía en toda SijaMrak había surgido de lo sombrío de su silueta, y del cuervo que siempre lo acompañaba. Ambos aspectos hacían que Dorcas pareciese un ser tocado por los Dioses. Esto era debido a que nadie más que él podría tener esa piel de antracita brillante, salvo aquellos que también hubiesen estado en contacto con ellos. Al menos, eso decían las leyendas que siempre precedían a su viejo caballo de color indescriptible. En Sija resultaba oscuro; En Mrak, claro. En la Linde, nadie lo vio de otra forma que no fuera gris. Así fue cómo apareció allí. Pálido y sin más. De entre la bruma. Con el Inquisidor a las riendas ocultando un duro y anguloso rostro tras una desgreñada melena negra y su alado amigo sobre el hombro derecho.

Los apostadores se apartaron enseguida. Si el hábito de la Orden, color tierra y sin ningún tipo de distinción salvo la humilde cuerda con la que lo ceñían a su cintura, ya era para cualquier sijamrakiano un motivo suficiente de aprensión, avistar a Dorcas, lo era de correr; aunque esto último no le dio tiempo a muchos: era muy temprano en la mañana.

Apostó su caballo bajo uno de los chaflanes de la fachada principal y descabalgó. Parecía cansado. No precisó de carromato para el viaje, la abadía de Kertbier no estaba muy lejos, así que debió de viajar toda la dormida. Si es que lo hacía…



Ante la mirada atónita de los lugareños, realizó enseguida una extraña imposición de manos acompañada de un murmullo incomprensible. No ocurrió nada.

Pasando en silencio entre ellos, se alejó lo suficiente como para no poder distinguir la escena de la vidriera de la fachada principal de la posada y repitió el gesto. Esta vez las piedras del suelo levantaron el vuelo y danzaron alrededor de su cuerpo.

Dio una palmada y se cayeron.

Sonrió.

Luego se acercó a la posada, miró de reojo la tablilla con los dos nombres tachados, cogió el picaporte y, sin decir nada, entró.

* * *

—¿Cuándo encontró el cadáver? —preguntó Dorcas.

—Ayer por la mañana, al servir el desayuno —contestó Fafnir. El único ser vivo que el Inquisidor había permitido acceder al primer escenario del

crimen.

Los demás lo agradecieron, la verdad. Además, algunos, muy a su pesar, le conocían. Nada más verlo entrar, mientras el cuervo salía volando y se apostaba estratégicamente en una viga sombría de la techumbre, Sesper palideció más que el vampiro, que encogió su cuello tratando de que se lo tragara la tierra. Afortunadamente, Jensenn no había bajado aún a desayunar.

Revisó la escena del crimen, comprobó con un extraño ritual de imposición de manos la usencia de magia y demás artes arcanas, e hizo la pregunta:

—¿Y la cabeza?

Fafnir pareció sorprendido:

—¿No está ahí?

Dorcas le clavó una mirada digna de su apodo. Sus globos oculares, negros como los de los cuervos, no mostraban expresión. Sólo espera.

—Perdón: decidimos no tocar nada. Creo que todos dedujimos que estaría cerca de Úrsula.

—¿Nadie?

—Nadie, que yo sepa.

Sonrió: —Pues no la veo por ningún sitio.

Fafnir asintió. Su tono de voz era cavernoso y gutural. Como de ultratumba. Conocía su reputación, aunque no había tenido aún el disgusto de conocerlo. Y es que tratar con la Orden era delicado. No eran Magos ni brujas ni inmortales, eran mucho más que eso. Cuando los Dioses se marcharon y los dragones se refugiaron en la Linde, sólo los Hermanos de la Orden se mantuvieron a su lado. Se decía que tenían capacidades más allá de este mundo o de otros mundos, incluido el más allá. Ni siquiera Fafnir Escamasbrunas podría enfrentarse a un ser así.

En lo que duró un buen rato, el Inquisidor se afanó en registrar cuanto de registrable hubiera por toda la habitación. Inspeccionó de arriba abajo el cadáver, probó su sangre con un meñique que introdujo en la sección desnuda de su cuello, retiró el brillante anillo de su dedo y revisó de arriba a abajo escritorio, baúl y demás pertenencias personales. Sólo le quedó claro una cosa, la decapitación había sido realizada con una hoja de metal. Cómo lo supo no se molestó en explicarlo. Quedaba mucho caso aún:

—No está, Fafnir —concluyó con desconfianza tras devolver la cama a su sitio.

>>¿Ha permanecido esta habitación cerrada desde que apareciese el cadáver?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por nada en especial. Todo ha ido demasiado deprisa y tras el suicidio

del señor Garrosh todo se descontroló un poco.

—Necesitaré un juego de llaves maestras, Fafnir.

—Sí, señor.

—Bien, veamos al otro desdichado.

En cuanto salieron al pasillo, se cruzaron con Jensenn.

El trasgo quedó petrificado. Dorcas se limitó a sonreír malévolamente.

Ya en el otro dormitorio, Dorcas pareció muy excitado.

Se acercó al cadáver, lo rodeó un par de veces y luego se quedó pensativo mirando al conjunto.

La escena era más que sórdida. La sangre se había ennegrecido con el paso de las horas, y el pobre de Garrosh parecía un muñeco roto tirado de cualquier manera en aquella silla.

Dorcas se puso frente a él y se agachó a contemplar su expresión. Tenía un rictus contraído y crispado.

Chasqueo la lengua.

Luego, como hiciera con el de la bruja, registró todo el dormitorio asegurándose de que allí tampoco había operado ningún sortilegio ni arte oculta. Nada más abrir el baúl se paró en seco.

Fafnir se acercó, pero el Inquisidor se lo impidió con un ademán de mano:

—Déjeme sólo, por favor, Fafnir —le pidió seguidamente.

El dragón salió.

Dorcas aprovechó para revolver a conciencia todo el baúl.

Al término, vio que la llave aguardaba en el escritorio. La recogió, lo cerró y se la guardó en uno de los bolsos de su hábito.

Con avidez repasó la estancia. Parecía buscar algo. Desvistió el cadáver, lo volvió a vestir y repasó cada uno de los cajones del escritorio, de la cómoda y de la mesita junto a la cama.

Luego llamó de nuevo a Fafnir y le realizó las mismas preguntas sobre el estado de la habitación, obteniendo las mismas respuestas.

—¿Por qué se suicidaría? —preguntó finalmente Fafnir.

Dorcas tardó en contestar. Revisaba la pistola con sumo interés:

—¿Y quién le ha dicho que ha sido un suicidio?

Fafnir se sorprendió:

—Es evidente…

—Sí. Es evidente… que ha sido asesinado.

Fafnir enmudeció.

—Pero entonces…

—Pero entonces necesito que me reúna al resto de participantes del torneo en el salón de abajo. Hay muchas cosas que he de saber.

—Como diga.

—Necesitaré también una habitación para mí.

—Sí, señor, con sumo gusto. Me había tomado la deferencia de prepararle la 9D. —Le entregó la llave—. Es una de las mejores. Tiene vistas al bosque y puede ver la vidriera trasera. Está en el otro ala. Al fondo.

Dorcas desaprobó la lisonja:

—Cualquiera me hubiera servido —exclamó indiferente.

* * *

El resto de la mañana Dorcas lo resolvió recopilando cuanta información le facilitaron los allí presentes.

Toda la partida fue relatada. Las reglas del juego, del torneo, el pique entre Úrsula y Garrosh, su encontronazo, lo que escuchó Jensenn, los incidentes del día posterior, el suicidio. Nada que no se hubiese dicho ya quedó por decir. Hasta Fafnir le contó lo que había hecho y deshecho mientras todos dormían, desayunaban o hacían sus necesidades. Y todo bajo la atenta mirada de los dos cuervos: el Inquisidor, y el córvido que no había dejado su puesto de vigía.

Al término de las explicaciones, Dorcas los miró muy serio:

—Señores, me temo que lo que aquí se ha producido no es fruto de fortuitas rencillas o de comportamientos desordenados. Ha sucedido con premeditación, sangre fría y mucha maldad.

Todos se miraron entre sí.

—¿Ganó Úrsula mucho dinero aquella dormida? —preguntó.

—Demasiado —escupió Mithril.

Dorcas asintió, tratando de contener una siniestra sonrisa:

—Menos mal que no fue a usted a quien desbancó en la partida, Mithril. Igual la hubiese matado…

El enano prefirió callarse. No quería problemas con la Orden.

—De acuerdo, coman —concluyó Dorcas—, yo me retiro a mi cuarto. Luego bajaré y comenzaré los interrogatorios.

Arandiel interrumpió su marcha:

—Entonces, ¿piensa que el asesino está aún entre nosotros?

Un aterrador Sí reverberó siniestro desde las escaleras mientras el cuervo volvía al hombro del Inquisidor:

—Se lo he dicho: coman, ahora que pueden.

7

Bogdan entró en su dormitorio, seguido de Dorcas. Había decidido someterse al interrogatorio allí, en vez de junto a los demás. No quería ser escarnio de nada.

Antes de subir, cuando terminaron de comer —se les obligó a todos a hacerlo justos (incluido Fafnir) en el salón de abajo—, Dorcas dio orden al posadero de que buscara la cabeza de la bruja, habitación por habitación, realizando cuantas inspecciones fueran necesarias. Antes de la cena, había de saberse dónde estaba.

Su labrado baúl a los pies del elegante jergón, una mesita de noche junto a una librería y un armario de luna con el azogue deteriorado era cuanto el vampiro atesoraba en aquel cuarto de gruesas y aterciopeladas cortinas color burdeos. La lámpara de aceite de la mesilla y un par de lúgubres candelabros de pie terminaban la decoración propia de una estancia dedicada a visitas como él. El Inquisidor inspeccionó todo meticulosamente sin encontrar la cabeza u otras pertenencias de Úrsula. Lo que sí encontró fueron unas inyecciones ocultas en el cajón de las camisas de dentro del armario.

—¿Para qué es esto, Bogdan? —le preguntó enseguida.

El vampiro se sentó en la cama:

—Son calmantes.

—¿Anestésicos?

—Podría llamarlos así.

—¿Podría entender también que sirven para dormir lo suficiente a una persona, alimentarse de ella y decapitarla?

—Podría… pero no es el caso.

—Entonces, ¿por qué los tienes?

—Son para mí.

—Explícate.

—Verá, hace ya algún tiempo que vengo sufriendo de esclerosis arterial.

Dorcas sonrió sombrío, desoyendo el comentario:

—¿Por qué te apuntaste a este sorteo, Bogdan?

—Porque no me queda mucho tiempo. No hay cura para esto ni tampoco sabemos de dónde ha venido. Lo que sí sé es que cuando un vampiro empieza con los dolores, pronto estará tan rígido como las víctimas de las que se alimenta. Además, toda esta inhibición arcana también afecta a mis “capacidades innatas”.

—¿Te refieres a la hipnosis y la celeridad?

Bogdan asintió avergonzado:

—Y a la autoregeneración…

Dorcas ya lo sabía. Nada más poner un pie en aquella posada reconoció el tipo de mancia perpetrada por Fafnir. En cuanto su grasiento sabor le bajó por la garganta. Resultaba imposible no notarla para alguien como él. Era pesada, potente, difícil de digerir y con la capacidad, no de afectar las capacidades de los chupasangres, sino de anularlas por completo. *Lástima de vanidad de los vampiros* pensó con regodeo mientras revisaba los libros apilados sobre los estantes de la librería. Libros de medicina y novelas juveniles:

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le preguntó.

—Un par de años.

El Inquisidor siguió revolviendo la estantería. Parecía dubitativo. Sin volverse, exclamó:

—La esclerosis tiene que ver con las brujas…

Bogdan comprendió:

—Yo no la maté —comenzó azorado—. Me da igual que mi muerte tenga que ver con mi vida. No la maté. He venido aquí a jugar un torneo porque mi existencia me ahoga. Si he de morir, no veo por qué he de malgastar el poco tiempo que me queda entre aburridos trámites burocráticos.

—¿Qué hacías la dormida de anteayer? —le preguntó Dorcas mientras abría un libro y se ponía a hojearlo.

—Retorcerme, como muchas noches. No duermo bien.

Dorcas cerró el libro de golpe, lo dejó en su sitio y se volvió hacia él:

—¿Y escuchaste algo? —le preguntó.

—No, ya lo dije ayer. No escuché nada.

—¿Sabes que Úrsula ha sido parcialmente desangrada?

Bogdan tragó saliva:

—No, no lo sabía.

Dorcas se acercó a la ventana y corrió un poco la cortina. El rostro del vampiro se torció molesto:

—Bien, ¿cómo realizabais el conteo del juego?

Bogdan repasó mentalmente:

—Es rotativo, cada uno va anotando una mano.

—¿Todos anotabais las puntuaciones?

—Sí, es una manera de evitar las trampas.

—¿Cuánto hace que juegas, Bogdan?

—Hace algún tiempo. Desde que me diagnosticaron la enfermedad. Di con el juego desde aquella misma dormida, al salir de la consulta. Deambulaba aturdido (me costaba asumir que pudiera matarme el tiempo), y me perdí por uno de los barrios menos recomendables de Upieer. Lo hice

inconscientemente.

>>En una cantina bastante sórdida, una muchacha se me acercó y me pidió que entrara en un reservado. Parecían querer conocerme unos señores (ya sabe, la típica historia portuaria) Intentaron matarme, claro, pero terminamos todos jugando a las cartas casi todas las semanas. Mi adinerada vida como capitán de navío pesquero dejó entonces de parecerme algo útil. Disfrutaba más aquellas dormidas en compañía de mujeres de mala vida, asesinos y ladrones, que cualquier otra cosa. Así conocí este torneo, y me apunté.

—Podías haberle pedido a Úrsula que te curara…

Bogdan rio:

—Ya le he dicho que no hay cura para esto. No es la primera bruja que conozco.

Esta vez Dorcas se le acercó y se le encaró muy serio:

—No, seguramente conoció a algunas en la Gran Crecida de Mrak Marek.

Bogdan notó la estaca rozar su pecho. Toda esencia de dignidad regresó amenazante tras su mirada:

—Sí, por aquel entonces conocí a algunas —comenzó—. Como muchos. Los cadáveres de Gragia llegaron hasta Wam.

—No me refería a eso —le contestó el Inquisidor endureciendo el semblante—. Sino a las atrocidades perpetradas por los de su especie cuando Mrak llegó hasta Yeisk.

Bogdan bajó la mirada con un suspiro de autosuficiencia:

—Somos vampiros…

—¡Pero no bárbaros, maldita sea! ¡Os alimentasteis de niños! ¡De niños que aún no habían nacido!

Bogdan comenzó a retorcerse dolorido. Era como si la sola intención de Dorcas le marcara a fuego.

—Tú estuviste allí. Lo sé —continuó el Inquisidor acercándose lentamente. —. Lo sé porque te vi partir sobre aquel barco tan negro como el cielo que os ampara.

Bogdan sacó sus colmillos y se encaró. Ya había escuchado y aguantado suficiente. Muchos habían muerto por mucho menos.

No había brillado el primer destello de su dentadura cuando Dorcas sacudió una mano. Inmediatamente, el cuerpo del vampiro se vio precipitado violentamente contra la pared, quedando allí empotrado sin ninguna capacidad de movimiento.

Dorcas se acercó malicioso:

—Vas a morir, Bogdan. Como todos los que masacrasteis Yeisk y el resto de los pueblos de Gragia. Sí, y cruelmente. ¿Quieres saber por qué?

Bogdan babeaba impotente sintiendo cómo la presión que le infringía el

Inquisidor le hacía crujir los huesos del pecho.

—Yo te lo explicaré. —Y, alargando la mano derecha, comenzó a cortar con la uña del índice la carne de la cara de Bogdan mientras rebajaba el tono de voz. Sin prisa. Disfrutándolo, con la mirada muerta clavada en la aterradora expresión del vampiro—: Porque os maldijimos a todos —dijo al fin—. Sois basura en el cubo del mundo, y alguien tiene que sacar la basura, ¿no? —Metió la uña hasta llegar al hueso del pómulo. Su voz era ya un susurro—. Por eso moriréis con dolor y sufrimiento, querido Bogdan. —Al apretar el hueso, las mandíbulas de Bogdan se desencajaron en un ahogado grito capaz de cruzar el mundo. Dorcas le había tapado fuertemente la boca con falso cariño. Concluyó—: ¿O piensas que el mal se permite en SijaMrak?

Eso último el vampiro ya no lo escuchó. El dolor y lo bajo del tono hacían su trabajo a partes iguales, como los colmillos y el torrente sanguíneo lo hacían en el cuello de las víctimas. Ambos lo sabían, las dos cosas. Afortunadamente, para Bogdan, fue Dorcas quien se dio por satisfecho. Con otro ademán de mano, el vampiro quedó liberado, precipitándose contra el suelo. Luego se acercó a su retorcida figura y le susurró al oído:

—Si descubro que mataste a Úrsula, te mataré aquí mismo —concluyó antes de cerrar la puerta tras de sí con un portazo.

* * *

Dorcas, en el fondo de su dormitorio, se enjugó el rostro con el refrescante agua de la palangana, se secó, y se acercó a la única ventana que había frente a la cama.

Como había dicho Fafnir, aquel cuarto con olor a madera podrida y telas viejas, al menos tenía unas vistas espléndidas. Bosques, ríos, montañas, atardecer. Unas vistas espléndidas, que no le interesaban lo más mínimo. Tampoco le interesaba o parecía influir el ubicuo y alegre color verde que pintaba cada trozo de paño de la decoración: ropas de cama, cortinas, tapicería de escritorio. Con el semblante adusto, se dio la vuelta hacia su jergón chasqueando la lengua con desprecio.

Su silencioso compañero, entre las sombras, le observaba siniestro y mayestático desde lo alto de la librería que había junto a la puerta:

—Dorcas, tranquilo —le dijo empleando una suave voz poco propia de un córvido—. No debes implicarte tanto.

Recogiendo la silla del escritorio, se sentó en ella agradeciendo su mullido asiento aterciopelado:

—Es por el hechizo de ese maldito dragón. Me enerva. No puedo trabajar como es debido, y podría debilitarnos.

El cuervo volvió a insistir:

—No te preocupes. Yo puedo aguantar una semana más sin problemas.

—Si te ocurriese algo… —le dijo mirándolo con preocupación.

—No sucederá. Tú limítate a las investigaciones y concéntrate. Eres bueno, el mejor, darás rápidamente con la solución.

Dorcas sacó de un bolso de su hábito el anillo que había recogido del cadáver de Úrsula y lo miró intrigado:

—Aquí hay mucho más de lo que parece. El baúl de Garrosh no deja lugar a dudas.

Tras unos segundos de silencio, el cuervo bajó volando y se posó en el escritorio:

—Tienes que hablar con todos. Y tiene que aparecer la cabeza. ¿El vampiro no sabía nada?

—No. Es víctima de la “maldición” y morirá pronto. Tampoco necesita el dinero, es acaudalado y Úrsula no podía curarle. Además, no olí su sangre en él.

El cuervo graznó:

—No debiste “golpearlo”.

Dorcas lo miró sorprendido, y algo dolido:

—Cierto, debí matarlo.

—Dorcas…

—¡No! Esos monstruos son fruto del mal. No m

Llamaron a la puerta.

Era Fafnir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dorcas mientras el cuervo regresaba a su escondite sobre la estantería.

—Señor, he inspeccionado toda la posada y no ha aparecido la cabeza.

Dorcas le hizo pasar.

—Repita eso.

—Que no aparece.

Los ojos de Dorcas brillaron de ira:

—¿En ningún dormitorio?

—En ninguno.

—¿Sangre tampoco?

—No.

—¿Ningún bulto sospechoso?

—No.

—Veamos —Dorcas comenzó a caminar en círculos por la habitación—: Las reglas del torneo dicen que nadie puede entrar ni salir de aquí en lo que dure el juego, ¿no es así?

—Sí.

—¿Te aseguraste de que las ventanas y demás accesos estuvieran

cerrados?

—Sí. De hecho, lo comprobé uno por uno.

—¿Me has traído el juego de llaves maestras?

Fafnir lo sacó de su faltriquera y se lo entregó.

—Bien, reúnete a cenar con los demás. No quiero ver a nadie por la primera planta hasta que yo baje. Puedes marcharte.

Fafnir obedeció.

En cuanto se cerró la puerta, el cuervo volvió a hablar:

—¿No te fías del dragón?

—Claro que no. No me fío de nadie, más que de ti. Veamos qué encontramos.

El cuervo saltó al hombro de Dorcas y ambos salieron del dormitorio.

* * *

Mientras terminaba de bajar la escalera, la expresión en el rostro de Dorcas era un enigma indescifrable. Ninguna de las conjeturas, ninguna de las estrategias o experiencias previas de aquellos avezados jugadores fue capaz hacerlos sentir seguros respecto a lo que les acontecía. Bogdan, sigiloso, aprovechó para acercarse a la barra y pedir una copa, de espaldas a los demás.

—Bien —exclamó célere el observado Inquisidor antes aún de haber terminado de bajar todos los peldaños—: Jensenn, póngase cómodo.

El trasgo no comprendió. Sentado al socaire de una pesada digestión de alubias con carne, lo miraba embobado como todos los demás.

El Inquisidor, sin previo aviso, llegó hasta él, lo agarró por el pescuezo con violencia y lo sentó en una mesa aparte. Tirándole una bolsa sobre la mesa, exclamó:

—¿Reconoces esto, Jensenn?

El trasgo negó.

Dorcas abrió tranquilamente la bolsa y esparció su contenido: Sobre la mesa brillaron cegadoras un montón de monedas de oro, plata y multitud de gemas.

—Eso no es mío —se apresuró a disculparse el trasgo.

—Lo sé —le ayudó Dorcas—, son de Úrsula. Las monedas llevan el sello de Gragia y de Haftán, el país de origen de Garrosh.

Jensenn se encogió de hombros:

—¿Y qué tienen que ver conmigo?

Dorcas le miró fijamente a los ojos. Tras una breve pausa, le aclaró:

—…las encontré bajo el colchón de tu cama.

Jensenn hubiera deseado que lo asaran con mantequilla:

—Alguien lo habrá puesto ahí, yo no he robado… —comenzó con voz

temblorosa mientras veía al Inquisidor pasar tranquilamente a su lado, colocándose detrás.

Ajeno a su conocimiento y dando más que pensar a sus compañeros, el Inquisidor descubrió de entre los pliegues de su hábito un cuchillo dentado que colocó sobre su cuello.

Los demás le miraron aterrados.

—Esto es lo que te gusta, ¿verdad, Jensenn?

Jensenn estaba acostumbrado a aquello, no había problema. Lo que no esperó fue lo siguiente. Sin previo aviso, Dorcas le rebanó cuello ante la atónita mirada de todos los presentes.

El trasgo le miró también de hito en hito. Pese a sus esfuerzos aferrándose la garganta, la sangre no paraba de manar empapándole las manos, la ropa y todo cuanto estaba a su alcance. Las monedas, todas, brillaban ahora como los rubíes que la acompañaban. El suelo, salpicado, recordaba la consulta de un matarife.

Dorcas, con un ojo sobre los demás (en cualquier momento aquellos indeseables podían tratar de reducirlo) dio una vuelta alrededor de la mesa. Dos. A la tercera, justo cuando el trasgo iba a desmallarse sobre ella, gesticuló con las manos.

La sangre del trasgo, como a una llamada inesperada, regresó por donde había venido. Fluía irreal camino de su lugar dejando tras de sí todo impoluto. Como una moviola grotesca que retrocediera los acontecimientos elevando borbotones sanguinolentos dispuestos a rellenar el pellejo del infortunado Jensenn, que no sabía si alegrarse o tratar de lanzarse por la primera ventana que encontrara. En cuanto toda la sangre regresó a su sitio, la herida se restañó cerrándose como una costura imaginaria justo en el momento en que Sesper hacía un gesto extraño con sus dedos, antes de quedar paralizado.

Los oscuros ojos del Inquisidor, esas esferas negras que tantas vidas habían visto desaparecer, bajo su poder, clavaron una inquietante e inexpresiva mirada sobre el Mago:

—Todo a su debido tiempo, nigromante —le exhortó Dorcas malévolo—. Todo a su debido tiempo —concluyó sin molestarse en restituirlo.

Jensenn temblaba de pies a cabeza, tocándose el cuello con temor. Trenti era un pozo hediondo donde el más sinvergüenza tenía todas las de ganar, pero ¡maldita sea si alguna vez alguien se había atrevido a algo así!

Como había aparecido, el cuchillo desapareció entre los pliegues del hábito del Inquisidor, totalmente limpio:

—¿Dime, Jensenn, para qué has venido a aquí?

—Para jugar —respondió el infeliz trasgo.

Dorcas se abalanzó sobre la mesa y la golpeó:

—¡No me mientas! ¡No soy una de tus rameras!

—Para ganar dinero. Para ganar dinero.

—Eso puedes hacerlo en Domovik.

—No. Tanto como aquí, no.

—¿Y para qué necesita alguien como tú tanto dinero? Los de tu calaña viven con poco. Son incapaces de mantener cuatro piezas de oro juntas.

—Tengo problemas.

Dorcas sonrió con sorna:

—¿Qué clase de problemas?

—Debo mucho dinero.

Dorcas se puso a sus espaldas y colocó un par de manos como garras sobre los hombros del tembloroso Jensenn:

—Y por eso tuviste que colarte en el dormitorio de Úrsula y robarle sus ganancias…

—No —respondió sin darse la vuelta. ¡No, no es cierto!

—Ella te descubre, discutís, la matas al amparo del silencio de la dormida y nos cuentas a todos ese cuento tan fantástico de que oíste una discusión y unos gritos de mujer.

Jensenn siguió negando con la cabeza:

—No, escuché lo que dije que escuché. No es mi problema que nadie más lo oyera.

—¡Porque es mentira! —y le calvó los dedos en los hombros.

—¡Vale, vale!

Dorcas aflojó un poco.

—Sí, salí del dormitorio, ¿vale?

>>Cuando oí las voces, porque las oí de verdad, pensé que la discusión era en el dormitorio de Garrosh y quise mejorar mi situación aligerando algo de peso a Úrsula. En cuanto salí al pasillo volví a escuchar el revuelo y descubrí mi error: Ambos estaban en el dormitorio de ella. Fue entonces cuando me dispuse a ir a la habitación de Garrosh.

—¡Mientes! —le gritó Dorcas clavándole de nuevo las uñas.

—¡Puedo probarlo, puedo probarlo! —empezó a gritar cuando la sangre empezó a manar.

Dorcas aflojó:

—¡¿Cómo?!

—¡Vi a Mithril salir del dormitorio aquella noche!

—¡¿De qué dormitorio?!

—¡¡¡Del de Garrosh!!! ¡Del de GARROSH!!!

Todos, incluido Dorcas, dirigieron sus miradas hacia el enano.

Por primera vez desde que llegara a la posada, el oscuro minero de Brokk parecía intimidado. De hecho, parecía hasta más pequeño.

—¿Tienes algo que contarnos, Mithril? —preguntó Dorcas soltando al

trasgo.

—Lo cierto es que no —contestó el enano tratando de disimular con un trago de cerveza.

Dorcas acercó su rostro al oído de Jensenn y le susurró:

—Ve a la mesa. Te creo…

El trasgo se levantó tambaleando y se sentó junto a Arandiel.

—Mithril, por favor: ¿Podríamos hablar en privado?

La mirada del enano se ensombreció:

—Claro.

Cuando iban a subir las escaleras, Dorcas pareció acordarse de algo:

—Espera, Mithril.

>>Fafnir, ¿podría dejarme las notas de la partida?

El dragón fue hasta el mostrador de la recepción, recogió un legajo de papeles y se los tendió a Dorcas.

—Muchas gracias —le dijo mientras los revisaba camino de la habitación de Mithril.

En cuanto hubo desaparecido de la vista de todos, Sesper regresó a la normalidad.


DORCAS
DOSCUERVOS

8

El aposento del enano era austero. Un gabán con su armadura, sus martillos y un labrado baúl de viaje a los pies de un camastro duro y sin ropa de vestir. Nada de libros, nada de accesorios innecesarios. Sólo un añadido: un pequeño barril de sidra sobre una cruceta de madera al lado del escritorio.

Dorcas echó enseguida la llave una vez que el enano y él hubieron entrado:

—Seré directo, Mithril —comenzó a decir mientras entrecerraba discretamente las gruesas cortinas azules de la ventana—. ¿Qué hacías en el dormitorio de Garrosh la noche del asesinato de Úrsula?

El enano vaciló:

—Buscaba algo.

Dorcas dejó el legajo de las cuentas sobre la cama:

—¿Buscabas esto? —Y le entregó una carta que el enano releyó.

—No. Pero…

—Estaba entre tus cosas.

—Lo sé… —suspiró hondo.

—Entonces quizá buscases esto otro. —Y le mostró la pistola con la que Garrosh se suicidó.

El enano la recogió con devoción.

—Sí y no —dijo apesadumbrado— ésta es una pieza muy importante de mi pueblo. La vi cuando entramos en el dormitorio, después del suicidio.

—¿Antes no?

—No, esa noche no estaba en el cuarto. Además, si me la hubiese llevado, no se tardaría mucho en sospechar de mí, ¿no cree?

Dorcas asintió:

—Manufacturación enana. De D´vengar, en Sija Marek, al otro lado de tu mundo —continuó Dorcas—. ¿Por qué a un enano de Kulgur le interesa algo de D´vengar?

El enano suspiró y se sentó en su jergón sin dejar de mirar el artefacto:

—¿Puedo contarle una historia?

Dorcas recogió una silla del fondo del dormitorio (muy probablemente la que Mithril cambió por el barril de sidra), le dio la vuelta y se sentó en ella utilizando el respaldo de apoyabrazos:

—Lo estoy deseando.

El enano comenzó:

—Hace incontables años, cuando los soles y las estrellas giraban en el horizonte, todos los enanos vivían juntos y en paz en el próspero reino de D´vengar, al norte del mundo. Angaz, o Ferro Ardiente, como se la conoce ahora, su capital, resultaba ser además el lugar más floreciente de toda SijaMrak, haciendo por ello que fuéramos respetados y considerados por todos los humanos y demás razas primitivas. Luego llegó el Cataclismo, la desolación del mundo, la locura de los humanos. Los soles devastaban Sija Marek, el hambre y el miedo se apoderaba de ellos y no se les ocurrió otra cosa que buscar refugio en el único lugar seguro de Sija, D´vengar. Sólo que no formalmente.

>>El rey Wendel de D´uolnai encargó personalmente que se le hiciera una capital en el norte y se conquistara el territorio por la fuerza. La guerra sobrevino. Ejércitos de Angaz salieron rápido en busca de los humanos y la sangre inundó las nobles tierras de mis antepasados.

>>Al final ganamos. Cerramos nuestros pozos, construimos las esclusas, pero las tropas de Wendel se marcharon con muchos de nuestros tesoros. Y con los más preciados, los Chemdrills. Los corazones de nuestros hijos.

>>Yo mismo vi arrancar del pecho de uno de los míos su gema-alma a manos de un príncipe y desaparecer.

>>Son cosas que no se olvidan, ni se perdonan… —Y miró a Dorcas muy seriamente.

—¿Eso has venido a buscar aquí, Mithril? —le preguntó el Inquisidor.

El enano le miró consternado:

—¿Y si así fuera?

Dorcas se levantó de la silla:

—¿Es Garrosh ese príncipe?

Mithril asintió buscando comprensión. Su rostro se había transformado en una inmediata máscara de ira y frustración, contenida con esfuerzos desde hacía ya muchas estaciones:

—¡Sí! —estalló finalmente al ver la expresión de seriedad que se dibujaba en el rostro de Dorcas—. ¡Un hijo de mil padres que asoló sin piedad las galerías de Ferro Ardiente!

—Sabes lo que te complica esto, y lo que lo complica todo, ¿verdad, Mithril?

Al enano le daba igual:

—Sí, lo sé, pero no le maté. Sabía que vendría y vine a recuperar lo único que me queda de mi familia.

Dorcas se puso aún más serio.

El rostro del enano parecía sincero.

—Sí, explícame eso —le pidió el Inquisidor.

Mithril bajó la mirada avergonzado:

—Fafnir me avisó.

Dorcas hizo un gesto con la mano, pidiendo que continuara.

—Pagué a Fafnir para que me incluyera en la partida cuando Garrosh viniera. Le prometí que no habría violencia y que sólo me limitaría a llevarme el Chemdrill de mi hijo de la forma más sigilosa posible.

Dorcas sonrió:

—¿Sigiloso?, ¿un enano?

Mithril le miró extrañado. ¿Se estaba burlando de él?

Dorcas dejó su perplejidad a un lado y volvió a sentarse sobre la silla:

—¿Cómo sabías que ese Chemdrill estaría aquí?

—Porque ese cerdo lo engastó en un anillo que siempre suele llevar encima.

—Muéstramelo.

—Ojalá pudiera. Esa noche no lo encontré. Por eso cogí la carta. Pensé que lo llevaría puesto cuando murió, pero no fue así. Sus manos estaban desnudas.

Dorcas escrutó el semblante del enano con curiosidad:

—Luego hablaré con Fafnir. Por lo pronto, si pretendes salir bien parado de todo esto, necesito que me digas claramente quién es Garrosh.

Mithril se levantó de la cama con rostro muy preocupado. Continuaba aferrando la pistola y le temblaban las manos.

—¿Mithril? —le conminó Dorcas impaciente.

El enano no se volvió:

—Es… Grogan —terminó con la boca chica.

Dorcas rio.

El enano se dio la vuelta y le miró muy serio. Ahora parecía asustado.

A Dorcas se le congeló la sonrisa. Levantándose, agarró al enano por el cuello de su camisola y exclamó muy lentamente:

—¿Quieres decirme que el cuerpo del infeliz que hay con la cabeza reventada en el dormitorio de Garrosh, es el del príncipe Grogan?

Mithril tragó saliva:

—Sí.

Dorcas le soltó. Su expresión se tornó estupefacta, parecía muy preocupado:

—¿Y por qué la carta?

—No lo sé. Quizá porque no había encontrado nada de lo que buscaba y con ella podía tratar de negociar con él.

Por primera vez, Dorcas pareció apiadarse del enano:

—Vete con los demás y no subáis hasta que yo baje. Aprovechad para ir cenando. Pídele a Fafnir que suba. Tengo que hablar con él.

Mithril preguntó:

—¿Y la pistola?

Dorcas exclamó algo incomprensible:

—Quédatela.

Mithril obedeció y dejó a Dorcas revisando la carta del príncipe Grogan.

En cuanto salió por la puerta, el Inquisidor recogió las notas de la partida y las revisó. Luego miró a la puerta con desconfianza.

Fafnir apareció enseguida:

—¿Señor Dorcas? —dijo el dragón abriendo la puerta.

Dorcas dejó la carta sobre los papeles de la partida:

—Hola, Fafnir. Cierra con llave las dos habitaciones de los muertos, da la cena a los jugadores y reúnete conmigo en mi dormitorio. Tenemos mucho que hablar…

* * *

En cuanto llegó a su dormitorio, Dorcas metió la carta y los papeles de la partida en un pequeño cofrecillo que guardaba disimuladamente en el interior de su armario.

Nada más retirar la llave, la cerradura desapareció.

Dorcas cerró el armario:

—¿Pasa algo? —preguntó el cuervo, apostado sobre el cabecero de la cama.

Dorcas se sentó a su lado:

—Tenemos un problema.

El cuervo grazno:

—¿Nosotros?¿Un problema?

Dorcas asintió:

—Garrosh es Grogan.

—¿Grogan? ¿Qué Grogan?

Dorcas se volvió hacia el cuervo:

—Grogan… el Asesino.

El pájaro saltó del cabecero y comenzó a volar, dando vueltas por la habitación.

Volvió a graznar:

—¿Cómo lo sabes?

—Por esto. —Y le enseñó un sello con la figura de dos soles entrelazados. El emblema de la casa real de Haftán—. Lo encontré entre sus cosas. Dentro de una bota. Debió esconderlo por si lo necesitaba en el viaje.

El cuervo se colocó en el escritorio:

—¿Y qué hacía aquí el príncipe heredero de la casa de Haftán?

Dorcas se acercó al armario y guardó también el sello en el cofrecillo:

—Creo que le tendieron una trampa. He encontrado una nota en donde se citaba aquí con una mujer.

El cuervo se mantuvo silencioso.

—Sí —continuó Dorcas—, creo que vino aquí engañado por su asesino…

El cuervo siguió callado. Era muy probable que se sintiera asustado. Grogan el Asesino era muy conocido en toda SijaMrak por su desmedida crueldad. Mithril no había mentido. La casa de Wendel era una horda de sanguinarios, capaces de las mayores atrocidades por un simple trozo de tierra. Hasta los Vampiros Reales de Walhaz dudarían en ponerle un dedo encima a uno de sus miembros. Pero eran los regentes de Sija Marek. Y aunque la Orden estaba por encima de los poderes políticos, aquello suponía un problema. Un gran problema. Fuera como fuese, tendría que resolver aquel asesinato o quizás hasta su propia cabeza estuviese en juego, ya no por que Haftán la reclamase oficialmente, cosa que no conseguirían, sino porque lo intentasen extraoficialmente.

Pocos de los que había conocido abajo serían capaces de atreverse a tanto. Quizá el mago, ya que había de conocer a Grogan. O Fafnir. Con Jensenn no tendría ni para empezar, y aún menos con el goblin —Grogan, en sus mejores tiempos, era capaz de destripar a un dragón, desde dentro…—.

Dorcas se levantó y se asomó a la ventana muy preocupado.

* * *

Habían llegado a la entrada de la cabaña de Fafnir, en la trasera de la posada. Salieron disimuladamente por una puerta oculta del bar, tras cuyo corto sendero por un patio abierto a la espesura se accedía a la covacha con cierta privacidad. Era la hora de la dormida. Dorcas cogió el pomo de la puerta.

—Espere, señor Dorcas —le pidió el dragón—. Lo que quiera preguntarme puede hacerlo aquí fuera. Necesito un poco de aire fresco. Toda esta locura me está partiendo la tranquilidad.

Dorcas también lo agradeció. Un poco más adelante comenzaba el bosque y la dormida resultaba muy agradable. Caminaron un rato en aquella dirección. Lo justo para dejar el bullicio de los apostadores bien lejos. Dorcas iba delante.

—Verás, Fafnir —comenzó éste severo—, he hablado con Mithril…

Fafnir no contestó.

—…me ha contado algo muy interesante sobre Garrosh.

—Oh, esos malditos enanos, señor Dorcas: ¡Menudos liantes! Ven reliquias por todos lados…

Dorcas sonrió:

—Vamos, Fafnir, que ya somos los dos demasiado viejos.

Fafnir también sonrió. Por el tono, era de suponer que toda aquella máscara de displicencia había de estar ya por los suelos.

—Tú avisaste a Mithril de que Garrosh iba a venir, ¿verdad?

—No, señor Dorcas —contestó el dragón falsamente—. Yo no puedo hacer eso. Los jugadores se eligen por sorteo —esta última palabra sonó extraña. Como a lomos de un siseo bífido. Desde lo alto.

Tendría que haberse dado cuenta.

Sin darse la vuelta, Dorcas dio un salto hacia adelante en el justo momento en que la cabeza de un enorme dragón negro clavaba sus fauces donde antes estuviera su figura.

Sin que al Inquisidor le diera tiempo a imponer las manos, media hectárea de bosque quedó calcinada por el ardiente aliento de aquella despiadada bestia.

Dorcas se cubrió tras un árbol y, de espaldas, empezó una invocación. Un arcaico conjuro que hizo al dragón sacudirse en rápidos y violentos espasmos, mientras las manos del Inquisidor brillaban con un fulgor dorado rodeado de signos pretéritos dentro de multitud de circunferencias en intersección. Fafnir sintió entonces el verdadero dolor de la Magia. Una Magia muy distinta a la de los magos o las brujas. Como sabía, la magia de la Orden era verdadera Magia. Sin costes. Limpia. Del mismo puchero en donde reposa manso el alma del universo. Pese a ello, no se dejó amilanar: lanzó una nueva ráfaga de fuego, justo antes de que Dorcas saliera de su parapeto, se plantara frente a él y, cerrando los ojos, levantara los brazos con la palmas extendidas, hacia su boca.

Las llamas golpearon contra una barrera invisible y cubrieron al Inquisidor.

Su turno. En cuanto en dragón cogió aliento, Dorcas juntó sus dos manos en una palmada y Fafnir sintió el dolor de una prensa resquebrajándole el cráneo.

Volvió a llenar sus fauces y escupió una nueva llamarada.

Dorcas soltó las manos y las impuso para crear de nuevo el escudo sin darse cuenta de que Fafnir le había lanzado la cola hacia sus piernas, obligándolo a hacer un aparatoso molinete hacia atrás.

Antes de retomar suelo, el Inquisidor lanzó un puño al aire y la cabeza del dragón se vio golpeada con la fuerza de mil martillos enanos. Otro puño al aire y otros mil, en dirección contraria, desencajaron finalmente la mandíbula del reptil en el preciso momento en que Dorcas ponía los pies de nuevo en el suelo con la grácil pericia de un experto en artes marciales.

Ojalá Fafnir hubiese pedido clemencia antes.

Mientras el cuerpo del dragón se precipitaba al suelo como un títere

desmadejado, Dorcas levantó una mano que lo detuvo en seco, hundiéndole el pecho.

—¡VUELVE! —le gritó iracundo el Inquisidor. Por sus ojos empezaba a manar una niebla oscura que se confundía con su largas greñas.

El dragón le miraba sin poder moverse, ladeando la cabeza y desorbitando los ojos.

—¡Te he dicho que VUELVAS! —repitió sin contemplaciones.

Poco a poco, la figura del dragón regresó a la del decrépito anciano.

—¡Por favor! —comenzó a decir. Pero ya no le serviría de nada.

Dorcas dirigió la mano contra un grueso árbol. El cuerpo del anciano se empotró en la madera.

—¡No me mates! —chillaba Fafnir, sabedor de su destino.

—¡CÁLLATE, HIJO DE PERRA, Y CONTESTA¡ ¿Quién mató a Grogan?!

—¡No lo sé, no lo sé!

—¡Di lo que sabes!

—¡El príncipe Grogan me pidió que amañara su entrada en la partida, nada más! ¡No pude negarme! ¡Si no lo hubiera hecho me hubiese mandado matar!

—¡¿Por qué te lo pidió?!

—¡No lo sé, pero no me dio elección! ¡Era un hijo de mala madre!

—¡¿Y Mithril?!

—¡Tenía una deuda con él, sólo le dije que Grogan iba a venir!

—¡Y amañaste su entrada en el juego!

—¡Sí, pero no hice más, lo juro!

Dorcas no bajó la mano.

—¡¿Sabes por qué me llaman Doscuervos?!

A Fafnir ya le costaba respirar y empezaba a notar crujidos. O era la madera, o eran sus huesos:

—¡NO, NO! ¡TE LO CONTARÉ TODO! ¡TE LO CONTA

Dorcas movió la otra mano extendiendo el dedo índice y el corazón camino de los ojos del anciano.

Cuando la sangre ya empezaba a brotar de los ojos del anciano y los gritos doblaban las copas de los árboles, una voz lo detuvo:

—¡DORCAS!

Era su compañero el cuervo. Volando, se interpuso entre Fafnir y él:

—¡No, Dorcas, eso no!

La mirada del Inquisidor, rodeada aún de neblina, destilaba una furia incontrolable.

—Apártate —le dijo al pájaro.

Pero el pájaro no se apartó. Más aun, se encaró con él.

Dorcas vaciló por un momento, pero bajó la mano con la que iba a sacarle los ojos.

—De acuerdo, a tu modo, pero apártate.

Su tono era taxativo. El cuervo se hizo a un lado.

Sin bajar la mano con la que sujetaba al dragón, extendió de nuevo la otra e hizo el gesto de recoger algo.

Los ojos de Fafnir mostraron incredulidad. Una incredulidad mayor todavía a la de perder sus preciados ojos, pues, por todos los poros del anciano comenzó a brotar una especie de bruma que se arremolinó frente a él formando la figura del dragón que fuera instantes antes. Su alma de dragón.

A otro golpe de mano, Dorcas disipó la figura como quien golpea una bocanada de humo. El alma-dragón de Fafnir se perdió para siempre. Jamás podría volver a su forma reptil. Sería, lo que le restase de vida (que ha juzgar por su decrepitud ya sería poca), un humano más. Sólo eso. Un humano.

Dorcas bajó finalmente ambas manos y Fafnir se desplomó en el suelo.

El cuervo lo había observado todo con sumo silencio:

—¿Es justo, Dorcas? —le preguntó con un resignado tono de tristeza.

—Podía haberme matado…

—¿Es justo? Casi no quedan dragones en SijaMrak.

—¡PODÍA HABERME MATADO! —fue el grito de Dorcas a un cuervo que hubo de retroceder dos saltos.

El cuervo no dijo más. Remontó el vuelo y puso rumbo a la posada.

Dorcas mesó su cabello tratando de recobrar el resuello.

Alguien tiene que sacar la basura, ya lo sabes. Para eso estamos aquí. Eso prometimos a cambio.

Alguien tiene que sacar la basura.

9

Al llegar, un buen puñado de seres les miraron con aprensión.

Lo habían visto todo. Las llamas habían llamado su atención haciendo que se arremolinaran tras la posada, atónitos al espectáculo.

Sorprendentemente, había muchos más carromatos y tiendas que cuando Dorcas llegó. Parecía ser que la investigación y el ramillete de sospechosos (incluyendo también la presencia del Inquisidor) habían atraído otro tipo de apuestas, más siniestras.

Fafnir reconoció a algunos de aquellos nuevos jugadores. Compañías poco recomendables, en su mayoría. Carroñeros.

Dorcas también los reconoció. Su mirada era inconfundible. Desafiaba cualquier autoridad sin el más mínimo escrúpulo. Había humanos de Gragia, algún que otro licántropo de las escarpaciones de Varulv y un par de chupasangres del infecto puerto de Tymbania, en la ensenada de Vrolok. También vio enanos (nada bueno si las cosas se complicaban, sobre todo porque parecían enanos de D´vengar), trasgos, goblins, trolls y hasta algún que otro elfo. Todos se afanaban en sus trapicheos, ajenos a las dos figuras que regresaban a la posada. Una impostura, claramente. En cuanto Fafnir y Dorcas cruzaran el umbral, la actividad se volvería frenética.

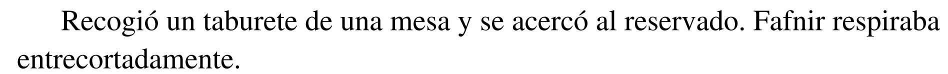
Dorcas pidió a Fafnir disimuladamente que acelerara el paso. No había querido regresar por la discreta salida de la trasera del bar, como escarnio para con el dragón, pero tampoco necesitaba de ningún incidente más.

El posadero hubiera querido obedecerlo, pero no podía. Le dolían todos los huesos y ya no dejarían de dolerle. Afortunadamente, desde aquella distancia, ninguno de esos potenciales “clientes” pudo haber visto lo que el Inquisidor le había arrebatado. De no ser así, estaba más que sentenciado. Su forma de vida duraría lo que una humana adolescente a las afueras de Ladtav. Nada en absoluto. Y ya estaba demasiado viejo para aquella mierda…

Tratando de mantener la compostura, abrió la posada, hizo entrar a Dorcas, y cerró tras de sí.

Nada más cruzar el recibidor con las cabezas de los dragones y acceder al solitario salón, se precipitó hacia uno de los reservados en donde se derrumbó sobre uno de los bancos.

Dorcas recogió un madero de una pila de una esquina y lo tiró sobre la chimenea. Estaba a punto de apagarse. Con la tontería ya eran casi las cuatro de la madrugada.


Recogió un taburete de una mesa y se acercó al reservado. Fafnir respiraba entrecortadamente.

—Tranquilo —le dijo—, se te pasará pronto.

Fafnir levantó un poco la cabeza. Estaba llorando.

Dorcas lamentaba aquellas situaciones. De verdad que las lamentaba, pero el mundo no lo había hecho él. Sólo trataba de limpiarlo:

—Un nuevo comienzo, Fafnir. Y procura que nadie lo sepa…

Fafnir enjugó sus lágrimas con amargura. Parecía mucho más viejo. Y decrépito. Toda aquella amabilidad con que le recibiera o tratara había desaparecido junto con su oculta lozanía.

Dorcas se acercó a la barra, recogió dos jarras y las rellenó de vino. Había unos toneles a tal uso justo detrás del mostrador:

—Ten, bebe, te reconfortará —dijo dejándolas sobre la mesa del reservado.

Fafnir vació la suya de un trago.

—Despacio. Puede que te emborraches.

Fafnir hizo una mueca de deseo. Poco podía perjudicarle ya más.

Dorcas le dio un tiento a su jarra. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano y la dejó sobre la mesa:

—Está bien, Fafnir, cuéntame lo que sepas.

Fafnir asintió, limpiándose también la boca. Con su pérdida de impostura también parecían haber vuelto sus modales privados:

—¿Sobre Grogan? —preguntó.

—Sobre Grogan.

El dragón, más molesto por desvelar su intimidad que por las consecuencias de ello, comenzó así:

—Pues verás, Dorcas, lo cierto es que conozco a Grogan desde hace muchos años.

—¿Cuántos?

Fafnir sonrió:

—Más de los que tú tienes —escupió altivo.

A Dorcas no le molestó:

—Continúa, por favor.

—Fui una de las monturas de Grogan —le volvió a importunar.

Dorcas disimuló su propia inquietud. Ese comienzo no le gustaba nada. Y no por la falta de respeto.

—Sí —continuó Fafnir en tono autosuficiente—, fue antes de la ruptura. Los dragones ayudábamos a los humanos tratando de poner orden al mundo… como vosotros —esto último lo dijo amargamente.

—Nosotros no ayudamos a los humanos ni a nadie. Hicimos y hacemos lo que consideramos justo —le corrigió.

Fafnir asintió de nuevo:

—Nosotros también pensábamos que lo hacíamos.

Dorcas tuvo que volver a corregirle:

—No es lo que yo recuerdo. Hubo un tiempo, tras el Cataclismo, en donde tratasteis de salvar a las razas nobles. Sin embargo, luego, vinieron campañas muy poco…, cómo diría, ¿honrosas?

—Sí. Perdimos el honor, eso no lo negaré. Nuestras influencias, borrachas de riquezas, nublaron el raciocinio de algunos. Volábamos con los humanos y cometimos actos imperdonables. Por eso nos retiramos a la Linde…

>>Y lo pagamos: La casa de Wendel en Sija, y la de su hermano Drankor en Mrak, pusieron precio a nuestras cabezas.

—Después de arrasar D´vengar y devastar Cadairan…

—Estábamos a su mando, como te dije. Éramos sus monturas.

—¿Con lo robado erigiste este lugar?

Fafnir volvió a echarse a reír:

—¿Te gustaría oír eso, verdad?

Dorcas no lo negó. Le dio otro trago a la jarra.

—Pues lamento decepcionarte, sádico cabrón —se explicó Fafnir ante las carcajadas del Inquisidor—. Este lugar lo construí con mis propias manos. Cuando aún era joven podía trabajar duro y defenderla. Llenarla fue el fruto de la expiación de mis pecados.

Dorcas se sorprendió.

—Sí —aclaró el dragón—. Devolví cada una de las piezas conseguidas con sangre, y me dediqué a hacer lo propio con el resto que se cruzaban en mi camino.

Dorcas creyó sentir algo de pena.

—Sí. Sólo he intentado ayudar. Por eso no me faltan amigos en cualquiera de los mareks.

—¿Y por eso estás tratando de ayudar a Mithril?

Fafnir vaciló:

—Eso es más complicado…

—¿Por? —el ceño del inquisidor se frunció.

—Porque se juntan más cosas.

—Explícate.

—Como te dije, fui montura de Grogan. Lo fui en las dos campañas que has mencionado: en el Asedio de Ladtav y en la Gran Crecida de Mrak Marek.

Dorcas le interrumpió:

—Pero eso fue mucho después de vuestro retiro.

—Sí —respondió Fafnir con pesar.

—¿Entonces?

—Grogan me encontró.

Dorcas puso todo su interés a las siguientes palabras del dragón:

—Había pasado mucho tiempo desde que mi nombre dejara de inclinar a los mortales. Fue en una dormida de celebración de la cosecha de otoño.

>> Entró por la puerta y enseguida me reconoció.

>>Yo me hice el despistado, pero no sirvió de mucho. En un descuido por mi parte, me alojó un puñal en la espalda y me sacó disimuladamente por la puerta de servicio.

>>Me lo dejó muy claro. Acabaría conmigo si no le obedecía en todo lo que me pidiera. Había orden de exterminarnos y él tenía especial interés en mí. No pude hacer mucho. Asesinarlo hubiese sido una buena manera de resolverlo. Tuve oportunidades. Pero las implicaciones hubieran sido peligrosas, sobre todo por la labor que realizaba para mucha gente.

>>Además, desde el principio, no me pidió gran cosa, simplemente que no dijera a nadie lo que vería de él dentro de mi casa y punto. Nada más.

>>¿Qué podía perder?

—¿Y qué viste?

Fafnir suspiró:

—Muchas cosas que ya no interesan, y de las que no se puede hacer tampoco justicia. Aunque hice lo mío por enmendar algunas.

Dorcas comprendió:

—¿Y qué tiene que ver todo esto con lo aquí acontecido, más allá de incriminarte?

Fafnir se levantó y trajo una botella de licor con olor a frutos secos.

Fue a llenar la jarra de Dorcas, pero este la tapó con la palma de su mano. Encogiendo los hombros, rellenó la suya y le dio un buen trago. Luego se sentó y trató de no dejarse nada en el tintero:

—A Grogan le gustaban mucho las mujeres. Mucho. Había estaciones en donde venía casi todos los meses con alguna y se quedaban encerrados en su dormitorio despiertos enteros.

>>Siempre eran mujeres distintas. Distintas razas. También distintos mareks. Así sería hasta hace un par de años en donde llegó...

>>…con una bruja de Yeisk.

Dorcas se adelantó:

—¿Úrsula?

Fafnir asintió:

—Aquí era normal ver brujas de Gragia, sobre todo después de la Gran Crecida. Venían tratando de encontrar contactos para una nueva vida. No me sorprendió.

>>Tampoco supe que era Úrsula hasta que la vi entrar por la puerta hace dos despiertos. Grogan no me daba los nombres de sus conquistas.

>>Repitieron un par de veces. Todo muy discreto. La última, también les acompañó una joven muy hermosa. Era la asistente de Úrsula. Una chica muy callada. Les había atacado una manada de lobos y venía malherida.

>>Estuvieron casi una semana. Lo que tardó en curársele la espalda a la muchacha. Y también discutieron. Sólo que no murió nadie. —Sonrió mirando a Dorcas.

>>Una dormida, cuando estaba a punto de cerrar, Úrsula me pide que le baje su enorme baúl (ese mismo que tiene ahí arriba) a un carromato que la aguardaba afuera. No se me olvidará porque llovía a cántaros y acabé de barro hasta los ojos. Al poco rato, cojeando y dolorida, su asistente aparece con las cuatro pertenencias de mano de su ama y las dos se pierden bosque a través como alma que llevan los demonios.

>>Cuando a la mañana siguiente voy a servir el desayuno en la habitación de Grogan, me encuentro una bolsa sobre la cama con monedas suficientes para cubrir el alojamiento de los tres. Nada más. Ni rastro del Príncipe.

Un repentino crujido en el piso de arriba les saca momentáneamente de la conversación.

Fafnir no le da importancia:

—Son las vigas. Yo también me he asustado alguna dormida. No hay que darle importancia.

Dorcas, sin embargo, le lanza una ojeada a la escalera. No escucha nada.

—Te lo he dicho, Dorcas. Las casas viejas también roncan.

El Inquisidor sonrió y se echó un buen chorro de licor:

—Sigue, por favor.

—No hay mucho más. Grogan desaparece del mapa y no lo vuelvo a ver. Una dormida de hace unos meses se presenta él solo, me trae a este mismo reservado y me pide que le amañe su entrada en el torneo a cambio de una bolsa irrechazable. Parecía más viejo, cansado y triste. Yo accedo. Deambula por aquí un par de días, y desaparece hasta el otro despierto.

—¿Esa vez también llevaba el anillo?

Fafnir bajó la mirada:

—No. Pero las otras veces que estuvo aquí sí. No solía separarse de él. Lo llevaba boca abajo. Con la piedra oculta en la palma de la mano para que no se viera. Lo reconocí porque conocía la pieza de nuestros tiempos de armas. El corazón de un enano…

—¿Cómo supiste que pertenecía a la casa de Mithril?

Fafnir apuró su licor:

—Porque yo ayudé a arrancárselo del pecho a su hijo.

Dorcas se mostró preocupado.

—Mithril no lo sabe —se apresuró azorado el dragón—, y sólo espero que no estuviese mirando cuando nos enzarzamos en la pelea. Estaba en ese

corredor cuando su hijo se deshizo en un montón de escombros. Grogan le ganó la posición en un descuido y le atravesó a traición con una pica de asalto.

Dorcas no se inmutó. Fafnir tragó saliva:

—¿Has visto morir a algún enano, Dorcas?

Dorcas negó. Los enanos de Kulgur solían ser nobles. La Orden no solía campar aquellos predios.

—No se lo recomiendo. Toda la tierra de la que brotan se estremece. Gime, chilla con crujir de piedras, para luego, morir con él. Son parte de ella. Los Maestros Escultores los tallan alrededor de un Chemdrill y es éste quien decide si les permite vivir o no. Cuando Grogan le sacó el corazón de su cuerpo al hijo de Mithril, hecho arena, parte de la mina gritó retorciendo sus entrañas en un chirrido que todos los enanos de D´vengar pudieron oír y que yo aún no puedo quitarme de la cabeza. Saqué a Grogan de allí antes de que la mina nos devorara a los dos bajo su ira, jurándome que jamás acabaría con otro enano y pidiendo a los Dioses que me dieran la oportunidad de restituir tanta ignominia.

Dorcas parecía impaciente. Las confesiones le aburrían, sobre todo cuando en vez de dar luz al caso pretendían justificar los hechos culpables. Fafnir continuó:

—Una dormida aciaga, en medio de una enorme pelea aquí en el salón, disolví a un grupo de gente que trataba sin éxito de apalear a un maltrecho enano de Kulgur. El muy infeliz había intentado olvidar su pasado vaciándome un par de barriles de sidra y divertirse a costa de provocar a quien no debía. En un principio no le reconocí, estaba muy descuidado. Pero reconocí los martillos, eran los mismos con los que su hijo se defendió de Grogan hasta morir…

10

Jensenn dejó las cosas sobre la cama de su cuarto. Estaba muy excitado. Era muy tarde y había escuchado voces abajo. Además, aquella maldita tabla casi le saca el corazón por la boca.

Eran dos bolsas. Con cuidado esmero abrió una, la más voluminosa, y dejó caer su contenido sobre el colchón. Un buen puñado de monedas de oro de Haftán. Nada extraño tratándose de pertenencias de Garrosh. Pero demasiado nuevas, parecían incluso recién acuñadas. Sólo en Graslei se podía conseguir algo así. Había visto algunas durante la última partida y no les había dado mucha importancia, además, todas ellas fueron muy rápido a manos de Úrsula.

Las revolvió y recogió un par de gemas azules. ¡¿Zafiros de Nevrozza?!, ¿de la tierra de los muertos? Los mordió para asegurarse y miró por ellos al trasluz. Esos zafiros no se habían jugado en la mesa. Estaba claro que su dueño no los quería utilizar. Nadie de una casta inferior a la real tendría piedras así. Pertenecían en gran parte a los frisos del palacio extinto de D ´uolnai. Entrar allí era imposible por la peste y los no muertos. Si alguien los tenía, era porque se los llevó antes de que cerraran sus puertas para contener la Plaga.

¿Era entonces Garrosh algo más que un guerrero de Alkmaar?

Jensenn dio una vuelta nerviosa por el cuarto. Estaba seguro de que algo estaba mal. Cuando Dorcas bajó la bolsa que supuestamente él tenía escondida en el dormitorio, pudo echarle un ojo y percatarse. No había más de treinta o cuarenta piezas allí dentro. Entonces, ¿dónde estaba el resto del dinero de la bruja? En su dormitorio no. Acababa de ponerlo patas arriba y no había encontrado más que esa otra pequeña bolsa en el fondo del baúl. ¿Cómo pretendía seguir jugando? O tal vez era tan buena que no contemplaba perder.

Jensenn sonrió para sí. Ningún jugador que conociera pensaría de esa manera. Su asesino tuvo que robarle toda la pasta y luego dejar aquella bolsa en su dormitorio para incriminarlo a él y evadir sospechas. Eso tendría que ser. Y tendría que ser alguien que necesitase mucho el dinero porque, por lo pronto, ya había cogido un buen pico con lo que le faltaba a Úrsula.

En la bolsa de la bruja también había monedas y gemas. Pero ¡ninguna de ellas eran nuevas! ni parecidas a las de la bolsa de Garrosh. ¿Qué…? Las repasó otra vez. Sí, eran escudos de Gragia y algún que otro ducado de Walhaz. Todas ellas ajadas. Tampoco había piedras. Imposible. De hecho, en

el cuarto de Garrosh le sorprendió encontrar tan poca cantidad de dinero.

Montones de piezas de oro comenzaron a sobrevolar en su mente tratando de dar una explicación a aquel suceso tan extraño. Luego, cogió ambos montones y los volvió a mirar. Se había dado cuenta de otra cosa significativa. Faltaban monedas. No cantidad. Tipos. De Taur Aerili, de Domovik, de Kulgur. Había algunas, sí, pero no las que él pudo manejar y contabilizar en la partida.

Sí. El ladrón era muy listo. Las monedas extranjeras se cotizan a la alza en los mercados exteriores. Por eso se centró en quitar las más extrañas. Seguramente habría muchos más zafiros y un montante de monedas de Haftán incalculable. No había duda, el asesino estaba a su acecho y había ido haciendo acopio de botín en tanto trataba de terminar con él. Pero no lo conseguiría. Le había pillado. Sabía que estaba cerca, escondido entre sus compañeros. Y, además, se le adelantaría.

Si fuera él, y ojalá lo hubiese sido, ¿dónde escondería un botín semejante?

De repente le brillaron los ojos y las manos comenzaron a temblarle.

Recogió rápido todas las monedas, teniendo mucho cuidado en poner cada una en la bolsa que le correspondía, y sacó de nuevo el juego de ganzúas del interior de su chaleco.

Tenía que devolver aquello a su sitio lo antes posible y cerciorarse de algo.

Antes de salir por la puerta se detuvo un instante.

Acercándose a su escritorio, abrió la primera bolsa. Revolvió dentro y sacó los dos zafiros:

—¿A quién le importará…?

Luego se sacó una bota y los metió dentro. Ya tenía la mitad de la deuda.

Cerró la bosa y salió por la puerta. Todo estaba a oscuras. Fafnir y Dorcas hablaban abajo.

* * *

El cadáver de Jensenn apareció al despierto siguiente tumbado en la cama boca abajo y con un puñal clavado en la espalda. Al modo de los ladrones.

Le habían partido el cuello, dejando el rostro vuelto hacia la puerta con dos mugrientas coronas trentianas colocadas sobre sus párpados cerrados.

Dorcas, solo, lo examinó con cuidado. No tenía ninguna marca de lucha ni ninguna contusión.

Sus botas colgaban boca debajo de un gancho de la pared. Vacías…

Lamentó tener que darle la razón. Aquel tercer asesinato no tenía ningún sentido.

Si seguía así la cosa no iba a tener que resolver nada. Sólo sentarse a

esperar a que también trataran de asesinarlo a él.

Mirando bien el rostro de Jensenn descubrió algo inquietante.

Retiró las monedas de sus párpados y los abrió. Como sospechaba, tenía un rictus de sorpresa.

Decidió registrar sus bolsillos pero no encontró nada en ellos. Ni en el hediondo hatillo que le hacía las veces de equipaje.

Fue la hoja la que le dio la pista. Era una daga de trasgo. Seguramente su propia hoja. Le habían matado con su propia arma.

Ya sabía que Garrosh no se había suicidado, luego el asesino había de continuar entre los abajo congregados, pero ¿por qué matar otra vez? ¿Qué relación había entre la muerte de Úrsula, la de Garrosh, y la de este infeliz? ¿Y qué había de ese olor apenas perceptible que no llegaba a distinguir? ¿Encantamiento? ¿? Volvió a cerrar los párpados de Jensenn y se guardó las monedas. Eran viejas, pero tenían grabadas el paisaje de Trenti y a Dorcas se le antojaron bellas.

* * *

Cuando Fafnir salió afuera y tachó el nombre de Jensenn de la tablilla de apuestas se produjo un gran murmullo. Alabanzas a macabras premoniciones escupidas por algún que otro carroñero, en su mayoría. Nada que al dragón le divirtiera o beneficiara. Ya estaba demasiado viejo para aquello.

Sin echar la vista atrás, regresó rápido a la posada con un malhumorado portazo. No quería que nadie intuyera su nueva condición mortal. De hacerlo, estaba más que perdido. Todo, absolutamente todo por lo que había luchado aquellos años, se perdería por completo. Sin recuerdos, sin nadie de su linaje que lo aprovechase. Además, estaba de malas pulgas, sus ganancias volvían a disminuir y le dolía el cuerpo como jamás lo recordara. Con un jugador menos, algunos apostadores más se marcharían y los carroñeros tomarían definitivamente el control de apuestas. Podía dar por perdido su veinticinco por ciento. *¡Maldito torneo, maldito Grogan y maldito Dorcas!* Hubiera resultado mucho mejor impedirle al Príncipe participar, y tirar por la calle del medio. *¡Resolver la situación ahora va a ser imposible!*

En cuanto entró encontró a la mayoría de los congregados sentados a la mesa de juego. Estaban echando unas manos, sin apostar. Sólo por jugar. Dorcas charlaba con Znibizz en otra mesa apartada del fondo, junto a las escaleras, y Sesper debía de estar en el piso de arriba.

No les prestó mucha atención. Lo cierto es que ya estaba más que harto. Sólo quería que se resolviera aquello de una vez. Ahora Jensenn. Pobre muchacho. Huérfano de nacimiento y hambriento desde siempre. Aún recordaba la primera vez que lo vio. Acababa de ganar una buena mano de

tabas, y tres grandullones querían merendárselo. Iba a intervenir cuando le vio escurrirse entre las piernas de los tres, rebanarles la sujeción de las bolsas, y salir zumbando rumbo al bosque con los bolsillos como alforjas.

¡Qué tiempos! Cómo le divertía ver la casa llena. Correr la cerveza, la sidra, el aguamiel. ¡Cuántas veces no habría asado venados enteros sobre lo que ahora no era más que una chimenea de ascuas mortecinas!



Se acercó a la barra y se puso a colocar las jarras mientras tanteaba los barriles. No tardó en sorprenderle la acalorada discusión que Dorcas parecía mantener con el goblin. *¡Cómo no!* se dijo. De hecho, visto así, de espaldas, no le extrañaba que le llamasen Doscuervos. Menudo cabrón. Al goblin era verdad que no lo conocía. Ni a la elfa. Ni al vampiro. A Sesper sí. Desde los tiempos del Cataclismo. No quiso decirle nada a Dorcas porque no merecía más información. Sesper se la daría. La información, y el *resto*. Además, aquel viejo y él habían sido muy buenos amigos.

—Un poco de priva, Fafnir, que estamos secos —interrumpió Mithril desde la mesa.

—Vaaaa —contestó mecánicamente.

Quizá, con un poco de suerte, pueda morir aquí. Una dormida, cuando no quede nadie bebiendo. Sí. Una dormida.

Colocó las jarras sobre la mesa y observó a Bogdan algo preocupado:

—¿Está usted bien? —le preguntó.

El vampiro sonrió forzadamente. Parecía más rígido de lo habitual.

Otro que tela. Aún me pregunto qué narices hace un chupasangres de su categoría aquí, bebiendo y jugando con estos. Sobre todo con la elfa. Lleva callada toda la mañana. Parece como si no le importase nada ya el torneo ni los asesinatos. Menuda estirada de las narices. Seguro que vino hasta aquí a por un poco de diversión. Claro que, como se descuide, igual la diversión la encuentra a ella.

Realmente, la diversión los encontró a todos: Dorcas acababa de terminar el interrogatorio cuando de la mesa de juego comenzaron a escucharse unos gritos.

—¡Por D´uol! —gritaba Mithril tratando de zafarse de Bogdan. El vampiro le había agarrado la mano intentando controlar su dolor.

—¿Qué pasa? —exclamó Dorcas en cuanto llegó a la mesa.

La escena fue rápida y elocuente.

Bogdan estaba lívido y se convulsionaba con los ojos en blanco sin poder controlarse.

—Vaya… —exclamó Dorcas, e intentó hacer una imposición de manos. Bogdan no mejoró. Aún peor. Se puso todavía más rígido.

Entonces, de repente, se escuchó un grito al fondo de la sala y unas sillas cayéndose contra el suelo. Era Znibizz deambulando errático por entre las mesas, presa de algún tipo de dolencia.

—¿Qué demonios…? —exclamó Dorcas fijando su atención en él.

Nadie sabía lo que ocurría, pero Bogdan empezó a recuperarse milagrosamente. Le regresó el color, la compostura y hasta la mirada. Él sí supo lo que pasaba antes que los demás.

Todos miraron al goblin que no dejaba de sujetarse la cabeza con las manos:

—¡Que alguien párelo! —exclamaba—¡Me dueleeeeee!

Entonces lo vieron. Sobre las escaleras. Recortado contra la vidriera, y con los siete dragones bailando a su alrededor dándole fuerza. Era Sesper. Le brillaban las manos con un fuego azulado propio de su oficio. Acababa de curar a Bogdan, pagando con el goblin.

Dorcas, por primera vez desde que llegó, tragó saliva. *¡Claro, estúpido! Al arrebatar a Fafnir su alma-dragón, también has desecho sus artes mágicas, y el conjuro…*

—Baja esas manos, Sesper —le impelió Dorcas en tono de pocos amigos.

El Mago no obedeció. Disfrutaba con aquello.

—¿Y si no lo hago?

Dorcas hizo un ademán con la mano que encontró otro por parte del Mago.

Lo que fuera que el Inquisidor tratara de hacer, no surtió efecto.

Los demás se apartaron. Fafnir sonrió…

11

Al final Sesper bajó las manos. No tenía intención de dañar a nadie. Pero sí que Dorcas le viera conjurar.

Se jugaba un proceso en la abadía de Kertbier. Uno de esos con hierros ardientes e innobles cachivaches para las partes blandas. El reciente Abad tenía fama de disfrutar con los impíos.

Las miradas que los demás le rindieron mientras bajaba las escaleras resultaron muy elocuentes. Incluida la de Dorcas. Todos sintieron miedo. Una vez llegó al salón le indicó al Inquisidor:

—¿Podemos dar un paseo?

Dorcas vaciló. Miró hacia atrás. Los demás se sentían ciertamente intimidados. La magia tenía un coste, y no querían ser ellos las monedas con las que el Mago pagara los accesos del inquisidor.

Dorcas dio un silbido. Del piso de arriba bajó volando el cuervo hasta su hombro.

Asintió serio y salieron.

Nada más poner un pie fuera, la actividad de los congregados se paralizó.

—Los jugadores no pueden salir… —dijeron algunos.

—¡Trampa, el torneo está amañado! —exclamaron otros.

No hicieron caso. Bordearon la fachada y caminaron tranquilos hacia la parte de atrás.

Dorcas empezó:

—¿Por qué lo has hecho, Sesper?

El Mago le contestó divertido:

—¿Cuál de todas las cosas que he hecho, Dorcas? Porque han sido muchas.

Dorcas recogió la broma:

—Hacer magia ahí dentro.

—Para salvar una vida. ¿No vio que Bogdan se moría?

Dorcas sintió que las palabras del Mago no tenían mucho que ver con lo que representaba.

—¿Y después? ¿Por qué me dejaste en evidencia?

—Yo no le dejé en evidencia. Usted quiso golpearme —contestó falsamente molesto.

—Y hubiera podido.

Sesper se compadeció del Inquisidor, y de sí mismo:

—No, Dorcas. No hubieses podido…

Dorcas prefirió no discutir:

—Entonces, ¿por qué no acabaste conmigo ahí dentro?

Antes de contestar, el Mago se acercó hasta un banco en el porche que creaban los aleros de la posada y se sentó:

—Porque, aunque no lo creas, quiero ayudar —exclamó con un suspiro de cansancio.

Dorcas se mantuvo de pie. Desde allí las vistas de la Linde eran espectaculares.

—Cómo —preguntó.

La respuesta sonó tan absurda como imposible:

—Quiero ingresar en la Orden…

Dorcas se volvió:

—Está de broma.

Sesper negó con la cabeza:

—No, señor. Quiero expiar mis males todo lo que pueda. Usted sabe que fueron muchos.

Dorcas no sabía qué decir. ¿Sesper de Ladtav un hermano?

—Mira, Sesper —volvió a su acostumbrada manera de interrogar—, no estoy para juegos. Ahí dentro tengo tres cadáveres…

—Sí —le interrumpió el Mago—: El del príncipe Grogan, el de su amante Úrsula y el de un ladronzuelo que debió de meter las narices donde no le llamaban.

Dorcas quedó boquiabierto.

—¿Cómo…?

Sesper volvió a sonreír:

—¿Cómo lo sé? Porque yo sé muchas cosas, hijo. Muchas. ¿Acepta mi ayuda?

El rostro de Dorcas regresó a la suspicacia de siempre:

—Por supuesto —exclamó burlón con una teatral reverencia.

Sesper se levantó sonriente. Siempre le habían gustado las comedias de palacio:

—Vamos entonces. Demos un buen paseo lejos de esos entrometidos de ahí detrás. Me parece estar viéndolos con las orejas pegadas a las piedras de la fachada.

Era verdad.

Al ver las dudas del Inquisidor, Sesper exclamó:

—Tranquilo, no voy a acabar con usted. De haber querido, podía haberlo hecho anoche, cuando terminó de hablar con Fafnir…

Maldita sea con el mago pensó el Inquisidor. Pero tenía razón. En cuanto se adentraron un poco en el bosque, el cuervo abandonó el hombro de Dorcas

camino de las copas de los árboles, y Sesper, impaciente, comenzó su relato:

—Me llamo Séspperes, como ya sabrá, y serví en la casa de Wendel en D´uolnai desde antes de que el mundo se moviera y las estrellas se pararan.

>>La vida allí era placentera. La dorada ciudad de D´uolnai, en medio de la fértil isla de Nevrozza, gozaba de los mayores placeres… y de la compañía de los Dioses —dijo buscando el respeto del Inquisidor con la mirada.

Dorcas conocía algo aquella historia, aunque sólo pasajes sueltos. Ciertamente se vio impresionado.

—Cuando sucedió el Incidente —prosiguió el Mago—, cuando cielo golpeó con piedra al mundo, éste se cubrió de tinieblas y los monarcas usaron lo que creyeron más lógico, la Magia. Oh, bueno —se excusó enseguida ofendido de sus propias palabras—, quería decir la magia —Dorcas asintió comprendiendo—. Nos usaron a nosotros. Forzamos el poder, retiramos la niebla que pudo acabar con todos, pero ya conoce el coste.

Dorcas volvió a asentir:

—La Plaga.

Sesper suspiró:

—Lo que muy pocos saben es que, los Magos, los que aún nos considerábamos así, desconocimos de su existencia hasta que fue demasiado tarde.

>>Al descubrirlo, algunos nos negamos a continuar. Decidimos no seguir. Pero no nos dejaron. Unos cedieron por no perder la cabeza, otros por cobardía, algunos por avidez…

>>Fueron tiempos convulsos donde sólo se podía mirar hacia adelante y tratar de construir un futuro. Todos lo hicimos. El Rey Wendel también, como era de esperar. Así fue que nació el príncipe Grogan. En el peor momento, la verdad. Con los soles quietos en los cielos, vimos desolados cómo la fértil y espléndida isla de Nevrozza se transformaba en un yermo desierto. Luego vendría lo que ya bien conoce: Wendel mandó mover la capital, la ciudad quedó para los infelices recolectores, surgieron los descarnados, y los humanos comenzaron una carrera sanguinaria en busca de un hogar que les llevó a sus fracasadas guerras con los enanos y a aquel montón de campañas sin sentido contra los elfos de Teremmanna.

Sesper pareció entristecerse aún más:

—En todas estuve al lado de aquel muchacho. Un Grogan de pocas luces, capaz de cualquier cosa por contentar a su padre y contentarse a sí mismo. Me gané mi fama, sí señor. Sobre todo levantando Porto Alto (o Graslei, como se la conoce ahora), la capital de Haftán.

>>Y en todas derramé sangre. Mucha sangre. Mi magia se cobró tantas víctimas que me ahogué en sus gritos hasta que un día tuve que decir basta. Sí. Un día cogí un barco clandestino y desembarqué de nuevo en Ladtav: El

Puerto de Nevrozza para los desheredados del mundo. Quise morir. Durante un tiempo sobreviví por allí pidiendo limosna y realizando toda clase de trabajos inmundos y miserables para conseguir una pieza de carne casi tan podrida como la de los seres que se arrastraban más allá de sus muros. Luego me sobrevino la locura. Abandoné la ciudad y me interné en el desierto. Quería morir en D´uolnai, en el viejo dormitorio del palacio donde tantas noches había disfrutado de alguna que otra mujer dispuesta a ofrecerse a un Mago.

Recuerdo que maté muchos descarnados, que bebí de charcos, que comí excrementos. Cuando llegué a la ciudad estaba a punto de fallecer. Sus muros se habían desmoronado y las puertas de acceso colgaban de sus goznes con el dibujo grotesco de los miles de arañazos de los infelices que encerramos allí.

Crucé sus solitarias calles, fui hasta el palacio y subí al torreón, a mis viejos aposentos. Una vez dentro me tiré sobre el jergón que antaño hacía las veces de cama y me dormí.

Al Mago se le secó la garganta, en un rictus de total desazón:

—El gruñido de un par de descarnados me despertó. Habían debido de verme y decidieron darse un buen festín.

>>Eran dos, un hombre y una mujer. Me levanté de un salto, levanté una mano para conjurar… y me detuve.

>>De sus cuellos colgaban dos zafiros relucientes (debían llevarlos puestos cuando se transformaron) y arrastraban lentamente sus pies con las manos levantadas, tratando de morderme. Así fue como vi sus sortijas. Las sortijas que yo les había regalado cuando cumplieron la mayoría de edad.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas ante los atónitos ojos de Dorcas:

—¡Eran mis ahijados! Mira y Relom, los hijos de Grogan.

No quiso compasión. Se las enjugó enseguida con la manga de su túnica y prosiguió molesto ante aquella estúpida muestra de debilidad, ¿verdad, Sesper?

Verdad:

—Agaché la cabeza y realicé el conjuro. Sobre ellos. A costa de mí.

>>Cayeron inertes sobre el suelo como marionetas desmadejadas.

>>Recogí sus cuerpos, los dejé en la cama y retiré los zafiros de sus collares.

Sesper se sentó en un tocón. Habían llegado a un riachuelo.

>>Mirando por la ventana de la torre, recordando lo que había sido aquella ciudad y en lo que se había convertido, cambié. No fue una decisión, fue una transformación auténtica. Todo en mí maduró.

>>A mi vuelta, descubrí que los magos habían sido condenados, que la magia había sido prohibida, y me alegré. Merecíamos aquello. Si no podíamos se Magos, no tenía sentido ser magos.

>>Mis años posteriores fueron tiempos de huidas y escaramuzas por la Linde, buscándome. Sabía que iba por buen camino, aunque no sabía el destino.

>>Una noche de hará unos tres años, en un infecto tugurio de Kadrin, en la Linde Oriental, vi a alguien que me resultaba familiar.

Miró fijamente a Dorcas:

—Era Grogan.

El Inquisidor se sentó junto a él:

—Lucía ajado y descuidado. Toda su antigua lozanía se había extinguido y las nieves del tiempo cubrían ya sus cabellos.

>>Al principio, y dado que él tampoco había tomado cuenta de mí, no me acerqué. Ni esa noche, ni otras tantas en las que coincidimos. Siempre venía acompañado de alguna que otra señorita de reputación dudosa o ingenuidad patente.

>>Pero empecé a interesarme. Resultaba un pasatiempo agradable con el que llenar las largas horas de aburrimiento. Incluso traté de seguirle, pero me dio miedo que me reconociera y tomase represalias. Estaba muy bien así, en el anonimato.

>>Lamentablemente hay algo, querido Dorcas, que no puede vencer ni el más poderoso de los ejércitos, y que le puede hacer a uno cometer las mayores estupideces.

Dorcas no acertaba a adivinarlo. No después de la épica de su relato.

—El Amor —exclamó el Mago para sorpresa del Inquisidor—. El Amor, Dorcas —concluyó dolorido.

Dorcas se mostró divertido al ver sonrojarse al mismo anciano que hace unos instantes lloraba por la pérdida de sus ahijados.

Perdiendo de nuevo la mirada en la bruma de los tiempos, Sesper se explicó adquiriendo un cercano y coloquial tono tabernario:

—Yo estaba de espaldas a la puerta disfrutando de un buen trago del mejor ron de Vrolok cuando la atrayente risa de una mujer me hizo volver la cabeza.

Sus ojos se crisparon. Sus pupilas se dilataron. Detuvo por un instante el relato impactado de la imagen que acaba de llegarle a la memoria. Continuó por donde pudo:

—Era muy hermosa —expresó arrastrando la frase—. La mujer más bella que jamás hubiese conocido —luego, como su pulso, se aceleró en las explicaciones—. Mrakmariana. De piel lechosa como las lunas que la bronceaban y el cabello plateado y más brillante que los carbones de Brokk. Su sonrisa hubiera paralizado a diez dragones y su forma de expresarse y de moverse te cortaban el aliento. Me levanté un instante para conocerla, pero enseguida llegó su engreído acompañante con un par de copas de vino y una



escudilla de asaduras.

—Grogan…

—Ajá.

>>Grogan —exclamó con malestar.

>>Ella era su nueva conquista, claro. Sólo que esta vez tendría que disputársela conmigo. Por alguna razón, aquella no parecía del tipo estúpido tan propio de sus gustos. Tenía un poso de fortaleza y aplomo que me enamoró al instante.

Por un momento, al Mago le brillaron los ojos de excitación. Con la misma fruición con que el cabecilla de una banda explica el plan perfecto de un atraco, Sesper bajó el tono de voz y prosiguió su narración:

—Esa dormida no hice nada. Me mantuve de espaldas para no verlos disfrutar de sus momentos íntimos. Así unas diez o doce noches más. Luego fuimos coincidiendo de menos en menos.

>>Una vez, ella apareció sola. Se sentó en su mesa de siempre y esperó. Esperó hasta que la cantina quedó vacía. Hasta que no quedamos más que ella y yo. Me levanté de mi mesa y me presenté:

>>"Sesper" le dije.

>>Se la notaba enfadada. Levantó una fina mano repleta de anillos y contestó a regañadientes: "Úrsula".

Dorcas, que hasta ese momento contemplaba las titilantes luces de la posada por entre la maleza, se volvió hacia el Mago.

Sesper continuó sin hacer caso de la reacción que sabía había producido el Inquisidor:

—Nos vimos algunas noches. Las que ella volvió sin éxito para encontrarse de nuevo con Grogan.

>>Pero él nunca regresó.

>>Yo sabía que no volvería por allí en algún tiempo —lo había visto en otras tabernas con otras jóvenes—. Sin embargo, ella albergaba dolorida la esperanza de poder volverlo a ver. Llevaba algo dentro que en unos meses no se podría ocultar.

Dorcas comprendió.

—Me ofrecí a cargar con ello. Traté de estar a su lado. Hasta le regalé las únicas cosas valiosas que aún conservaba como muestra de mis buenas intenciones, los zafiros de mis ahijados…

Sesper chacó la lengua decepcionado:

—No la volví a ver. Despareció, como los hielos en verano.

>>A él sí, pero no donde siempre. Fue hace unas pocas semanas en Kertbier, en el castillo del duque Horlod, junto a la abadía de la Orden. Estaba acompañado de una joven y se le veía muy acaramelado. Algo serio, al parecer, pues la muchacha llevaba su sello con el Chemdrill de Kulgur.

Dorcas tuvo que intervenir:

—Pero, entonces, cuando Úrsula y tú os visteis aquí…

Sesper sonrió amargamente:

—Cuando nos vimos aquí disimulamos como todos. Ella estaba muy triste y yo feliz de haberla vuelto a encontrar. Sabía quién era, de dónde venía. Podía haberme acercado hasta sus predios de Yeisk, pero, ¿para qué? Yo no le interesaba. No le intereso ya a nadie, Dorcas. Sólo soy un viejo que ha vivido demasiado y ha cometido demasiadas injusticias. Su fama me alimentó un tiempo, es verdad. Algo insano, si he de admitirlo. De vez en cuando, en los tugurios por los que me arrastraba tratando de matarme lentamente, escuchaba historias sobre su crueldad con quien osaba interponerse en su camino. Nada importante, pero parecía ser muy conocida. Tampoco quise adentrarme en Mrak, ese lado del mundo no me interesa.

Luego se dirigió directamente a Dorcas con mucha pena:

—Si la hubiese visto tan sólo hace tres despiertos, Dorcas. Qué mujer tan hermosa. Se la veía exultante. Nunca la había visto así. Lo que le ha sucedido tiene que haber sido obra del indeseable de Grogan.

Dorcas prefirió no pronunciarse. En su lugar, y ya que el Mago había sacado el tema, le preguntó:

—¿Y no te reconoció Grogan cuando te vio en la posada?

—Si lo hizo, lo disimuló muy bien. Tampoco le interesaba recordar nada de nuestra época. Ni que yo hablase de nada.

>>Al llegar, cuando vio a Úrsula, seguro que perdió el humor, y con ello su astucia. Además, tampoco es fácil reconocerme. He cambiado mucho, querido Dorcas.

—¿Y Úrsula?

—Úrsula se descompuso. Lo que menos esperaba era ver allí a aquel indeseable. Y eso que ya se lo habían anunciado las cartas…

Sesper trató de levantarse del tocón acusando cierto dolor.

Dorcas le ayudó:

—¿Está bien?

—No —le contestó, y levantó su túnica hasta la altura del muslo derecho. Una enorme mancha gris mostraba una herida a medio cicatrizar. Sacando de la pequeña bolsa que colgaba del cordón de su cintura una pasta con fuerte olor a hierbas, aplicó un buen puñado.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó sorprendido Dorcas.

Sesper volvió a disfrutar de la ignorancia del Inquisidor:

—¿No sabe que la magia deja marcas, Dorcas? No hay forma de librarse de ellas.

—A mí no me sucede.

—Porque la vuestra es pura. No requiere un pago. Es divina. Los mortales

pagamos cada uno de los conjuros, aunque los canalicemos —concluyó escocido, también por el comentario.

Dorcas le ayudó a moverse ofreciéndole uno de sus brazos. Luego silbó a su cuervo que apareció enseguida de entre la espesura para volver a su hombro y los tres regresaron tranquilamente a la posada.

12

Esa vez, el inquisidor decidió comer con ellos. Fafnir había preparado una olla podrida. Los buenos ágapes se reservaban para los momentos especiales y estaba para el arrastre. Además, aún quedaba una tarde antes de que todo explotara por los aires o el inquisidor resolviera de una vez por todas aquellas muertes. No era algo hecho, la verdad. A primera vista, parecía que Grogan mató a Úrsula, y luego se suicidó. Lo de Jensenn era lo extraño. ¿Por qué matarlo? Debía dinero. Dijo que lo matarían, pero es demasiado evidente.

Mira, que lo resolviera Dorcas. Bastante tenía él con llenar la tripa de todos ellos. Y es que, aquel plato, la olla podrida, además de un plato muy típico en la Linde, requería de ciertas dotes de, como decirlo, "alquimia" (sobre todo para no matar a nadie). Consistía en rellenar un perol, lo más grande posible, con todo aquello que cupiera en él, animal o vegetal, cubrirlo con agua, y colgarlo de la lumbre. Alubias, carnes, cebollas, ajos, berzas, zanahorias, patatas, chacinas. En cuanto el agua se redujera (por lo menos a la mitad) y estuviera lo suficientemente comestible, a las escudillas. Así, hasta que se acabara, reventara alguien, o se pudriera. Aunque algunos lo terminarían incluso así. De ahí el nombre. Había "alquimistas" y gente para todo. Como el vampiro, que no la probó, obviamente, pero que, sin embargo, de sus vapores parecía aprovecharse por momentos. Hasta había recuperado su negro sentido del humor. Aquel Sesper era un gran mago. Lástima que lo pagara el desgraciado del goblin. Se le veía demacrado.

A la mesa se habían sentado igual que en la primera dormida de partida. A un lado de la larga mesa el vampiro, Sesper y el enano. Al otro lado la elfa y el goblin. Presidía al otro lado de la cocina, Dorcas.

—Muy bueno, Fafnir —alabó el Inquisidor.

—Gracias —arrastró el cumplido Fafnir. *Ya era hora de que mostrara algo de humanidad.*

Mientras todos mantenían la mirada en el plato, o copa (Bogdan llevaba tres. También había recuperado el apetito), Dorcas los observaba uno por uno: El vampiro, elegante, se limitaba a dar pequeños tragos cerrando parcialmente los ojos en un gento de placer. Arandiel, delicada, seleccionaba del plato los alimentos que más le agradaban y los recogía con la cuchara antes de ingerirlos. Todo lo contrario que Znibizz, éste aceleraba el paso y se diría que ni siquiera los degustaba. Deglutía. El alimento no era un placer para él. Parecía una necesidad. Sesper era el más curioso, sorbía primero la sopa y

luego comía el resto de alimentos en cierto orden: de mayor a menor facilidad. Finalmente, Mithril era el más extraño: Aplastaba toda la comida que fuera aplastable con el uso de un tenedor, para después comérselo todo con cuchara. Eso sí, casi nadie usaba el pan. Fafnir tan sólo. Cortaba unas grandes mollas con un viejo y desgastado cuchillo y lo acompañaba con buenos trozos de carne.

Dorcas, divertido, preguntó sin dejar de masticar:

—Arandiel, ¿qué es eso que asoma por la botonera de su camisa?

La elfa miró hacia ello. Era redondo y brillante. Con un elegante gesto, lo escondió:

—Oh, es mi emblema —dijo sin darle importancia.

—¿Emblema? —preguntó el Inquisidor sorprendido.

Bogdan le aclaró:

—Es su graduación…

Con un gesto de curiosidad, el Inquisidor insistió:

—¿Y por qué no se apreciaba nada en él? Parecía sólo un disco de metal sin marcas ni inscripciones.

La elfa contestó turbada:

—Porque está dentro.

—¿Dentro?

—Sí. Hace algún tiempo los soldados de Taur Aerili llevaban sus galones en la pechera y los hombros. Ahora lo llevamos así —concluyó incómoda, tratando de zanjar la conversación.

—No es cierto —exclamó Bogdan dejando su copa sobre la mesa y dirigiéndose a Dorcas—. Siguen llevándolo. Lo que pasa es que ella no sólo es militar. Por eso oculta su graduación. En plata…

—¡No la oculto! —declaró Arandiel indignada.

—Muéstrala pues —retó el vampiro.

—No —contestó—. No tengo por qué. Nada tiene que ver con esto.

—Vera, Dorcas —comenzó Bogdan, encantado de dar aquellas explicaciones—. Son los nobles los que guardan su graduación en medallones de plata para que las razas que masacran no puedan recoger sus reliquias.

Arandiel sonrió:

—Me gusta que hables de masacrar, ¿cómo llamas tú a lo que hacéis con los trils?

—¿Pescar? —volvió el Bogdan de siempre.

—Muéstrelo, por favor —le pidió Dorcas a Arandiel—. Me gustaría verlo.

La elfa suspiró enfadada, se puso de pie y abrió un par de botones de su camisa.

El medallón salió enseguida mostrando una superficie arañada fruto de miles de combates. Efectivamente, no tenía nada grabado. Con cuidado, se lo

sacó por la cabeza y lo mostró a Dorcas.

Era de plata, no cabía duda. Sólo para los ojos del Inquisidor, Arandiel introdujo una de sus uñas entre las juntas y lo abrió. Dentro había grabados una serie de círculos concéntricos (diez, para ser exactos) alrededor de un grupo de estrellas que formaban un óvalo.

Dorcas trató de cogerlo, pero notó cierto hormigueo y retiró la mano.

—Es la plata, señor Dorcas —volvió a la carga el vampiro—. Aunque es probable que también tenga algo más. ¿Cuántos círculos había? ¿Más de cinco?

El silencio del Inquisidor provocó una nueva sonrisa sardónica en el vampiro.

Dorcas le pidió a Arandiel que se retirase. Mientras veía a la muchacha sentarse y ponerse de nuevo a comer, algo pasó por su cabeza provocándole una incontenible expresión de seriedad:

—¿Quién de vosotros querría continuar con el torneo? —preguntó enseguida.

Znibizz alzó rápidamente la mano. No le quedaba ya comida en el plato:

—Yo mesmo. Muérome por seguir jugando. La otra dormida fueme fatal.

Los demás rieron.

Mithril casi se atraganta con la sidra:

—Ten cuidado, igual te mueres de verdad…

Otra carcajada general. Hasta Dorcas sonrió amargamente:

—No, en serio, decidme.

Bogdan fue esta vez el más rápido:

—Por mí, podíamos estar aquí toda la vida jugando —exclamó mirando a Dorcas con sinceridad. Ya sabía el poco tiempo que le quedaba.

—Yo también quiero jugar —intervino Sesper.

—¡Y yo, maldita sea! —bramó Mithril— ¡Aún no he conseguido ni un Chemdrill! —Y le guiñó disimuladamente a Dorcas.

Arandiel callaba.

—¿Y tú Arandiel? —la espoleó el Inquisidor.

—Sí —le contestó—. Yo también. Vine a jugar. A divertirme. Matar vampiros es muy estresante —concluyó mirando a un Bogdan sonriente.

—Como me imaginaba —exclamó Dorcas agradecido—. Bien, pues veréis: Quiero jugar.

Todos dejaron de comer.

—No sé si… —comenzó Fafnir.

—No, he dicho que sí. Que quiero jugar.

—¿Sabe jugar, señor Dorcas? —le preguntó el dragón con cierto temor.

—Un poco. Ahora subiré a mi cuarto, recogeré algo del dinero que traje y me enseñan.

Fafnir no dijo más. Se limitó a sonreír formalmente con los ojos como platos. La pregunta estúpida la hizo Znibizz:

—¿Entós, contenúa el torneo?

El semblante de Dorcas mostraba mucha consternación:

—No.

—¡¿NO?! —dijeron todos a la vez.

—No —volvió a repetir el Inquisidor.

—¿Entonces? —preguntó Fafnir.

—Ustedes han venido aquí a jugar y mañana yo tendré que dar un veredicto que seguramente no les gustará, así que, salvo que alguno confiese ahora mismo, prefiero ver cómo juegan.

Joder, ya estoy viejo para esto…

* * *

Dorcas cruzó el pasillo camino de su dormitorio mientras abajo preparaban todo para la partida. No se habían movido de sus sillas. Se les veía muy relajados, si no fuera porque estaba seguro de que estarían cuchicheando su repentina decisión de ponerse a jugar con ellos.

Una vez llegó a su cuarto, encontró al cuervo sobre la cama.

—¿Lo conseguiste? —le preguntó.

El pájaro graznó afirmativamente y le señaló la almohada.

Dorcas exhaló un suspiró de satisfacción.

—¿Y tú? —preguntó el cuervo.

—También.

—¿Tenías razón?

—Me temo que sí. Y esto lo confirma. No ha terminado nada aún. Tenemos que ser muy cuidadosos.

—¿Necesitas que te ayude?

—Me temo que sí. Ponte en el taquillón que hay bajo la vidriera y no pierdas ojo de nada.

El cuervo volvió a graznar.

* * *

Llevaban un par de horas jugando.

No resultó difícil que Dorcas entendiera que con un Chemdrill lo ganaba todo, luego con los dragones, después con los lindes y finalmente con los alineamientos. Todo ello si en cualquiera de los casos no había predecesores o se retiraba en las apuestas. Claro, que con los últimos, surgió la duda: ¿qué era aquel hermano de la Orden? ¿Sijariano o mrakmariano? Dijo que había

venido de la abadía de Kertbier, de la abadía. Eso estaba en Haftán, la lengua de tierra humana al sur de Sija Marek. Pero no podía ser de allí. Alguien como él parecía más de Mrak Marek.

—¿De dónde es usted, Dorcas? —le preguntó Arandiel a colación.

Los demás dejaron las cartas sobre la mesa. Sí, ¿de dónde era Dorcas?

El Inquisidor los miró sorprendido.

Mithril se lo aclaró:

—Necesitamos saberlo para asignarle alineamiento. Para que pueda cobrar las manos.

El inquisidor apretó los labios y asintió con la cabeza. Luego hizo un gesto de resignación y exclamó:

—De Monsk.

Ninguno acertó a decir nada cortés. Monsk, al este del Mrak Marek era una tierra maldita. Ni humanos ni elfos ni enanos se atrevían a pisarla. Tampoco los vampiros… Contaban las leyendas que sólo las bestias y los monstruos la habitaban.

—¿De qué parte de Monsk? —se atrevió a preguntar Bogdan con cierta aprensión.

Sin expresión, Dorcas contestó:

—De Monsk.

No comprendieron la respuesta. Y no era de extrañar. Algunos exploradores enanos habían conseguido cartografiar la zona, descubriendo que entre sus escarpaduras había al menos tres núcleos bien diferenciados: Al norte, lindando con las tierras enanas de Kulgur, había una zona desolada donde los espíritus vagaban reviviendo incansables retazos de sus vidas pasadas entre una vegetación inexpugnable repleta de artrópodos monstruosos; En el centro, atravesada por las rápidas corrientes que bajaban de la Linde Oriental, Evelness, una ciudad en sus puros huesos y de orígenes pretéritos, que los descarnados regían sin orden ni concierto, hacinándose en una existencia miserable; Finalmente, al sur, antes del marek, Varulv, el hogar de los infectados por la licantropía. Un lugar olvidado, al que pocos accedían, salvo que fueran lobos o allegados.

Nadie hablaba abiertamente de Monsk. Nadie iba a Monsk. ¡Nadie era de Monsk!

Tratando de zanjar el asunto, Fafnir preguntó:

—¿Entonces ponemos Mrak?

Dorcas también quería zanjar aquello:

—Entonces ponemos Mrak.

Esto hizo que cuando Dorcas tuviese cartas negras, su probabilidad de ganar aumentase. Y lo aprovechó bien: ganó algunas manos. De hecho, hasta hubiera sido un gran jugador. Sin embargo, todos habían quedado bastante

conmocionados con la confesión del Inquisidor y la partida estaba quedando en segundo plano.

Arandiel no pudo aguantar:

—¿Conoce bien Monsk, señor Dorcas?

El Inquisidor soltó molesto las cartas:

—Un poco…

—¿Y es cierto que allí algunos caminantes son capaces de razonar?

—Sí.

Sesper se mostró extrañado:

—¿Han revertido los efectos de la magia?

—En algún modo sí.

—¿Por eso no salen de Monsk? —preguntó Bogdan intrigado.

—No —aclaró Dorcas con cierta tristeza—. Nunca han dejado de ser inteligentes. Más allá de sus fueros serían presa de las bestias, o de los civilizados…

Bogdan se dio por aludido y calló.

—Pero si en Monsk no hay humanos, ¿cómo puede ser usted de Monsk? —volvió Arandiel.

Sesper disimuló una sonrisa. Bastante bien lo sabía. Los demás, incluida la que preguntaba, también se dieron cuenta, estúpidamente tarde, de que Dorcas no podía ser humano.

Bajaron la cabeza, tragaron saliva y continuaron con la partida. El bueno de Znibizz había subido importantemente una ciega y todo pintaba bien para él.

* * *

Nadie más volvió a preguntarle por Monsk. Ni a mirarle igual. Ahora lo hacían con una mezcla de miedo al cargo y desconfianza por lo desconocido. Le agradó. Un punto de apoyo más para la fuerza que en algún momento tendría que hacer. Porque, por muy bien que pudieran caerle, o lo afables y confiados que resultaran, como siempre, alguno de ellos sería culpable. Y ahí, ya sabían quién sacaría la basura. No Fafnir, precisamente, que ahora salía arrastrando con esfuerzo un par de sacos por la puerta trasera el bar. Sería él. Dorcas, el gran Dorcas Doscuervos se dijo disfrutando de una secreta broma personal.

Mirando el eterno crepúsculo a través de los vidrios de la ventana fue consciente más que nunca de que se acababa la tarde, el torneo, y su tiempo. Aprovechando una ciega desfavorable, dejó sus cartas sobre la mesa y se dirigió taciturno hacia la salida. Necesitaba poner en orden lo allí sucedido y averiguado. Así le daría tiempo al dragón a preparar la cena, pues, a tenor de

lo que contemplaba allí fuera, no quedaba mucho tiempo ya para ella. La mezcla de olores especiados le golpeó las pituitarias transportándolo a distintos lugares de Duamarek. En algún que otro puesto ambulante se vendían pinchos de asaduras, bollas de picadillo y tortos con queso. Nada del agrado de Dorcas. También había bonzos, odaliscas y demás diversiones campestres. Una, en concreto, llamó enseguida su atención. No era rimbombante, no era llamativa. Era un puesto con un niño que vendía una especie de cajas de cerillas.

El muchacho gritaba:

—¡Trucos, vendemos trucos!

Dorcas sonrió. Antes de hacer caso al muchacho, decidió tomar un torto con queso que no quisieron cobrarle. El orondo cocinero no hacía más que deshacerse en unos halagos que más que corteses parecían ocultar algo. Estaba de suerte. No tenía más tiempo que el que tenía y no pensaba ponerse a jugar al gato y al ratón. No esa dormida.

Le dio un buen bocado al torto y regresó al puesto del muchacho. Sobre un improvisado tenderete de tablas de madera, el pequeño muchacho de tez mugrienta mostraba juegos por una pieza de cobre.

Tenía "cartas marcadas", "cuerdas irrompibles", "vasos que se bebían su contenido" y una especie de "cajas de cerillas".

—¿Qué es esto? —preguntó Dorcas cogiendo una.

El muchacho, haciendo alarde de una profesionalidad aún por llegar y de una ingenuidad a costa de la tranquilidad de su padre (apostado en la carreta de detrás) recogió la cajita de las manos de Dorcas, introdujo un dedo por uno de los lados y la abrió:

—Deposite aquí una moneda, caballero —le pidió.

Dorcas, con una sonrisa de oreja a oreja, sacó de su bolsa una pequeña moneda de cobre y la depositó en el interior de la caja de cerillas.

El muchacho hizo una reverencia y le contó una bella historia sobre el origen de aquellas cajitas mágicas "sólo conseguibles en la Linde" "y en aquel puesto". Por lo visto eran obra y magia de un nigromante muy antiguo y muy redomado que había terminado sus días en el pueblo de donde su padre y él venían, en lo alto del lago. Aquel hombre le dijo al muchacho que con aquellas cajitas se haría rico, pues todo aquel que metiera una moneda en ellas, automáticamente podría hacerlas desaparecer librándose de perderla a mano de salteadores y demás desalmados. Como prueba, le pidió a Dorcas que abriera de nuevo la cajita.

Dorcas se sorprendió. Como decía el muchacho, la moneda había desaparecido.

—¿Y mi moneda? —preguntó siguiéndole el juego.

El chico hizo otra reverencia y le recogió la cajita. Al abrirla, ahí estaba la

moneda, tal como entró.

Dorcas sonrió, le dio la moneda al chico en pago a sus servicios, cogió el truco y terminó de comerse el torto mientras jugaba con la caja entre los dedos.

No se lo había terminado cuando sus ojos comenzaron a brillar.

—¡Claro! —dijo al ver a una odalisca sujetarse los tobillos con la cabeza entre las piernas—. Cómo he podido ser tan estúpido.

Devoró el torto con fruición y corrió a la posada.

13

Fafnir, finalmente, decidió tirar la casa por la ventana. Total, mañana terminaría todo, así que, qué más daba. Sacó los cochinillos que tenía reservados, los ensartó en buenas varas de castaño, y los asó con mimo hasta la hora de la cena. Delante de todos, en la chimenea. Como hacía siempre al concluir el torneo. Antes de terminar, Dorcas apareció por la puerta visiblemente excitado. Se acercó hasta él disimuladamente y le susurró algo que los demás no pudieron escuchar. Afortunadamente, tampoco pudieron ver el brillo especial en su mirada.

Fafnir sonrió y siguió dando vueltas al lechón:

—Eso está hecho.

Dorcas subió corriendo las escaleras —supuestamente camino de su dormitorio— y no regresó hasta pasado un buen rato. Cuando ya no podía por más que sentarse y degustar las exquisitas viandas. La cena entonces se le antojó divertida. Más incluso que la partida de por la tarde. Y todo gracias a los cochinillos, que resultaron espléndidos (Fafnir los asaba con un poco de mantequilla, dejando la piel crujiente y sabrosa), sumado a lo distendido de las conversaciones.

Contemplándonos así, comiendo y bebiendo, comentando las diversas jugadas de la reciente partida, e incluso brindando, nadie diría que alguno de ellos pudo cometer las atrocidades que arriba aguardaban amojamándose cual cecinas en la despensa de Fafnir. Era pues el momento de que comenzara el juego que tenía preparado. Empezó por Arandiel. Casi no había podido interrogarla y podía servirle muy bien a sus propósitos.

Se limpió convenientemente las manos, dio un buen trago a su jarra de vino y dio un par de palmadas para atraer su atención. En cuanto todos estuvieron listos comenzó sin ningún tipo de preámbulo:

—Veréis, mañana el torneo terminará…

Los comensales se mostraron decepcionados. Fafnir se sentó también a la mesa.

—Pero si algo está claro, señor Dorcas —interrumpió Bogdan, previas disculpas—, es que Garrosh mata a Úrsula, luego se suicida y…

—…¿y…? —continúa enfático Dorcas— ¿Y…?

>>¿Quién mata entonces a Jensenn…?

Bogdan no supo qué responder.

—Ese es el problema —prosiguió Dorcas alentando su frustración—, que

si aceptamos eso, si lo aceptamos, la muerte de Jensenn no tiene sentido.

Todos asintieron.

—Luego —continuó, levantándose de la silla— uno de vosotros tiene que tener arte y parte en alguno de los asesinatos, si no en los tres.

Los comensales se miraron entre sí. Ninguno había querido admitirlo hasta ese momento, pero las palabras de Dorcas eran más que elocuentes.

—Como parece que me encuentro en un callejón sin salida —declaró acercándose a las brasas de la chimenea—, necesito que me ayudéis.

Nadie dijo absolutamente nada. El silencio, ubicuo, dio paso al crepitar de los rescoldos que iluminaban el rostro del Inquisidor.

Con sonrisa perversa, Dorcas continuó dándoles la espalda:

—De no hacerlo, mañana tendré que dar por clausurado el torneo, mandar a quien yo considere oportuno a su casa, y seguir aquí el tiempo necesario…

Fafnir se removió incómodo en su silla.

El Inquisidor se volvió hacia ellos:

—Arandiel, por favor, ya que aún no hemos tenido la conversación pertinente, creo que nadie mejor que tú para comenzar con esto. ¿Cómo crees que se han sucedido los asesinatos y quién o quiénes crees que han podido cometerlos?

Los demás miraron a la elfa con interés. Con interés, y algunos con insana envidia.

Al principio la elfa se sintió intimidada. Luego, su carácter de guerrera y su alta cuna tomaron las riendas. Frunció el ceño, echó su cabello hacia atrás y contestó:

—¿Puedo ser sincera, señor?

—Debe —pidió Dorcas acatando la tan usual formalidad de un interrogatorio de la Orden.

—Creo que Úrsula y Garrosh se conocían de antes (el cambio de actitud en él al verla a ella me dio que pensar). Además, tampoco me creí tanto lo de las indisposiciones. Ningún guerrero del porte de Garrosh, y menos aún alguien con aquellas cicatrices en los brazos, se derrumbaría por una mujer. Ni por una mujer ni por nadie, vamos.

>>La noche de la partida ella hizo mucha burla de él. Y hasta lo desplumó. Eso debió herir su orgullo y no lo pudo soportar. Esa noche ella intenta seguir pinchándole, él no puede controlar sus instintos, le propina un golpe en la cara y la mata, o, con el golpe, ella se cae, se golpea, y muere.

Dorcas comienza a caminar alrededor de la mesa:

—Luego crees a Jensenn.

—A tenor de su final, sí.

—Sigue, por favor.

—¿Qué hace entonces? Recurre al único que puede resolver las cosas,

Fafnir.

Antes de que el posadero intervenga, Dorcas posa una mano sobre su hombro previniéndole de que lo haga.

Arandiel continúa:

—Fafnir recoge el cuerpo de la habitación de Garrosh, lo decapita haciendo uso de cualquiera de los métodos que seguro ya ha empleado habitualmente en la preparación de sus carnes y deja el cadáver de la bruja en su cama para que todos lo veamos a la mañana siguiente.

—¿Y la cabeza?

Arandiel asintió astuta:

—Para él era lo más fácil. Era el único que podía entrar y salir de la posada sin sospechas. Seguro que se deshizo de ella sin la más mínima molestia. Igual, hasta nos la hemos comido.

Los demás la miraron atónitos. Dorcas movió una mano, quitando hierro:

—Bien, ahora lo de Garrosh.

—Un suicidio. Todo guerrero con un proceso de la Orden es automáticamente objeto de un expediente en cualquier ejército en el que ordene. Garrosh no podía ser una objeción. Verse así, de repente, complicado de tal manera, a su edad, ¡BUM!, tiro en la cabeza. Muchos resuelven así su estrés. Lo he visto muchas veces. Desgraciadamente, teniendo que bañarme después…

Otro gesto de manos pidiendo suplicante ausencia de detalles y nuevo descuelgue de mandíbulas.

—¿Y Jensenn? —Le preguntó de nuevo Dorcas.

—Bueno —continuó la elfa con convicción—. Lo de Jensenn respalda mi teoría. Ese maldito trasgo tenía muchas maneras de colarse en cualquier sitio. Seguramente descubrió a Fafnir, y este acabó con él. Es el único que tiene llaves de todas las habitaciones, ¿no?

Dorcas asintió convencido. Le había gustado mucho la exposición de Arandiel.

A Fafnir no tanto. Ni al resto. Notaban un regusto extraño en sus gargantas. Bueno, Bogdan no.

—Una última pregunta. ¿Te arrepientes de haber venido?

Arandiel dudó la respuesta, pero contestó:

—Sí. Realmente sí. Con lo ocurrido no creo que debiera estar aquí. De hecho, quizás todavía estemos en peligro.

Fafnir volvió a notar la férrea mano de Dorcas sobre su hombro.

—Bien —volvió este último—. Znibizz, cuéntame tu teoría.

El goblin se irguió bien sobre la mesa. No siempre era requerido tamaño honor de alguien como él:

—Yo no créome lo del sucidio.

Dorcas le miró divertido y le imploró que siguiera.

—No. A Úrsula asesinola Jenszzenn. En Trenti no hay más que lladrones y degüelladores. Decía muncho de que si perseguíanlo, de que si diban matalo, pero creo que el asesino yera él. Y el lladrón.

>>Cuando perdió la primera dormida supo quién de nosotros tenía ya la bolsa enllena, y fue a por él. Lluego inventose lo de la riña y lo demás. Pero resuelta que nadie oyó ná. —Chascó la lengua—. Ensí que creo que entró (sabía seguro escoriar cualquier puerta), asesinola y luego robola. Por eso aparecieron las monedas en su cuarto.

—Pero no apareció la cabeza —aclaró Dorcas.

—No. Pero si esi lladrón yera capaz de entrar huroneando en las habitaciones sin quei lo pillaran, también podría salir por algún llao y deshacerse de ella.

—¿Y Garrosh?

—Esi debió suicidase de verdad. Todos tábamos equí abajo cuando oyímos el tiro.

Los demás se apercibieron con una exclamación y algún que otro comentario. Dorcas les atajó enfático.

—Taba mu raro. Esos guerreros pasan muncho. No ye extraño que una dormida a alguno noi lleve más el cuerpo y vuélese la cabeza.

—¿Entonces, quién mató a Jensenn? —preguntó Arandiel antes de que lo hiciera Dorcas.

—Yo endiría que Sesper.

Sesper devolvió a su jarra el trago de cerveza que acababa de tomar.

—Sí —continuó embravecido el goblin—. Los magos son traizoneros. Y gustan de cuchillos y eses cosas. Yo vi a Sesper muy acaramelao con Úrsula cuando enllegué. Parecían conocerse. Además, esos tipos son perlistos. Algo descubriría que hízole pensar en que Jensenn mató a su amiga, y cargóselo.

—¿Y cómo entró en su dormitorio? —preguntó ahora Dorcas.

Znibizz dudaba si contestar.

Los demás aguardaban expectantes.

Dorcas hizo un gesto con la mano exigiendo la contestación.

—Verá, señor Dorcas, la otra noche vi su…

—¿Mi…? —volvió a gesticular el Inquisidor.

—Su enguerrio con Fafnir…

Los demás intercambiaron miradas de sorpresa.

—Sí —continuó el goblin—. Mi ventana da al bosque y tengo unos anteojos con los que ver a distancia…

—¿Y qué viste…? —le preguntó interesado el Inquisidor.

—Todo, señor Dorcas.

Dorcas le cortó, no quería que siguiera por ahí:

—¿Y por eso crees que Sesper pudo entrar en el dormitorio de Jensenn y matarlo?

—Sastamente —concluyó el goblin.

Dorcas suspiró y decidió dejarlo en paz. Se volvió hacia Bogdan.

—Señor de Upieer, cuéntenos sus conjeturas.

Bogdan había estado muy cayado durante las dos intervenciones anteriores. La cura de Sesper le había dado nuevos bríos y parecía estar disfrutando mucho. Recogió su copa, la miró al trasluz para contemplar bien el rojo de la sangre y exclamó:

—Creo que ha habido tres asesinatos diferentes y por motivos totalmente distintos.

Dorcas también agradeció ese punto de vista. Se sentó:

—Dinos —pidió amable señalando al resto de presentes—. Somos todo oídos.

El vampiro también agradeció el gesto:

—Sí. Lo que dice Arandiel es cierto: sólo Fafnir podría hacer un trabajo así de limpio. Fafnir tuvo que matar a Úrsula y deshacerse de su cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Dorcas.

—Eso no lo sé. A veces no hay que tener un motivo para acabar con alguien. No olvidemos que Fafnir es un dragón. Quizá colecciona cabezas y le faltaba la de una bruja de Graslei, o come cabezas cuando no tiene esa mentirosa forma de enclenque humano. (Lo siento, mi dormitorio también da al bosque y no necesito anteojos) —concluyó con excesiva suficiencia.

—Vale, ahora Garrosh —pidió Dorcas encajando el golpe.

—Lo de Garrosh está claro. Me di cuenta en cuanto crucé un par de impresiones con él. Si era un guerrero, yo era un mugriento perro de Monsk —al ver la expresión seria de Dorcas se disculpó—. Quiero decir que parecía un lechuguino con armadura que venía aquí como yo: a divertirse un poco y a conocer algo más allá de las remilgadas y aburridas veladas de los palacios donde, para ser sincero, las mujeres suelen ser bastante feas, y encima tontas…

Arandiel casi vomita.

—Un pardillo con bigote —continuó— que pronto atrajo la atención de su asesino, Mithril.

El enano siguió bebiendo de su jarra de sidra como si no le importara. De hecho, esbozó una complacida sonrisa. Bogdan desarrolló su teoría:

—¿Suicidio? No lo creo. Ese tipo de gente muere de viejo, de gota, de aburrimiento. Pero no se quita la vida, se la quita a los demás o vive de ella. Además, tenía en la mano una pistola enana. Por lo que sé, los enanos no descuidan sus reliquias…

Mithril cerró un poco los ojos. Le molestaba la hinchazón que empezaba a

oprimirle las fosas nasales, y la entrepierna.

—¿Qué ocurrió con Jensenn? —preguntó Dorcas divertido.

—Oh, Jensenn. Ese creo que fue el único que dijo la verdad sobre por qué había venido. No conozco muy bien Trenti. Los vampiros no podemos salir de Mrak Marek por motivos obvios.

—Fortunadamente —se le escapó a Znibizz.

Bogdan se sintió alagado:

—Pero conozco un poco los bajos fondos de Upieer y las deudas no se perdonan. Pueden pasar años, décadas. Te puedes cambiar de país, de ciudad, de lo que quieras. Si le debes algo a alguien, lo cobrará. Tarde o temprano, pero lo cobrará. Estoy convencido de que uno de nosotros cinco es un asesino a sueldo disfrazado de otra cosa, y diría que Arandiel.

La elfa estalló en carcajadas:

—¿No lo vas a dejar nunca, verdad? —le espetó.

Bogdan no se molestó en contestar. En su lugar dio largo un trago a su copa.

—¿Sesper, qué opina? —preguntó Dorcas cambiando de tercio.

El Mago se rascaba la cabeza tratando de poner en orden todo lo que había escuchado allí. Con cara de incredulidad, contestó:

—Pues yo tengo poco que decir aquí. Garrosh mata a Úrsula, se suicida, y, a Jensenn, como dice Bogdan, lo ajusticia alguien a quien le debe dinero.

Dorcas no le pide más y pasa a Mithril.

—Yo cada vez tengo menos claras las cosas, pero hay una evidencia irrefutable.

—¿Cuál? —pregunta Dorcas.

—Que Arandiel es la única en ese ala de la posada que aún está viva.

Dorcas asiente ante lo acertado del comentario.

Mithril continuó:

—Sabemos que es un alto mando de Taur Aelini. ¿Acaso no le viene bien quitarse del medio a vampiros, brujas o ladrones, aunque sean de otro marek?

>>Verán, una vez, cuando llegamos a un campamento vampiro arrasado en Oblast, vi algo que no pude olvidar en mucho tiempo. Los elfos habían entrado y habían terminado con cuanto encontraron. Oblast, es mayoritariamente volcánica. Bien, pues, junto a una rudimentaria vivienda aún en llamas, había un caballo decapitado. De un tajo, limpio. Un poco más arriba del cuerpo, en un tronco petrificado, aguardaba la hoja que lo había hecho. ¡Se había quedado clavada en mitad del árbol después de decapitar de un sesgo al caballo! ¡Una brillante hoja de Magog!

>>Al encontrar el cadáver de Úrsula me acordé de aquello. Quizá la única misión de Arandiel era acabar con Jensenn. Quizá lo intentó varias veces sin éxito y fue divirtiéndose por el camino…

Ahora todos miraban a Arandiel. Incluso Dorcas, que no dejaba de dar vueltas a la caja de cerillas que había comprado en el mercado.

* * *

Después de la última intervención ninguno de los asistentes podía mirarse entre sí de la misma manera. Todos habían expuesto sus argumentos, todos habían acusado a quien creyeron oportuno y todos, absolutamente todos, tendrían que subir las escaleras para irse a dormir.

Tardaron aún un largo un rato. Remoloneaban apurando sus copas sin hablarse ni saborearlas. Sin duda los comentarios les habían dado algo en qué pensar, hasta a los que más información atesoraban.

Dorcas, mientras tanto, los observaba con calma anotando mentalmente sus reacciones.

Antes de retirarse, Bogdan le hizo una pregunta:

—¿Le hemos aclarado algo?

El Inquisidor no quiso mentirle:

—No, Bogdan. Ahora tengo más dudas.

—¿Acabose el torneo entonces? —preguntó Znibizz desde las escaleras.

Dorcas le dirigió una mirada triste:

—Sí, señor Znibizz, se acabó —le contestó—. Mañana sabréis quién se marcha y quién se queda.

En un momento dado, cuando Fafnir decidió matar finalmente el fuego de la chimenea, llegó la hora de retirarse.

Dorcas les acompañó hasta el vestíbulo de la primera planta. Allí aguardaba su cuervo sobre el taquillón bajo la vidriera, como le había pedido.

Les vio entrar en sus cuartos y cerrar las puertas, con llave. Incluido Bogdan.

Luego regresó al salón y vio terminar a Fafnir aviar el lugar.

—¿No se acuesta, Dorcas? —le preguntó preocupado.

—No —le contestó— Dormiré aquí, si no te importa.

—¿Aquí, en la sala?

Dorcas asintió.

Fafnir se encogió de hombros, terminó de barrer y agarró la puerta trasera:

—Que tenga buena dormida… —le dijo desde el fondo.

Dorcas no le contestó. En su lugar recogió una silla de amplio respaldo de uno de los reservados, la plantó frente a la escalera y colocó un pequeño taburete a modo de escabel sobre el que descansó las piernas.

El cuervo bajó volando y se posó sobre la punta de una de sus botas:

—¿Dormirás aquí, en serio?

—Sí.

—Puedes irte a descansar. Yo vigilaré.

—No, es peligroso.

—De acuerdo. Volveré a arriba. —Y regresó al taquillón. Entre los candelabros. Bajo la vidriera.

14

El despierto amaneció como la dormida, con su eterno crepúsculo. Los ruidos de los pájaros y de los madrugadores hicieron a Dorcas volver la cabeza. Aún aguardaba con el cuerpo hecho un siete sobre la silla y no había dormido ni una hora siquiera. Pero se mostraba satisfecho.

A las nueve en punto, Fafnir apareció por la puerta de servicio.

Se le acercó y le dijo:

—¿Sigo las normas?

—Como te dije ayer —le indicó Dorcas desperezándose—. Espera, ¿Puedes hacerme antes una infusión de hierbas?

Fafnir obedeció complacido.

El primero en bajar la vieja escalinata fue Bogdan. Iba totalmente listo para marcharse. Hasta se había puesto su casaca de viaje y colgado los trabucos bajo ella. Portaba su labrado baúl de equipaje con cierta desgana:

—Buenos despiertos —exclamó dirigiéndose a Dorcas.

—Buenos despiertos —le respondió éste dando cuenta de su infusión.

Tras él llegaron Mithril, Arandiel y Znibizz. El último, que ponía rumbo de vuelta tan ligero como vino, fue Sesper.

En lo que se desayunaban, Fafnir aprovechó para recoger los equipajes de los muertos y bajarlos a la sala. Según las normas del torneo, continuara éste o no, las pertenencias de los finados habían de remitirse a sus lugares de origen a los dos días del incidente. Los cadáveres los retiraría la Orden cuando lo estimara oportuno.

Ya todos desayunados y todos los equipajes listos para partir, Dorcas les pidió que se acomodasen en la mesa del torneo, dispuestos de la misma forma a como lo habían estado haciendo desde la primera partida.

Fafnir se dispuso a salir con la tablilla para a comunicar el final del torneo.

—Un momento, Fafnir, por favor —le interrumpió Dorcas—. Me gustaría que también usted escuchara lo que tengo que decir.

El posadero se sentó en una silla un poco apartada de la mesa, cerca de la barra del bar.

Dorcas hizo entonces un florido ademán con la mano y todos pudieron escuchar con claridad alarmante cómo el cerrojo de la entrada, y todos los cerrojos que la posada tuviese, cumplían su función.

El Inquisidor sonrió. Aquello parecía muy teatral y los rostros de sus espectadores así lo atestiguaban, pero era necesario. Luego dio un silbido y su

cuervo volvió al lugar que ocupase cuando entró por primera vez allí, en su hombro derecho. Acto seguido, empezó a hablar:

—Queridos jugadores del quincuagésimo tercer torneo de Los 7 Dragones —dijo juntando las manos con los índices sobre los labios—: Os he reunido a todos aquí para aclarar lo acontecido bajo estas paredes en relación a las muertes de Úrsula Bellamuerte, Garrosh de Alkmaar y Jensenn Sinsombra.

Comenzó a caminar a sus espaladas rodeando la mesa:

—Lo primero que me encontré al llegar a este lugar fue el cadáver desangrado y decapitado de una mujer.

Se paró detrás de Bogdan:

—¿La mataron por dinero? ¿Creéis realmente que tiene sentido?

Nadie dijo nada, esperaban sus conjeturas de igual forma que el verano da paso a la primavera:

—Las reglas del torneo decían que si alguien moría durante el mismo, éste se paralizaría e iniciaría una investigación. Matar a un jugador, la primera dormida, no resulta entonces muy probable.

Volvió a caminar rodeando la mesa:

—Luego encontré el cadáver de un hombre que aparentemente se había volado los sesos. Y digo aparentemente —y miró directamente a Mithril en cuanto giró poniéndoselo a tiro—, porque cuando alguien se vuela la cabeza de la forma en que se la volaron a Garrosh, a bocajarro, lo primero que sale disparado es la pistola.

La mayoría se mostró sorprendida:

—Luego ¡Garrosh no podía tener entonces la pistola cogida con la mano! —sentenció clavando los puños en la mesa y la mirada en todos.

Sesper bajó la cabeza pensativo:

—Bien —continuó dejándolos con sus pensamientos mientras retomaba su circular caminata—, Garrosh estaba claro que no se había suicidado, correcto. Sin embargo, había algo que no encajaba en todo aquello. Según Fafnir, tuvo que abrir la puerta con sus llaves porque Garrosh se había cerrado por dentro. Todos vosotros lo visteis —les conminó señalándoles con el dedo—. Además, todos estabais aquí abajo cuando se escuchó el disparo, luego el caso era imposible.

Reconociéndolo, los presentes no pudieron objetar nada.

—Se buscó la cabeza —continuó— y no apareció. Ninguno de vosotros confesó haber matado a Úrsula. Podía ser plausible entonces que fuera Garrosh quien la matara. Pero había de aparecer la cabeza.

>>Cuando aparece el dinero en la habitación de Jensenn, aún me sentí más confundido. Una muerta decapitada cuya cabeza no aparece, un suicidio que no es tal, y un dinero en el dormitorio de otro jugador, complicando más las cosas.

>>Tengo que reconoceros —exclamó parándose en seco, con la mirada perdida sobre la chimenea— que en un primer momento creí dar el caso por perdido.

Se acercó hasta las brasas y lanzó un madero sobre ellas. El cuervo aprovechó para colocarse sobre la repisa:

—Sin embargo…

>>Sin embargo… el ovillo comenzó a deshilvanarse en cuanto Mithril me entregó un cabo muy valioso.

>>¿Os acordáis de la acusación que vertió Jensenn sobre él?— preguntó disfrutando del crepitar del fuego.

El enano asintió muy serio, ahogando su incendiada mirada en la jarra de sidra que había tenido la previsión de proveerse. El inquisidor se volvió y se dirigió de nuevo a la mesa:

—Jensenn reveló que lo había visto salir del cuarto del guerrero la noche en que murió Úrsula. Por lo visto, había entrado allí a robar algo, sólo que no lo encontró. Como tampoco encontró la pistola que acabó con Garrosh. Pero encontró esto y se lo llevó. —Y ante la mirada atónita de la mayoría blandió una carta manuscrita.

>>Leo:

“Querido Garrosh, necesito hablarte. Lo que tanto deseábamos, por fin ha sucedido. Estaré en el torneo de los 7 Dragones del mes que viene.

Nos vemos en la partida

Siempre tuya”

Znibizz intervino:

—Pero los juadores sorteanse ¿cómo diba poder Garrosh entrar en la partida?

—Buena pregunta, Znibizz —le aclaró Dorcas mirando furtivamente a Fafnir—. Buena pregunta. Te lo explicaré. A ti y a todos, claro. —Sonrió malicioso—: Garrosh pudo entrar en la partida cuando quiso, porque no era un simple guerrero de Alkmaar, como nos hacía suponer.

—¿Ah, no? —preguntó Bogdan mostrando falsa sorpresa.

Dorcas soltó una carcajada nada agradable. Una carcajada que más parecía un graznido. Dirigiéndose de nuevo al goblin con un tono y maneras propias de quienes adoctrinan a púberes, pero con un ojo puesto en la expresión que sabía cierta iba a poner el vampiro, le informó amablemente:

—No, Znibizz, mi inocente amigo. Garrosh era Grogan, el Príncipe de Haftán.

—¿El hijo de Wendel? —preguntó Arandiel mientras Bogdan quedaba petrificado y el goblin tragaba saliva.

—Sí —les aclaró a todos.

>>Como entenderéis —prosiguió ahora muy serio—, no le fue muy difícil

conseguir una plaza en el torneo…

—Pero, entonces, si Mithril entró a robarle porque sabía que era Grogan, tuvo que tener su plaza también amañada —declaró el vampiro con indignación.

Dorcas no quiso entrar en disquisiciones:

—Lo que haya que resolver, relativo a ese tema, lo resuelven luego con Fafnir —aclaró burlón mirando a un exiguo dragón que ya parecía pensar algo así como que estaba demasiado viejo para aquello, o que él era un hijo de mil padres. Francamente, ambas opiniones le importaban un carajo. Volvió a darles la espalda dirigiéndose hacia la barra del bar:

—Así que tenemos una cita de una mujer con Grogan en esta posada. —Entró en la trasera del bar y rellenó una jarra con vino de un barril empotrado en la pared—. Grogan viene. —Le da un buen trago al morapio—. Lo ven afligirse al ver a Úrsula. —Deja la jarra sobre la barra—. Juega, pierde a manos de la bruja, discute con ella por la noche, y a la mañana siguiente ésta aparece muerta. —Vuelve a coger la jarra.

>>¿Pudo afligirse Grogan de la muerte de Úrsula? —Se lleva la jarra a los labios y exclama antes de ahogar la frase en lo que queda del tinto—: Podría, fue pareja suya.

La sala estalló en ahogados murmullos mientras su fina mirada, parapetada tras una cerámica repleta de guerreros, luchas y dragones, los repasaba divertido a todos:

—Sí —dijo posándola con fuerza—, Grogan y Úrsula fueron pareja. Lo fueron, hasta que Grogan se cansó de ella y la cambió por otra. Pero a eso iremos más tarde —determinó saliendo de la barra—. Antes, me gustaría aclarar algo. —Tendió la nota con la cita a los presentes.

>>¿Alguno sabría decirme quién escribió estas líneas?

Los jugadores miraron la nota, la remiraron, hasta que Sesper se atrevió a decir, no sin cierto pesar:

—¿Úrsula?

A Dorcas le brillaron los ojos:

—Sí, Úrsula. Cuando Bogdan me explicó cómo se jugaba y cómo llevabais los tanteos, me dejó las anotaciones. En un primer momento no me di cuenta (la nota trataba de disimular su verdadera letra), sin embargo, hay letras aquí —exclamó señalándolas— que se parecen demasiado como para no ser de Úrsula.

Sesper cogió la nota. La examinó con detenimiento y no pudo sino asentir cómplice al Inquisidor. Dorcas continuó agradecido:

—Úrsula tuvo que citarse aquí a Grogan. ¿La mató entonces éste para desembarazarse de ella? Podría ser —contestó para sí en voz alta—, pero ¿se suicidaría después por ello?

No hizo falta que contestaran. Dorcas expresó a la perfección lo que todos pensaban:

—Grogan de Haftán seguro que no.

Las miradas de los presentes denotaban preocupación. Pasaban por el rostro de Dorcas tratando de disimular el miedo, pero no lo conseguían. En su lugar, delataban impotencia, indefensión y, probablemente, algo más. Dorcas las estudió con cuidado. Con extremo cuidado. ¿Sería posible que se equivocara? No sería la primera vez que lo que parecía un caso claro acaba con una matanza. Sonrió. Por si acaso, estaría bien mantenerse alerta. Cogió una silla y se sentó junto a ellos, presidiendo la mesa. Continuó:

—Veréis —dijo sincero buscando su complicidad—, al hablar con Sesper descubrí una cosa más. Nada serio en un principio, por lo visto Grogan se había prometido con una doncella. Una doncella a la que había regalado una reliquia muy importante de la que nunca se separaba: Un bello anillo con un Chemdrill engarzado en él. Una piedra familiar que Mithril había venido a buscar y que no aparecía por ningún lado.

El resto miró al enano con desconfianza.

Dorcas desvió su atención retomando el relato:

—Las normas dicen que si un inquisidor de la Orden no haya la respuesta al crimen cometido durante un torneo, los enseres de los finados regresan por valija a sus respectivos remitentes. Eso me dio que pensar, pues todo el caso parecía lo suficientemente imposible como para que así sucediera.

>>Sesper, sin saberlo —le señaló con gesto displicente—, me reveló ayer por la mañana algo que desencadenó en mi mente una serie de conclusiones.

Lo explicó:

—Cuando Sesper apareció aquí e hizo magia, se hirió en ello.

>>¿Lo recuerdas, Sesper?

Sesper asintió y repitió:

—Toda magia deja marcas.

Dorcas también lo repitió:

—Toda magia deja marcas… Así recordé una conversación con Fafnir en donde me revelaba algo muy importante sobre la última vez que Úrsula y Grogan estuvieron aquí juntos. Por lo visto, les acompañaba una malherida asistenta, víctima del repentino y brutal ataque de una hambrienta jauría de lobos.

Los asistentes le miraban sin comprender. Entristeció el gesto:

—En la comida, el colgante de Arandiel juntó el resto de las piezas del puzle.

Ahora fue Sesper quien bajó la mirada. Parecía intuir el significado de sus próximas palabras:

—Úrsula, al morir, llevaba un anillo puesto. Un grueso sello de oro, sin

ningún tipo de marca o distinción, al que parecía se le había colocado una sobrecubierta.

Ahora algunos parecían comprender menos. Dorcas profirió una amarga sonrisa hacia Arandiel:

—Sí —dijo sin apartarle la mirada—. Mientras preparabais todo para que jugara una partida con vosotros, pedí a mi acompañante que tratara de abrir el anillo en lo que yo volvía a inspeccionar el cuerpo de la bruja.

Se hizo un silencio sepulcral.

>>Como imaginaba, el cadáver vestido con un más que apropiado traje de manga larga sobre la cama de Úrsula no albergaba ninguna marca digna de las artes de una bruja… —hizo una pausa perdiendo la mirada—. Sí en cambio cicatrices en la espalda, objeto de múltiples dentelladas de lobo.

Empezaron a comprender. Mithril se puso rígido.

>>Mi compañera consiguió abrir el anillo, Mithril. —Con delicadeza le tendió el corazón de su hijo.

—Gracias —le agradeció conmovido el enano, sin poder articular nada más.

Más triste que nunca, el Inquisidor se levantó de la mesa como si sobre sus hombros pesara el mundo entero. Se acercó hasta el goblin, apoyó los codos sobre el respaldo de su silla, y la barbilla sobre sus manos entrelazadas, y exclamó:

—El cadáver que hay sobre la cama de Úrsula no es el cadáver de Úrsula, es el cadáver de su asistenta. La prometida de Grogan. —Bajó su rostro hasta ocultar la boca entre las manos.

Antes de que nadie interviniera, se precipitó a explicar como si las palabras le quemasen la garganta. De hecho le quemaban. Pobre…:

—Puedo deciros que Úrsula estuvo embarazada de Grogan. Oh, sí. Lo estuvo, claro que lo estuvo. Y que hubo algunos que incluso la amaron y estuvieron dispuestos a hacer frente a la afrenta. —Ahí, sin mirar a nadie, no pudo evitar revolverse en sus entrañas clamando a los dioses por su incorrección. Recuperado en parte se apartó de la mesa y de todos y escupió molesto lo siguiente—. De la criatura nada sé, y prefiero no saberlo. Pero habrá pesado en este asesinato —concluyó retomando el tono Inquisitorial.

—¿El de la asistenta? —le preguntó Sesper.

—El de Grogan —sentenció Dorcas ausente de emociones:

>>No me quedaba mucho más por descubrir. Úrsula cita con un engaño a Grogan, le gana a las cartas, lo utiliza, y crea la discusión nocturna para que luego todo parezca que la asesinada es ella. Así se descarta como principal sospechosa de la muerte de Grogan.

—¿Pero cómo trajo el cuerpo? —preguntó Mithril.

Dorcas hizo un pequeño gesto con su mano derecha:

—Buena pregunta, Mithril, ahora la resolveremos. —Con gesto extraño, volvió a hacer el mismo ademán con la mano, esta vez más enérgico, mientras con la otra se frotaba molesto la garganta. El cuervo, en la repisa de la chimenea, parecía inquieto. Lo tranquilizó con una caricia y prosiguió—: Creyéndola todos muerta, seguramente no le fue difícil esconderse en la habitación de Grogan y pegarle un tiro con la pistola en el momento más oportuno: cuando todos estabais abajo esperando por él. De esa manera desviaba las sospechas hacia ti. Luego cerró con llave y se volvió a esconder.

Algo le produjo una enorme dolencia que lo hizo postrar una rodilla en el suelo. Torciendo el gesto ante las incomprensibles miradas de todos, se levantó sin más y arrastró las siguientes palabras conteniendo el aliento:

—Llegado hasta aquí, no me quedó la menor duda de que Úrsula había sido la autora de por lo menos dos muertes, pero ¿dónde estaba? Y, sobre todo, ¿podría volver a matar?

Sacó el truco de la cajita de fósforos de uno de los bolsos de su hábito y se acercó de nuevo a la mesa. Se sentía mejor:

—Ayer, antes de cenar —explicó—, me di un paseo por los tenderetes de los apostadores. —Cogió una silla vacía y sentó entre Arandiel y Znibizz—. Tras un humilde cajón hecho con tablones viejos, un muchacho vendía trucos. Ya sabéis, los típicos engaños para sacarse unos cobres con los que poder adquirir una mascota o algún encantamiento de tercera. Bien, pues sin saber muy bien por qué, me fijé en éste. —Se lo enseñó a todos.

Acercándose a Znibizz, le pidió una moneda.

El goblin sacó de su pantalones una de plata y la metió dentro.

Dorcas cerró la cajita, hizo una teatral reverencia (dándole disimuladamente la vuelta) y le pidió al goblin que la abriera.

Al hacerlo, como ocurriera la tarde anterior, la moneda había desaparecido.

El goblin se sintió maravillado. Los demás también, pero de él.

—Lo supe enseguida —dijo abandonando la silla—. Todo había sido preparado meticulosamente. —Y caminó despacio hasta el lugar en donde aguardaban los equipajes. Sin más, se sentó sobre el baúl de la bruja—. No contó con una cosa.

Todos le miraban expectantes.

Nuevamente, la mirada de tristeza afloró en su rostro:

—Sí. No contó con la curiosidad y astucia de un desdichado trasgo.

Por un momento pareció dudar:

—Jensenn la descubrió. Sabía que algo no encajaba y que Úrsula era más lista de lo que parecía para dejarse matar, así que hace acopio de sus ganzúas, entra en el dormitorio de la bruja, abre su baúl…, y la encuentra allí. Sorprendida, delatada. Escondida donde trajo el cadáver decapitado de su

asistenta, con el dinero robado, con comida, con bebida.

>>Asustada, hace lo que toda bruja haría instintivamente: Brujería. Lo mata. Luego, sorprendida del efecto de su reacción, lo lleva a su dormitorio, simula un ajuste de cuentas, borra los restos del encantamiento y cierra todo como había de estar.

Las miradas suspicaces de algunos de los presentes son más que elocuentes.

>>Sólo tenía que esperar un poco más, justo hasta hoy por la mañana. Si todo iba bien, regresaría tan tranquila a su casa en carromato sin el más mínimo contratiempo y la labor cumplida. ¿Verdad, Úrsula?

Los demás se levantaron de sus sillas y se pusieron en guardia.

No se escuchó nada.

Dorcas sonrió y se levantó.

Hizo un ademán con las manos y los cierres del lugar se abrieron. Incluido el baúl.

La bruja salió entre un remolino de polvo verde. Bellísima, como dijo Sesper. Enfundada en un liviano traje de seda carmesí.

* * *

La vieron partir en un carromato de la Orden. Se agarraba a las barras mirándolo todo y a todos con pesar mientras algunos apostadores maldecían su suerte. No por nada había arruinado a más de uno.

—Qué lástima… —declaró Sesper.

Los demás, a su lado, no compartían su sentimiento. Podían haber muerto como el desdichado de Jensenn si se hubieran entrometido un poco más.

—¿Se queda unos días, señor Dorcas? —le preguntó Fafnir.

—No —contestó el Inquisidor, camino de su caballo —. Otros asuntos me aguardan y prefiero marcharme. Con lo que me llevo, ya tengo bastante.

Los demás lo agradecieron y volvieron al interior. Había un torneo que terminar y unas apuestas que satisfacer.

Fafnir colocó de nuevo la tablilla con los nombres:

Arandiel de la Espesura (Elfa, Magog, Mrak Marek)
Bogdan de Upieer (Humano, Vampiro, Upieer, Mrak Marek)
Znibizz Risafloja (Goblin, Disadiel, Sija Marek)
Martillos Mithril (Enano, Brokk, Mrak Marek)
Sesper el Hacedor (Humano, Mago, Graslei, Sija Marek)

Mientras Dorcas desaparecía por entre la bruma de la espesura con su cuervo en el hombro, y Fafnir volvía a la calidez de la posada, las apuestas volvieron a coger brío entre las titilantes luces de los candiles. Era la hora de la cena. Hoy habría otra sabrosa olla podrida y mañana pensaba pedir una

nueva partida de corderos para asar.

Todo volvía a la normalidad en Los 7 Dragones.

* * *

Dorcas descabalgó. Habían rebasado la Linde y estaban ya en las luminosas tierras de Haftán. Era un claro luminoso surcado por un cristalino riachuelo salpicado de rocas. En poco más de una jordana llegaría a la abadía.

El cuervo, sobre el trasero de la montura, graznó:

—¿Te relevo?

—Sí, por favor —solicitó Dorcas.

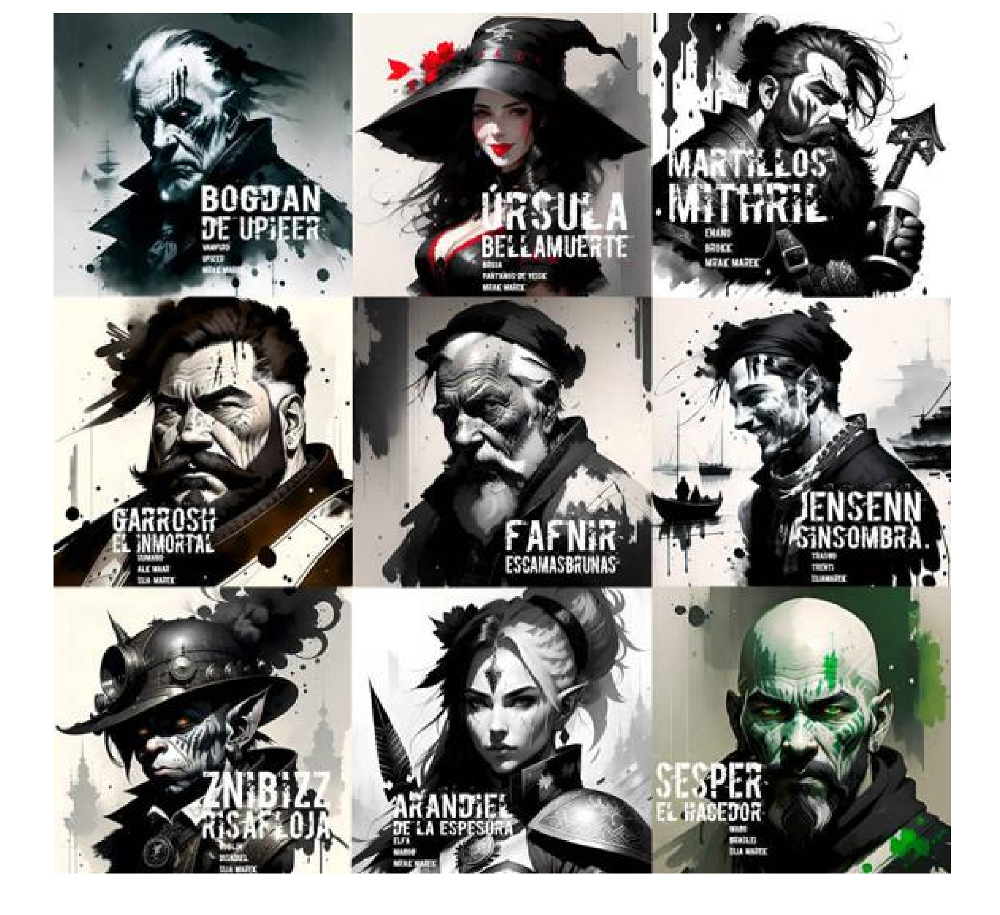
El cuervo saltó hacia el suelo pero sus patas no rozaron la hierba. Fueron los pies de una bella joven de piel de antracita y cabellos del color de la dormida los que hollaron el terreno.

Dorcas le tendió cariñoso su hábito y así, desnudo y sin ningún gesto, dio un espontaneo brinco. Como su compañera, él también se transformó. Se transformó en un majestuoso cuervo que salió volando hacia las nubes como si no hubiese un mañana.

—No subas mucho, que te vas a marear —dijo ella entretenida.

—No te preocupes, necesito estirar las alas…

Sin más, la joven montó en su caballo y ambos partieron para la abadía. Nuevas aventuras apremiaban a Dorcas Doscuervos…


BOGDAN
DE UPIEER
ÚRSULA
BELLAMUERTE
MARTILLOS
MITHRIL
GARROSH
EL INMORTAL
FAFNIR
ESCAMASBRUNAS
JENSENN
SINSOMBRA.
ZNIBIZZ
RISAFLOJA
ARANDIEL
DE LA ESPESURA
SESPER
EL HACEDOR

ACERCA DEL AUTOR

Rafael Heka (Valladolid, 1975) es escritor y crítico cinematográfico. Es autor de novelas de ciencia-ficción y fantasía como “Alfa”, “Magic Planet” o “Asesinato en los 7 Dragones”; esta última galardonada con el premio “Necromantia 2019” y nominada a los premios AMALTEA como mejor novela de fantasía, también en el 2019. Ha participado con relatos en diversas antologías (Ficción Científica, Ed. Apache, ACYLFCFT), revistas digitales y publicado varias recopilaciones: “Pléyades”, “Perseidas” y "El restaurnte de las almas".

https://33ediciones.blogspot.com
http://rafaelheka.blogspot.com